

VIAJE *de novias*



MÓNICA BENÍTEZ

VIAJE DE NOVIAS

MÓNICA BENÍTEZ

COPYRIGHT © 2025 MÓNICA BENÍTEZ
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2503241244908

<https://monicabenitez.es>

Twitter: @monicabntz

Instagram: mbenitezlibros

<https://www.facebook.com/monicabntz>

Tik Tok: @mbenitez_escritora

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

CAPÍTULO 1

El timbre que marca el fin de la clase suena y Alba Mori suspira con alivio. Le encanta su trabajo como profesora de literatura, lleva más de quince años ejerciéndolo y con cuarenta y dos recién cumplidos no se imagina haciendo otra cosa, pero hoy el día se le está haciendo especialmente largo y piensa apurar este descanso de media hora para tomarse un café cargado que la ayude a soportar la siguiente clase antes de finalizar la jornada. El ambiente cargado del aula y el murmullo de los alumnos recogiendo sus cosas —ansiosos por salir— le recuerdan que necesita ese café más que nunca. Se frota las sienes mientras observa la estampida de adolescentes y se consuela pensando que apenas quedan un par de semanas para finalizar las clases y, aunque después tendrá que hacer mucho trabajo para el cierre del curso, podrá hacerlo desde casa.

—Profesora Mori, ¿existe la posibilidad de que nos dé más tiempo para entregar el trabajo?

Alba levanta la mirada y se encuentra con la cara pecosa de Martín, el chico más vago que ha conocido en su vida, pero también el más educado. El alumno la mira con una expresión de súplica tan estudiada que, por un momento, casi la hace flaquear.

—Ya sabes que no, Martín. Los plazos están para cumplirlos, así que haz el favor y esfuérzate si quieres aprobar —responde con un

tono firme pero amable.

Alba cierra el libro, recoge sus cosas y sale de la clase dejando a Martín frente a su mesa con gesto resignado. El móvil le vibra en el bolsillo mientras se dirige a paso rápido hacia la sala de profesores con la única intención de dejar sus cosas, hacerse ese café que tanto necesita y sentarse en una de las sillas a tomárselo mientras mira por la ventana. Saca el aparato de su bolso y comprueba que es su amiga Nuria quien la llama.

—No te lo vas a creer, Alba —dice emocionada en cuanto la profesora descuelga, sin darle tiempo a saludar.

—Prueba a ver —contesta sonriendo, contagiada por el entusiasmo de su amiga.

—Miriam ha conseguido que el autor de la saga Sombras indefinidas venga a la editorial para una firma de libros.

El cuerpo entero de Alba se tensa y aprieta el móvil con más fuerza de la necesaria mientras suelta un bufido. De nuevo, el nombre de Miriam en boca de su amiga. Desde que esa mujer empezó a trabajar hace seis meses en la misma editorial que Nuria, esas seis letras son todo lo que escucha: Miriam esto, Miriam lo otro, Miriam es muy divertida, Miriam te caerá bien cuando la conozcas.

Miriam le cae como una pedrada en toda la cara. Y punto.

Alba no la conoce, pero la aborrece. Piensa en ese título estúpido para la saga de libros del autor: Sombras indefinidas. Para Alba todas las sombras son indefinidas y está segura de que un título así de ridículo solo se le puede haber ocurrido a la famosa Miriam.

—Qué bien —responde intentando sonar entusiasmada, aunque su cara es una mueca hastiada—. ¿Ya lo tienes todo listo para la

boda?

Alba decide cambiar de tema de manera radical porque si escucha otra vez el nombre de Miriam, se tirará por la ventana de la sala de profesores, a la que acaba de entrar.

—Sí, creo que ya está todo. Por cierto, Miriam me ha ayudado a elegir las flores, tiene un gusto exquisito.

A Alba el bolso se le cae al suelo cuando estaba a punto de dejarlo sobre la mesa. Su compañera Carmen, profesora de inglés, se agacha y lo recoge al ver que ella lo ignora y se deja caer en una silla mientras se aprieta el puente de la nariz.

Veinte años de amistad con Nuria y parece que esa desconocida le va a quitar el puesto de mejor amiga de un plumazo. ¿Está celosa? Por supuesto. Alba es leal, es de esas personas que considera que las amistades se forjan con el paso del tiempo, no en unos pocos meses ni con un par de sonrisas.

—Alba, ¿sigues ahí? —pregunta Nuria.

—Sí, perdona. Es que estoy corrigiendo unos exámenes —miente ante la mirada perpleja de Carmen, que termina sonriendo abiertamente—. ¿Qué me decías?

—Que quiero que conozcas a Miriam antes de la despedida de soltera. No puede ser que os conozcáis allí. ¿Por qué no venís las dos a cenar a casa este viernes? —propone con el mismo entusiasmo que las últimas cuatro veces que la ha invitado.

Alba rechaza la propuesta por cuarta vez, incapaz de reunir la fuerza de voluntad necesaria para conocerla en persona en un espacio tan reducido.

—Este viernes no puedo —responde demasiado rápido—. Tengo que preparar los exámenes finales.

Carmen levanta la cabeza y la enfoca con expresión boquiabierta, consciente de que miente. Y Alba aparta la mirada.

—Siempre estás trabajando —protesta Nuria decepcionada—. En fin, tendréis que conoceros en la despedida de soltera. ¡Estoy segura de que os vais a llevar genial!

—Seguro que sí —Alba levanta las cejas con la tranquilidad de que Nuria no puede ver su cara de mentirosa.

—Tengo que dejarte —dice Nuria—. Miriam me está llamando por la otra línea. Hablamos más tarde.

—Por supuesto —Alba pone los ojos en blanco y cuelga.

La llamada termina y Alba se queda mirando la pantalla del móvil. Se siente ridícula por estar celosa a su edad, como si fuera una adolescente. No quiere hacerlo, pero sus dedos la traicionan y se va a los estados del WhatsApp, concretamente al de su amiga y, en efecto, ahí está, un nuevo estado en el que se intuye a dos mujeres. Alba no tiene que abrirlo para saber que una es Nuria y la otra es Miriam, pero lo hace y de nuevo sus ojos se clavan en la mirada de color avellana de la famosa Miriam. Aunque Nuria le ha dicho que tiene cuarenta y tres años, Alba piensa que aparenta cinco menos. Es una mujer con una apariencia de seguridad en sí misma impactante, con el pelo del mismo color de sus ojos largo hasta los hombros y guapa, odiosamente guapa.

Bloquea la pantalla y piensa en la boda de Nuria, para la que faltan tres semanas. Si ese tiempo se le antoja corto, es mucho peor pensar que la despedida de soltera es la semana que viene, y ahí no se libra de conocer a esa usurpadora que quiere quitarle a su amiga.

—¿Café? —pregunta Carmen captando su atención.

—Por favor —responde Alba—. Doble si puede ser, y si tienes una botella de whisky, puedes añadir un chorro —bromea haciendo soltar una carcajada a su compañera y también confidente.

—¿Tan mala ha sido la llamada? —curioseas Carmen.

—Era Nuria, hablándome de nuevo de su querida amiga Miriam —suelta torciendo el gesto.

Carmen ya conoce la historia porque Alba y ella tienen mucha confianza. Se conocen desde hace varios años y, aunque su amistad no es tan fuerte como la que tiene con Nuria, Alba la considera una gran amiga. La profesora de literatura le ha contado varias veces esa crispación que siente hacia la tal Miriam. A Carmen le cuesta controlar la risa, pero lo consigue porque no quiere que Alba piense que no la toma en serio.

—Yo creo que exageras. Por muy amiga que esa mujer sea de Nuria, jamás será algo parecido a la amistad que tenéis vosotras. Ellas dos son colegas de trabajo, vosotras sois colegas de toda la vida, Alba —opina Carmen—, eso no se supera tan fácilmente.

Alba piensa en sus palabras mientras asiente, sintiéndose estúpida. Carmen tiene razón, es normal que Nuria hable de Miriam a todas horas porque, al fin y al cabo, se pasa todo el día trabajando con ella y compartiendo experiencias. Ellas solo se ven una vez a la semana, a veces dos, pero probablemente ahora se vean menos porque Nuria tendrá más compromisos que atender con la familia de Asier, el que será su segundo marido.

Al pensar en eso, el temor vuelve a apoderarse de ella, porque de nuevo queda en desventaja frente a Miriam. Carmen parece leerle los pensamientos, o quizá su expresión refleja demasiado bien su miedo.

—Deberías darle una oportunidad a esa tal Miriam —aconseja Carmen—, a lo mejor te sorprende y tal y como dice tu amiga Nuria, ambas os lleváis bien.

—Lo dudo bastante —asegura convencida—. Te juro que me esfuerzo en intentar que no me afecte, pero es que cada vez que la nombra me pone de los nervios y pensar en que tengo que conocerla en unos días y soportar su presencia durante la boda... —Alba suelta un bufido antes de seguir hablando, pero el timbre que anuncia la siguiente clase suena y las interrumpe.

—Me temo que el deber nos llama, compañera —dice Carmen—. Hazme caso e intenta relajarte. Mentalízate de que vas a conocerla y que es amiga de Nuria. Si no cambias esa mentalidad, los celos te amargarán la boda, y no puedes fastidiarle un día así a tu mejor amiga.

—Tienes razón —dice Alba mientras caminan por el pasillo, preguntándose si está siendo justa al sentenciar a Miriam sin conocerla o si son sus propias inseguridades las que le nublan el juicio.

CAPÍTULO 2

El sonido de los tacones de Miriam Llanos resuena por los pasillos de la editorial mientras recorre la distancia que hay entre su despacho y la sala de reuniones, donde la espera su compañera Nuria. Con cuarenta y tres años y seis meses después de su regreso a su ciudad natal, ha recordado que en Gijón no hace falta vestirse tan formal como lo hacía en Madrid, pero está tan acostumbrada y se siente tan cómoda, que ya no cambia sus trajes de chaqueta y sus tacones por nada del mundo.

—Buenos días, Nuria —saluda en cuanto entra.

Nuria, que está repasando la presentación de uno de los nuevos autores de la editorial, se gira y le sonríe con gesto cansado, apartándose un mechón de pelo oscuro de la cara.

—Parece que alguien no ha tomado mucho café hoy —dice Miriam acercándose a ella.

Nuria suspira y levanta la mirada de la pantalla del portátil.

—No hay café suficiente para mí esta mañana, apenas he dormido nada pensando en esta dichosa presentación. He estado dando vueltas en la cama hasta las tres de la madrugada.

Miriam observa las ojeras de su amiga y sonríe con ternura. Hace solo unos meses que llegó a esta editorial asturiana huyendo de su vida en Madrid y Nuria ha sido su salvavidas, algo por lo que

siempre estará muy agradecida. Se acerca a la cafetera de cápsulas y empieza a preparar uno doble para ella y otro normal para su compañera.

—¿Nerviosa por la presentación o por la boda? —dispara mientras sirve el café.

Nuria se pone roja al sentirse descubierta y levanta las manos.

—Es que no puedo evitarlo —reconoce abochornada—, y eso que no es mi primera boda. Por cierto, ayer intenté otra vez que Alba y tú os conocierais. Le dije de cenar las tres en mi casa el viernes, pero dijo que no podía —comenta con inocencia.

Miriam reprime un suspiro y las ganas de levantar una ceja. La misteriosa Alba, la mejor amiga de Nuria y la misma persona que parece evitarla como si fuera la peste. Miriam no entiende muy bien qué tipo de amiga es Alba para Nuria. Ella no deja de decir que es su pilar, que se conocen desde hace tanto que ni lo recuerda y que siempre que la ha necesitado ha estado ahí, pero desde que Miriam conoce a Nuria, la única confirmación que tiene de que Alba es real es porque la ha visto en alguna fotografía. Siempre que Nuria dice de presentarlas, Alba pone una excusa absurda y declina la invitación, pero cuando la cita es solo con su amiga, siempre tiene tiempo.

A Miriam le parece una hipócrita y una egoísta. Alguien que ignora las necesidades de su amiga solo porque probablemente la ve como una amenaza a su bonita amistad. Alba le cae mal, aunque eso jamás se lo dirá a Nuria porque no quiere hacerle daño.

—No te preocupes —responde sentándose en el borde de la mesa después de entregarle su taza—. Ya nos conoceremos en la despedida —le quita importancia y da un sorbo a su café.

El líquido caliente le quema un poco la lengua, pero agradece que eso la distraiga de la molestia que le provoca el tema.

Nuria se recuesta en su silla y asiente mirándola.

—Ya, bueno, es que yo esperaba que os conocierais antes para que no fuera tan incómodo para ti. Eres la única que no conoce a nadie de mi entorno y pensé que si conocías a Alba te sería más fácil integrarte.

Miriam la mira mientras piensa en que esa Alba es definitivamente una impresentable, incapaz de mover un dedo por su amiga en uno de los momentos en los que necesita estar más relajada.

—Por mí no tienes que preocuparte, Nuria, ya sabes que yo hablo con cualquiera que me dé un poco de cuerda —bromea y le guiña un ojo.

Nuria suelta una carcajada fuerte sabiendo que es mentira, que Miriam es una mujer a la que le gustan las conversaciones interesantes y detesta las superficiales, por lo que no le sirve cualquiera para hablar porque enseguida se aburre.

—Además —añade su compañera—, te conozco a ti, y con eso es suficiente.

—Buenos días, señoras —interrumpe Miguel, el director de la editorial, que entra mientras se quita la americana—. ¿Está lista la presentación del nuevo autor?

—Todo listo —responde Miriam por las dos cuando se da cuenta de que Nuria se ha quedado absorta—. También tengo preparada la propuesta para la campaña de marketing.

—Maravilloso —dice complacido Miguel, que se sienta dejando que las dos mujeres le muestren todo lo que tienen preparado.

Cuando la reunión acaba, Miguel se marcha satisfecho con el trabajo y ellas por fin abandonan esa sala para ir a sus despachos. A Miriam le suena el móvil por el pasillo y descubre un mensaje de su exmarido que lee en diagonal, con desgana.

—¿Todo bien? —pregunta Nuria.

—La venta de la casa, que parece imposible. Toni dice que la pareja que hay interesada quiere que bajemos el precio. Otra vez —añade con una mueca, mirando a Nuria de reojo—, no sé si es verdad o es él quien intenta tomarme el pelo y alargar la venta para tener una excusa para que hablemos.

Miriam guarda el móvil y accede a su despacho, Nuria entra detrás.

—¿Por qué no vienes a cenar a casa? Haré pasta. Así te olvidas de Toni por un rato.

—¿No tienes planes con Asier? —se sorprende Miriam.

—Hoy duerme en su casa, tiene una cena de negocios y llegará tarde —contesta Nuria.

—¿Y con Alba?

La pregunta le sale disparada a Miriam como un misil, sin pretenderlo, y empieza a preguntarse si lo que de verdad le molesta es que Alba, esa mujer de pelo castaño tan claro y ojos verdes que aparece de vez en cuando en los estados de Nuria, ignore a su compañera o que lo que no quiera sea conocerla a ella.

—Te estoy invitando a ti —dice Nuria y Miriam sonrío como una niña traviesa.

En su apartamento alquilado junto a la playa de San Lorenzo solo le espera una botella de vino y demasiados pensamientos que probablemente le darán dolor de cabeza.

—Está bien —acepta finalmente.

Miriam llega al apartamento de Nuria a las nueve en punto. Se saludan con dos besos y le entrega la botella de vino que ha llevado, la que pretendía beberse sola.

—No hacía falta, mujer —dice Nuria, metiéndola en la nevera.

—Claro que sí, no pretenderás que venga con las manos vacías —objeta Miriam, dejando su abrigo en el respaldo de la silla.

Nuria se gira y la observa sonriendo.

—¿Qué pasa? —pregunta Miriam.

—Que me recuerdas a Alba, en realidad, os parecéis bastante.

—¿La profesora estirada y yo? —el comentario le sale sin poder contenerlo porque se ha sentido ofendida con la comparación, pero Nuria no le da importancia y se lo toma a risa.

—Ella también trae vino siempre que viene, de esa misma marca.

Miriam frunce el ceño sin saber por qué le molesta que una mujer tan superficial como le parece que es Alba, tenga un gusto tan exquisito con el vino.

—Vamos al salón a tomar una copa mientras se termina de hacer la cena —propone Nuria.

Miriam la sigue, pero sus pies se detienen cuando pasa por delante de un mueble donde su compañera tiene una foto junto a Alba en la que ella no había reparado la otra vez que estuvo allí. Las dos están en la playa, sentadas en la arena debajo de una sombrilla de colores, pero lo que llama la atención de Miriam por encima de todo, es la intensidad con la que brillan los ojos verdes de Alba, que parecen hechizarla.

—Es guapa —comenta sin pensar.

—¿Cómo dices? —pregunta Nuria deteniéndose a su lado.

—Que salís muy bien en esa foto —se corrige rápidamente, sintiendo que el rubor le sube a las mejillas haciendo que se sienta estúpida—. ¿Te sirvo más vino?

Nuria mira su copa sin comprender nada, todavía está llena, igual que la de su compañera. Miriam desvía la mirada de la fotografía, consciente de que algo extraño le sucede cada vez que ve esos ojos verdes —aunque sea en una imagen— y se convence de que en ellos solo ve a esa mujer escurridiza que la esquivo y es una amiga de mierda para Nuria, que la necesita más que nunca.

CAPÍTULO 3

Alba blasfema todas las maldiciones que conoce mientras corre por el puerto deportivo de Gijón lo más rápido que sus tacones le permiten. Esta noche es la despedida de soltera de su amiga Nuria y han quedado para cenar y celebrarlo en un local de la zona que se ocupa de ambas cosas. Nuria le ha propuesto pasar a buscarla por su casa, pero cuando Alba estaba a punto de decir que sí, su amiga ha terminado la frase diciendo que después irían a por Miriam las dos juntas. Los pelos se le han puesto de punta y la negativa y la excusa correspondiente han salido de su boca casi de inmediato.

—No, no te preocupes, ya voy yo directamente.

Ha dicho que ya iría ella cuando terminara de arreglarse y, como si el destino quisiera castigarla por mentirosa, su coche ha decidido no arrancar y para postre, el taxi que ha ido a buscarla se ha encontrado un atasco monumental en el centro y ahora Alba —la mejor amiga de la novia— llega tarde a su despedida. Sin embargo, lo que más le irrita, es pensar que probablemente a su amiga no le importe porque la usurpadora de Miriam se estará encargando de distraerla mientras ella se asfixia y por poco se tuerce un tobillo mientras corre.

Por fin entra en el local —tras tomarse un minuto en la entrada recuperando el aliento— y el encargado le dice que la despedida de

Nuria Piñera se celebra en la puerta de la izquierda. Alba ralentiza el paso y coge aire para tratar de relajarse, se mira el vestido negro que se ha puesto sin estar muy convencida porque considera que ya no tiene edad para una falda tan corta, pero se recuerda que Miriam está allí, y seguro que ella también se habrá puesto algo que la haga destacar.

En cuanto cruza la puerta, todas las miradas se clavan en ella y Alba siente que le falta el aire. La sala es grande y lo tiene todo, un pequeño escenario al fondo que ahora permanece oscuro, a la derecha una barra de madera bajo una iluminación ambarina y justo delante, un gran espacio para bailar que ahora está ocupado por una mesa alargada donde Nuria encabeza una de las puntas y todas sus amigas se reparten a los lados entre risas y tintineos de copas. A su derecha hay una silla vacía que Alba sabe que es para ella y a su izquierda... Ahí está Miriam, impresionante, con esa melena de color avellana brillando con una fuerza que deslumbra a Alba.

Nuria se levanta de un salto y corre hacia su amiga para estrujarla entre sus brazos.

—¡Por fin! —dice encantada, y un poco achispada—. Por un momento he pensado que ya no venías.

Alba frunce el ceño, dolida, sintiendo el comentario como si su amiga le hubiera dado una bofetada.

—Jamás te haría eso, ha sido el coche, que me ha dejado tirada —dice con el morro torcido.

—Si me hubieras dejado irte a buscar...

Nuria deja la frase en el aire y Alba no contesta, no puede decirle que ha sufrido un ataque de celos que le impedía ir en el mismo coche con Miriam. No puede explicarle que solo de pensar en

compartir un espacio tan pequeño con ella, le provoca un nudo en el estómago que se mezcla con unas ganas excesivas de tirarle del pelo.

—Vamos, esta vez no te libras de conocer a Miriam —a Alba le entra un escalofrío cuando Nuria le hace un gesto a su compañera y esta se levanta de su silla, dejando a la profesora boquiabierta.

Miriam atraviesa la pista como si fuera suya, con un mono azul que parece diseñado específicamente para ella y para sus curvas. Todas las miradas la siguen, incluida la de Alba, que no puede dejar de admirarla a pesar de su disgusto.

—La famosa profesora —dice Miriam sin necesidad de que Nuria hable, con una sonrisa que a Alba le parece burlona—. Por fin nos conocemos —añade ladeando la cabeza ligeramente, lo que provoca que su melena lacia se desplace en cascada sobre su hombro, trastornando a Alba.

—La editora célebre —responde Alba, estrechando su mano con más fuerza de la necesaria—. La que lo hace todo bien, según Nuria —suelta sin pensarlo, con un tono que oscila entre la ironía y esa rabia que lleva meses acumulando.

Nuria la mira, entre pasmada e incómoda, pero Miriam parece más divertida por el comentario que ofendida, porque tuerce una sonrisa y se acerca un poco más a Alba.

—No todo lo hago bien, pero sí todo lo que me gusta —susurra con una voz que a Alba se le antoja perfecta para seducir a una presa.

La profesora nota que el pulso se le acelera y le molesta quedarse sin palabras, por suerte, la salva el grito de una de las chicas de la mesa.

—Venga, ahora que estamos todas, foto con la novia.

El grupo se levanta en medio de un caos. Alguien coloca una cámara con una cuenta atrás y todas corren hacia donde están las tres mujeres. Sin darse cuenta, Alba y Miriam se ven apretujadas una contra la otra.

—Intenta sonreír un poco, anda —le suelta Miriam al oído.

Alba siente un escalofrío que la tensa por completo, como si un calambrazo le hubiera atravesado la columna.

—Lo haría si me dejases respirar —responde, trastornada porque el muslo de Miriam está prácticamente entre sus piernas y ese contacto involuntario la está volviendo loca.

La editora no contesta, pero Alba nota el aliento cálido de su risa junto a la oreja justo cuando el flash suelta un fogonazo, capturando ese momento de tensión entre las dos.

La cena transcurre más tranquila de lo que Alba había previsto, porque Nuria se encarga de llevar la conversación y trata de hablar temas en los que sus dos amigas se sientan cómodas y, cuanto más escucha hablar a Miriam, más tiene que reconocer que la mujer es jodidamente interesante.

Cuando termina la cena, los responsables del local apartan la mesa, las luces bajan varios tonos creando una atmósfera más íntima, ponen música y un camarero vestido de bombero se coloca detrás de la barra para servir copas mientras se proponen varios juegos con los que divertirse. Al final, el ganador resulta ser uno que a Alba la deja descolocada porque no sabe en qué consiste.

—¿Yo nunca? ¿Qué es eso? —pregunta sentándose en uno de los sillones del rincón, al lado de su amiga.

—¿Nunca has jugado? —pregunta una de las amigas de Nuria como si Alba fuera de otro planeta, casi escupiendo un sorbo de su copa por la risa repentina.

—Pues no —responde Alba, sintiendo que de repente es una anciana en una fiesta de universitarias.

—Se trata de confesar algo que nunca has hecho cuando llegue tu turno, es una tontería, pero es divertido —le explica Nuria apretando su brazo con cariño.

De inmediato y sin saber el motivo, los ojos de Alba se clavan en los de Miriam, que la observa fijamente con una intensidad que le seca la garganta.

—Voy a pedirme una copa antes —dice y se levanta, nerviosa.

—Te acompaño —responde Miriam para su sorpresa y la sigue hasta la barra—. Déjame adivinar, ¿una copa de vino? —pregunta la editora, apoyándose en la madera con una elegancia natural que desestabiliza la mente ordenada de Alba.

—Pues no, prefiero un gin-tonic —responde Alba con sequedad, consciente de que necesita algo más fuerte para soportar ese juego.

—Vaya —dice Miriam divertida, dejando que sus cejas se eleven mientras levanta la mano para que las atiendan.

—¿Sorprendida? —pregunta Alba con cierto tono retador.

—Reconozco que un poco. Pon dos gin-tonics, por favor —le dice al camarero cuando se acerca para atenderlas.

—¿Y por qué te sorprende? —pregunta Alba con esa expresión tensa que le cuesta borrar de su rostro cuando tiene a Miriam cerca—. ¿Qué pensabas que bebería?

—No sé, algo más... —Miriam hace una pausa misteriosa, estudiándola con una mirada penetrante que, por un momento, hace

que Alba se sienta desnuda—. Más suave —completa Miriam.

—Ya veo. La profesora aburrida que solo bebe vino blanco y lee novelas románticas igual de aburridas que ella. ¿Es eso? —pregunta a la defensiva.

—No. Más bien una mujer que lee novelas de misterio y compra libros en todas las librerías por las que pasa —suelta Miriam en voz baja, con cierta chulería.

—¿Cómo sabes eso? —pregunta Alba paralizada por la sorpresa.

Miriam esboza una pequeña sonrisa triunfal antes de responder.

—Nuria. Habla mucho de ti —se encoge de hombros la editora—. Relájate un poco, anda, estás tan tensa que mañana tendrás agujetas.

Miriam coge su vaso cuando se lo sirven y se marcha, dejando a Alba en la barra con la mirada clavada en su figura mientras se mueve con elegancia hasta donde está el resto del grupo.

—Yo nunca he saltado en paracaídas —dice una de las chicas cuando llega su turno.

Todas la abuchean entre risas, incluso Alba se esperaba algún comentario más jocosos. Los turnos van pasando y las respuestas cada vez son más atrevidas. Alba teme el momento de que le llegue a ella y está nerviosa porque no sabe qué decir, y entonces llega el turno de Nuria, que si cuando ha llegado Alba estaba achispada, ahora tiene la lengua muy suelta.

—Yo nunca he hecho un trío, pero me muero de ganas —añade y todas explotan en carcajadas y aplausos, animándola a hacerlo.

—Tu turno —dice Miriam, con la mirada fija en Alba que, por un momento, se queda enganchada en esos ojos marrones como el chocolate que empiezan a parecerle adictivos.

—Yo nunca...

Alba se queda en blanco, por más que su mente busca algo interesante que contar, no encuentra nada y empieza a sentirse incómoda. Percibe todas las miradas sobre ella y el ambiente le parece cargado y el aire denso, como si ya no hubiera oxígeno. Mira a Nuria, como si en los ojos de su amiga estuviera la respuesta, pero Nuria la mira con la misma expectación que las demás.

—Yo nunca... —repite nerviosa.

—Yo nunca he besado a una mujer —suelta Miriam con la mirada fija en sus ojos.

Alba podría agradecer ese intento de salvarla si no fuera porque su corazón acaba de desplomarse y ahora late entre sus piernas. Los comentarios y las risas de las demás mujeres son un ruido de fondo para ellas, porque ni Alba ni Miriam las escuchan, atrapadas en el comentario de esta última hasta que Nuria, motivada por la evidente ingesta de alcohol, dice algo que lo cambia todo.

—Pues Alba te podría enseñar, ella es experta —suelta con una risotada.

La ceja izquierda de Miriam se arquea con algo más que curiosidad y la boca de Alba se abre cuando se queda sin aliento, pero lo que cambia las cosas es la reacción de las demás mujeres, que divertidas por el comentario y animadas por la bebida, consideran que la idea es todo un reto y empiezan a animarlas como si fueran colegialas. Los aplausos y los gritos aturden a Alba, pero lo peor para ella no es escuchar a esa panda de atontadas que no van a parar hasta que ellas se besen, lo malo es que lo está deseando. Alba está loca de ganas de que Miriam se levante de su silla y...

Miriam acaba de levantarse y le tiende una mano para que ella haga lo mismo, retándola con la mirada y un brillo extremadamente peligroso en los ojos que hace que a Alba le tiemblen las rodillas.

—Dime que ahora no vas a controlarte también, profesora —dice Miriam, con las pupilas tan dilatadas que sus ojos son dos pozos completamente oscuros donde Alba quiere tirarse de cabeza.

Sin pensarlo ni un solo segundo, extiende la mano para coger la de Miriam y se levanta, dejando que esta la pegue a su cuerpo y atrapando sus labios antes de que pueda arrepentirse. El beso es corto, pero Alba lo aprovecha y se permite usar la lengua unos segundos para pasarla por esos labios húmedos que ha querido besar desde que Miriam la ha retado.

CAPÍTULO 4

Cuando el beso se rompe, el murmullo es escandaloso entre los gritos, las risas y los aplausos de las chicas, pero ellas permanecen petrificadas unos segundos, mirándose fijamente sin saber exactamente qué hacer a continuación.

—Pues ya puedes decir que has besado a una mujer —dice Nuria divertida, rompiendo el hechizo en el que ambas parecen haber quedado atrapadas en el tiempo.

Miriam la enfoca y sonríe sentándose en su silla con esa elegancia que la caracteriza. Alba hace lo mismo, pero antes de dejar caer el culo se asegura de afinar la puntería porque está tan aturdida que teme desviarse y caer al suelo.

—No te libras, es tu turno —le recuerda Nuria señalándola, haciendo que Alba quiera estrangularla, pero entonces entra un encargado del local y anuncia que en breve apagarán las luces y entrará el *stripper*.

Todas las mujeres se levantan sonriendo, olvidando por completo el juego, todas menos Alba, que suspira de alivio.

—Te has librado, profesora —escucha la voz de Miriam, que se acaba de sentar a su lado y la observa con la sonrisa ladeada.

—Una desgracia —bromea Alba con los ojos en blanco.

—Vaya, pero si tienes sentido del humor —entorna los ojos Miriam y se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

Los repentinos gritos de las mujeres casi las dejan sordas cuando las luces se vuelven más tenues y la música cambia a los acordes dignos de un club de striptease.

—¿No quieres ver al machito desnudarse? —pregunta Miriam, con un tono entre divertido y burlón mientras mira hacia el escenario, frente al cual esperan todas las mujeres como leonas hambrientas.

—Pues la verdad es que no —responde Alba sin mirarla, mientras intenta comprender por qué le ha gustado tanto besar a una mujer que intenta robarle a su mejor amiga.

—¿Demasiado vulgar para ti? —la provoca Miriam.

—¿Demasiado masculino para ti después de mi beso? —contraataca Alba, dejando a Miriam callada unos segundos mientras encaja la derrota.

—Un beso en el que te has aprovechado y has metido lengua —le recuerda Miriam.

Alba se gira hacia ella como si fuera la aguja de una brújula que acaba de encontrar el norte.

—Yo no te he metido la lengua —rebate incómoda, en medio de los gritos de las mujeres cuando el *stripper* aparece.

Ambas ignoran lo que pasa sobre el escenario por completo, como si estuvieran solas en la sala.

—Claro que sí, te has aprovechado y me has rozado la lengua —miente Miriam a propósito, fascinada por la expresión sofocada de Alba.

—Es mentira —se defiende irritada—, no te he rozado la lengua, solo el labio —Alba se toca su propio labio inferior y Miriam se pierde un instante en ese gesto, que le parece extremadamente seductor.

—Así que reconoces que has metido lengua, profesora —dice sonriendo y Alba se da cuenta de que solo quiere provocarla.

—Deja de llamarme profesora.

—¿No es lo que eres? —pregunta Miriam.

Alba la mira confundida. Miriam la descoloca tanto que, a estas alturas de la noche, ya no sabe si le cae mal, le cae bien o quiere acostarse con ella y olvidarla al día siguiente.

—Sí, supongo que eso es lo que soy, una profesora aburrida que te ha metido la lengua en la boca —dice, y clava la mirada al frente, aunque lo que pasa en el escenario es solo un borrón al que no presta atención.

Miriam suspira y se levanta sin saber qué la motiva a ello exactamente.

—¿Por qué no firmamos una tregua durante un rato? Tanta tensión entre nosotras me agota. Vamos, te invito a una copa en el bar de fuera, lejos de tanto ruido.

Miriam le tiende una mano y Alba duda unos segundos sobre si es buena idea aceptar su invitación. ¿De qué van a hablar? Está cansada y lo único que quiere es marcharse a su casa. Después de hoy, solo tiene que ver a Miriam en la boda de manera obligatoria, después le dará largas a Nuria y con suerte tendrá que aguantarla un par de veces al año para no defraudar a su amiga, pero le coge la mano y se levanta cuando recuerda el cosquilleo que ha sentido en los labios al besarla.

—¿Otro gin tonic? —le pregunta Miriam cuando llegan a la barra del bar del exterior, donde Alba agradece la tranquilidad.

Duda sobre la bebida porque se siente con la mente un poco embotada, pero acepta porque algo le dice que lo necesita para no flaquear ante la firmeza con la que la mira Miriam. El camarero les sirve las copas y las mujeres se sientan en dos taburetes solitarios al fondo de la barra.

—¿Por qué te caigo tan mal? —pregunta Miriam de manera repentina.

A Alba por poco se le escurre la copa entre las manos.

—Yo no he dicho que me caigas mal —responde a la defensiva y Miriam esboza una sonrisa divertida y bebe un trago de su copa que le deja los labios húmedos y muy apetecibles.

—No es necesario, se te nota a una legua. Te has pasado seis meses dándole largas a tu mejor amiga para no conocerme, y sinceramente, no me importa lo más mínimo, pero siento curiosidad por saber qué te ha contado Nuria para que decidas que no vale la pena invertir tu valioso tiempo en conocerme —dice Miriam.

—Nuria jamás me ha contado nada malo sobre ti —responde envalentonada por el alcohol, intentando ignorar la vergüenza que siente de sí misma para tratar de ser sincera al menos por una vez—. Al contrario, todo lo que me cuenta es bueno, tanto, que me pregunto si existe alguien tan perfecto.

La mira fijamente y Miriam levanta las cejas sorprendida por su franqueza. No se lo esperaba de Alba, alguien a quien ha considerado una cobarde desde el principio, y le sonríe satisfecha.

—Bueno, pues agradezco tu sinceridad, profesora —dice y vuelve a dar un sorbo, dejando a Alba descolocada.

—¿Ya está? ¿No tienes nada que decir? —pregunta con el ceño fruncido.

Miriam sonríe y la mira de reojo.

—¿Quieres que yo también me sincere contigo?

Alba se pone nerviosa de repente y la duda la asalta. No está muy segura de querer saber lo que Miriam piensa sobre ella porque está convencida de que no es bueno y que ella no encajará la crítica con tanta madurez como lo ha hecho la editora, pero asiente.

—Sí, quiero saberlo.

Los ojos de Miriam brillan con expresión traviesa cuando se gira y enfoca a Alba, a la que el corazón empieza a latirle desbocado sin motivo aparente cuando la editora le susurra.

—He mentido cuando he dicho que no había besado a una mujer nunca.

A Alba la frase le rebota en la cabeza durante unos segundos hasta que reacciona. No es para nada lo que esperaba escuchar, pero se enfurece y se olvida por completo de lo que estaban hablando.

—¿Y por qué has mentido? —exige saber, dejando su copa sobre la barra.

Miriam hace botar un hombro con ese aire despreocupado que molesta tanto a Alba.

—Quería saber si te atreverías a besarme.

A Alba la mandíbula se le desencaja mientras la observa con perplejidad, analizando lo que significa la información que acaba de recibir.

—¿Querías besarme? —pregunta repentinamente nerviosa, a punto de tartamudear.

—En ese momento me han entrado ganas, sí —confiesa y vuelve a levantar un hombro.

Alba no entiende nada, le cuesta mucho descifrar el comportamiento de esa mujer para la que todo parece un juego.

—Pues espero que hayas quedado satisfecha con tu juego, porque no va a volver a pasar —dice entre ofendida y dolida.

—No te preocupes, no tengo por costumbre querer besar a mujeres a las que les caigo mal —dice Miriam apurando el último trago de su copa—. Me ha gustado conocerte, profesora. Nos vemos en la boda.

Miriam deja la copa sobre la barra y se marcha hacia la salida, dejando a Alba inmóvil en su taburete, confundida y desorientada ante el comportamiento de una mujer a la que lleva meses odiando y ahora quiere meter entre sus sábanas.

CAPÍTULO 5

Alba acciona el cierre de su coche mientras observa la fachada del edificio de Nuria. Ha quedado con ella para cenar en su casa y trata de localizar la ventana de su amiga con la estúpida idea de ver a través del cristal a Miriam, a la que teme que haya invitado sin decirle nada.

Sacude la cabeza y sonríe como una perturbada tratando de alejar ese pensamiento de inmediato de su mente. Sabe que Nuria jamás le haría algo así, si le ha dicho que cenan solas, es porque cenan solas. Mientras cruza la calle, piensa en la despedida de soltera, como cada uno de los cuatro días que han pasado desde entonces.

El mono azul de Miriam es algo que aparece en sus pensamientos sin permiso cada día, igual que su mirada magnética o esa melena de color avellana como sus ojos, pero lo que a ella más le inquieta es el maldito beso. Fue algo tonto, parte de un juego, algo que hicieron como un reto porque habían bebido y, aun así, se siente muy confundida por aquel hormigueo que experimentó al rozar los labios de una mujer a la que no soporta.

Pulsa el botón que hay al lado del nombre de su amiga para que le abra y respira profundamente. Solo tiene que aguantar unos días más, el viernes ya terminan las clases oficialmente, el sábado es la

boda y si se estresa mucho, ha pensado marcharse unos días a cualquier ciudad del sur, quizá a algún pueblo de Málaga. Seguro que eso le despeja la mente, aunque en el fondo sabe que ni poniendo tantos kilómetros de distancia logrará borrar ese beso de sus pensamientos.

—Qué bien huele —dice olfateando el aroma a comida que sale de la cocina cuando Nuria le abre la puerta.

—¿A qué sí? —sonríe su amiga—. Es la pasta favorita de Asier, estoy mejorando la receta, aunque lo cierto es que me sale de muerte.

Alba se ríe. Las últimas veces que su amiga la ha invitado a cenar a su casa, ha cocinado lo mismo, siempre esforzándose por complacer a un futuro marido que siempre anda ocupado con el trabajo y parece demasiado ausente.

—¿Nerviosa por la boda? —pregunta Alba ayudándola a preparar la mesa.

—La verdad es que sí, pero al menos me consuela saber que tú y Miriam ya os conocéis y no os habéis matado —bromea mientras coloca los cubiertos.

Alba deja de respirar unos segundos cuando escucha su nombre. No puede evitarlo, cada vez que Nuria lo pronuncia, le entran ganas de romper cosas.

—Bueno, ¿qué opinas de ella ahora que ya la has conocido?

Nuria se apoya en el mármol con un vaso de refresco en la mano mientras espera la respuesta. Alba no sabe qué decirle, está tan confundida con respecto a esa mujer que tiene la sensación de que cualquier respuesta que pronuncie será mentira.

—Es una mujer interesante —dice esperando que sea suficiente para Nuria.

—¿Interesante? —su amiga se ríe de repente—. ¿Y ya está?

Alba se pone nerviosa.

—Bueno, es que apenas la traté, Nuria, no sabría qué más decirte —miente intentando ganar tiempo.

—Pero si os vi hablar bastantes veces y salisteis juntas a tomar algo antes de que ella se marchase. ¿Estáis haciendo el papel para que yo no me sienta mal? Porque le he preguntado a ella qué piensa sobre ti y solo ha sido capaz de decir que le pareces maja.

Cuando Nuria menciona que le ha preguntado a Miriam qué piensa sobre ella, Alba siente que el estómago le da un vuelco. Las manos se le tensan alrededor del vaso que sostiene mientras intenta mantener una expresión neutra que no delate su repentino nerviosismo.

—¿Qué respuesta es esa? —sigue su amiga sin darse cuenta de nada—. Y ahora tú me dices que es interesante —Nuria suspira y deja el vaso para seguir sirviendo los platos—, pensé que después de ese día podríamos quedar las tres de vez en cuando. Tú eres mi mejor amiga y ella me cae muy bien, pero bueno, si no os entendéis no pasa nada.

Alba se queda quieta mientras mira a su amiga, sintiéndose una completa desalmada. Debería confesarle que está celosa y que Miriam solo es culpable de que haya proyectado su rabia sobre ella, pero no se atreve a reconocer algo tan miserable ni quiere hacerlo cuando apenas faltan dos días para la boda.

—Quedaremos las tres cuando tú quieras, Nuria, te lo prometo. No es que no nos entendamos, es que Miriam y yo apenas nos

conocemos, eso es todo.

Nuria se gira, sorprendida. En el fondo, ella intuye lo que le pasa a Alba porque la conoce y sabe que es algo insegura. Además, Miriam tiene una personalidad muy fuerte que puede resultar abrumadora en un principio para alguien como su amiga, pero debe acostumbrarse, porque Miriam ha llegado a su vida para quedarse.

—Me alegra escuchar eso, si le das una oportunidad, puede sorprenderte, es buena mujer —comenta dejando los platos en la mesa.

Ambas se sientan frente a frente y, aunque no está segura de si debe hacerlo, Alba decide preguntar.

—¿Es bisexual?

Nuria levanta la mirada y parpadea divertida.

—¿Miriam? —pregunta sonriendo.

—No vayas por ahí, no lo digo por eso. Es que tú me dijiste que se vino a vivir aquí después de divorciarse del marido, pero en la despedida me comentó que había mentido cuando dijo que nunca había besado a una mujer.

—¿Mintió? —se carcajea Nuria y Alba se contagia.

—Eso dijo, aunque no sé si lo hizo para tomarme el pelo, la verdad.

—No veo razón para que te tomase el pelo, pero lo cierto es que no sé nada de eso, me refiero a sus relaciones anteriores. A mí solo me ha hablado de su exmarido, estuvo casada con él muchísimos años, de lo que hiciera antes no sé nada, pero si quieres le pregunto —dice socarrona.

—Ni hablar —responde Alba de inmediato—, era solo curiosidad. Ya sabes que yo no quiero saber nada de mujeres heterosexuales

que de repente exploran, mis experiencias en ese aspecto han sido nefastas y estoy escarmentada. Además, Miriam no es mi tipo de mujer y tú lo sabes, demasiada energía —dice por decir algo.

Nuria asiente y no insiste. En ningún momento se le había pasado por la cabeza nada parecido. Para ella, Miriam y Alba son como el día y la noche. Su amiga de toda la vida es una mujer tranquila y planificadora, mientras que Miriam es espontánea y adicta a cualquier plan que no la deje encerrada en su casa. Además, Alba tiene razón, ha tenido dos experiencias muy malas precisamente con dos mujeres que habían estado con hombres toda la vida y de repente decidieron cambiar de acera, eligiendo a Alba como su primera incursión en el mundo lésbico. Y su amiga acabó con el corazón hecho pedazos en ambos casos.

—Es verdad, en ese sentido, no creo que tengáis nada en común —comenta Nuria mientras cenan.

A Alba el comentario debería parecerle normal porque es justo lo que ella acaba de insinuar, pero le sienta como una patada en el hígado, lo que la deja desconcertada mientras observa cómo se le va cayendo la pasta del tenedor. ¿Por qué le molesta tanto que Nuria confirme algo que ella misma ha dicho?

CAPÍTULO 6

Alba sonrío entusiasmada cuando la madre de Nuria le abre la puerta de su casa. Es el día de la boda y Alba se presenta puntual para apoyar a su amiga. Le da igual saber que en breve llegará también Miriam, ha decidido que hoy nada puede empañar el día de la boda de su mejor amiga, así que toda su atención debe estar centrada en exclusiva en ella.

—Hola, Isabel —saluda Alba.

Isabel responde estrechándola entre sus brazos con fuerza.

—Estás muy guapa, Alba. Pasa, hija, a ver si tú la calmas, porque está hecha un mar de nervios.

Alba se ríe y se dirige a la puerta del fondo del pasillo. Conoce perfectamente la casa de los padres de Nuria porque pasó miles de tardes allí jugando y estudiando con su amiga cuando ambas eran pequeñas.

—Por fin llegas —dice Nuria girándose hacia ella—, dime que traes una botella de vodka o de tequila.

—No seas exagerada, Nuria —se ríe Alba.

—Lo digo en serio, creo que me va a dar un infarto —confiesa y se sienta en la silla del que era su escritorio.

Alba se agacha frente a ella y le coge las manos mientras observa el vestido de novia colgado de una percha al lado del

armario.

—Es normal que estés nerviosa, pero no pasa nada, irá bien —le asegura sonriendo.

—Mira la hora que es y la maquilladora no ha llegado todavía —dice agobiada—, voy a llegar tarde a mi propia boda.

—Mejor —Alba se ríe con maldad y hace botar un hombro—, que Asier espere un poco. Se lleva a una mujer maravillosa y no puede resultarle todo tan fácil.

Nuria le sonríe con ternura y el timbre suena. Alba no puede evitar que el corazón se le acelere. Solo pueden ser dos opciones, la maquilladora o Miriam, y es la segunda porque reconoce su voz serena y determinada cuando saluda a la madre de Nuria, y se sorprende porque la recuerda perfectamente.

Al instante, Miriam aparece por la puerta de la habitación con un vestido elegante de color verde oliva que hace resaltar ese tono avellana de sus ojos, que brillan bajo la luz de la bombilla. Las miradas de ambas se cruzan un instante antes de que Miriam abrace a Nuria y después se gire hacia ella.

—Volvemos a vernos, profesora —dice Miriam y, antes de darle dos besos, se detiene un par de segundos para permitirse observar a Alba.

Le gusta el tono sobrio y sofisticado del traje de chaqueta que ha elegido, le da un aire de mujer misteriosa y escurridiza que le parece tentador. Se acerca despacio, sin poder evitar una sonrisa de agrado pese a saber la animadversión que Alba siente hacia ella.

Cuando sus mejillas se rozan al besarse, Alba experimenta un cosquilleo muy parecido al que sintió recorrer sus labios cuando se besaron en la despedida, y eso la deja descolocada porque estaba

convencida de que semejante acontecimiento solo pudo haberse propiciado gracias a la ingesta de alcohol que ya había por su cuerpo, pero ahora no ha bebido.

—He traído esto por si hacía falta —dice Miriam sacando una botella de cava de una bolsa de papel que lleva en la mano—, todavía está fría.

Los ojos de Nuria se desorbitan de alegría, Alba se queda pasmada.

—Son las diez de la mañana, Miriam —protesta molesta consigo misma porque algo tan tonto no se le haya ocurrido a ella.

—Es el día de su boda, profesora —contesta Miriam sacando también unas copas de plástico—, un poco de alegría —añade y le guiña un ojo con cierto aire burlón que trastorna a Alba.

Miriam le da la espalda y descorcha la botella con un ruido sordo que hace botar a Alba, que se ha quedado tiesa tras el guiño. La editora llena las tres copas, le entrega una a Nuria y se gira con una ceja levantada mientras le muestra otra a Alba.

—¿Quieres o dejamos que se la beba Nuria por ti? —pregunta Miriam con cierto tono burlón que molesta mucho a la profesora.

Alba se acerca y casi se la arranca de la mano mientras observa sus facciones, su peinado, sus uñas, el maquillaje sutil y el reloj y los pendientes, las únicas joyas que lleva. Miriam está sencillamente arrebatadora y Alba se pregunta si alguna vez se ha llegado a sentir tan atraída por una mujer como se siente ahora por ella.

—Tenemos un problema —dice la madre de Nuria, entrando por la puerta.

Las tres mujeres se giran a la vez, asustadas.

—La maquilladora no va a venir, ha tenido un contratiempo y llegará demasiado tarde.

Nuria deja la copa y comienza a hiperventilar, angustiada porque lleva toda la mañana con un mal presentimiento.

—Lo sabía, sabía que pasaría algo.

Alba también deja su copa y coge su móvil, dispuesta a solucionar el problema.

—No te preocupes, encontraremos a alguien que pueda maquillarte —dice intentando pensar.

—Puedo hacerlo yo si me dejas —propone Miriam y las dos se giran hacia ella—. No soy profesional, pero se me da bastante bien.

—¿Tú? —duda Nuria.

—Deja que lo haga —suelta Alba de repente.

Miriam se gira y la mira sorprendida. Alba aparta la mirada, no piensa decirle que le encanta como se ha maquillado y que está segura de que puede hacer un trabajo estupendo con su amiga.

—De acuerdo —dice Nuria rompiendo el momento de tensión.

Las tres vacían sus bolsos para reunir todo el maquillaje que llevan y Miriam se sitúa frente a Nuria, estudiando sus facciones con ojo clínico mientras organiza lo que tiene para empezar a maquillarla. Alba la observa fascinada cuando aplica el maquillaje sobre el rostro de su amiga con gesto concentrado. Le molesta admitirlo, pero Miriam no solo es una mujer atractiva, también es resolutiva y sabe mantener la calma en momentos de tensión, no como ella que, aunque ha disimulado muy bien, estaba segura de que no iban a encontrar una solución a tiempo.

—¿Qué opinas? —pregunta Miriam mirando a Alba, mientras se cruza de brazos y observa a Nuria con gesto satisfecho.

Alba se sitúa a su lado, muy cerca, y asiente sonriendo.

—Estás perfecta, la novia más guapa de todo Gijón, sin duda —dice y después mira a Miriam de reojo.

Nuria se levanta y abre la puerta del armario en busca del espejo del interior porque también quiere verse.

—Viniendo de ti, me lo voy a tomar como un cumplido, profesora —susurra Miriam sin moverse.

—Maquillas muy bien, pero me sigues cayendo mal —responde ella en voz baja.

Miriam suelta una risilla y la devora con la mirada. Cuanto más borde es Alba, más atractiva le parece.

—Qué maravilla —dice Nuria frente al espejo.

Se gira hacia Miriam para darle las gracias, pero en ese instante suena su teléfono y ve el nombre de la hermana de Asier en la pantalla. Nuria responde con una sonrisa resplandeciente y Alba y Miriam ven con preocupación cómo esa sonrisa se va transformando poco a poco en un gesto de desconcierto. Nuria empieza a dar pasos torpes por la habitación, a decir palabras sueltas como imposible, no y mentira, para después hacer preguntas balbuceantes como por qué o decir que no puede ser. Sus dos amigas, desconcertadas, se acercan a ella muy despacio, intentando que les explique lo que pasa, pero Nuria sigue pasmada con el teléfono adherido a la oreja, aplastado con tanta fuerza que los dedos los tiene blancos, hasta que cuelga y lo deja caer al suelo, paralizada frente a la ventana con el rostro desencajado.

—Nuria, ¿qué pasa? —pregunta Alba cogiéndola de un brazo.

—Asier no se va a casar conmigo —solloza tan flojo que sus amigas se miran entre ellas para asegurarse de que han escuchado

lo mismo.

Alba siente como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago mientras observa el rostro descompuesto de su amiga.

—¿Cómo que no se va a casar? —pregunta Miriam.

Las rodillas de Nuria fallan en ese momento y ambas tienen que sostenerla para que no acabe en el suelo.

—Le ha dicho a su hermana que no está preparado, y ya está, la boda está suspendida.

Nuria estalla en un llanto desconsolado imposible de parar. Miriam y Alba la llevan hasta la cama y los siguientes minutos son una agonía en la que las dos mujeres, junto a la madre de Nuria, tratan de consolarla como pueden. Nada de lo que dicen o hacen puede reconfortar a Nuria, así que Alba y Miriam se dedican a hacer llamadas para avisar a los invitados por parte de la novia para que no acudan a la iglesia mientras su madre permanece junto a ella.

—Qué hijo de puta —bufa Alba tras colgar una de las llamadas.

Miriam se acerca a ella y las dos se quedan mirando a la nada a través de la ventana, sin saber qué decir, y al cabo de unos minutos vuelven a la habitación, donde Nuria permanece abrazada a su madre, algo más calmada.

—¿Qué hacemos? —pregunta Alba compungida.

Nuria no contesta a pesar de tener los ojos abiertos. Está absorta en sus pensamientos y solo quiere quedarse ahí para seguir llorando.

—Marchaos a casa, Alba, aquí ya no podéis hacer nada. Ahora le haré un caldo y que descanse, mañana será otro día —dice su madre.

Alba se queda quieta mientras las observa, sintiendo la impotencia de no poder hacer nada por ayudar a Nuria.

—Vamos —escucha la voz de Miriam, que la coge por un brazo con suavidad—. Su madre tiene razón, ahora no podemos hacer nada. Dejemos que descanse.

Alba se deja arrastrar por Miriam y deja salir el aire contenido en los pulmones cuando salen a la calle. A pesar de que ese día de principios de julio ha amanecido soleado, ahora el día está nublado, como el corazón de Nuria.

—Es una putada no caerte bien, porque ahora me iría a tomar copas contigo hasta olvidarme de esta mañana de mierda —dice Miriam con la mandíbula apretada por la rabia—. Nos vemos, profesora.

Miriam se despide y cruza la calle con tanta rapidez que Alba es incapaz de reaccionar a tiempo y decirle que no sabe si le cae bien o no, pero que le apetece mucho irse de copas con ella. Debería haberla detenido, debería haber dicho que sí. Pero como siempre cuando se trata de Miriam, su orgullo puede más que sus deseos. Frustrada consigo misma, la ve alejarse por la acera de enfrente hasta que se sube en un coche de color azul y se incorpora a la calzada.

—Te mereces que te caiga un rayo, Alba —se dice en voz baja, y de inmediato alza la mirada al cielo con expresión asustada, porque Alba cree en el karma, y espera que Asier reciba su dosis muy pronto.

CAPÍTULO 7

La casa de la madre de Nuria no es muy grande, pero es acogedora y siempre hay en ella un aroma dulzón cuyo origen Alba nunca ha logrado identificar. Ha llegado prácticamente a la vez que Miriam y ambas se han encontrado en la entrada. El momento le ha resultado un poco incómodo, quería decirle que se arrepentía de no haberla detenido el día anterior, pero en ese preciso instante la madre de Nuria ha pulsado el botón y la puerta se ha abierto.

—¿Cómo está? —pregunta Alba en cuanto Miriam cierra la puerta del apartamento a sus espaldas.

—Destrozada, no creo que haya dormido en toda la noche, tiene unas ojeras horribles —responde angustiada.

—¿Ha comido? —pregunta Miriam.

—Ayer un poco de caldo, pero tiene el estómago tan cerrado que no he conseguido que desayune nada —sigue explicando preocupada.

—A esto no puede resistirse, son sus favoritos —dice Alba alzando una caja de donuts glaseados de distintos sabores. Ella los odia, pero a su amiga le encantan desde que eran niñas—. ¿Puedo entrar? —pregunta señalando la habitación.

—Claro que sí, a ver si tú consigues algo —responde su madre con una sonrisa cansada.

Alba se da la vuelta y camina hacia la puerta, observando a su espalda de reojo. Miriam no la sigue, se ha quedado al lado de la madre de Nuria para darle un poco de espacio a las dos amigas. Golpea la puerta de la habitación un par de veces, con suavidad, y como Nuria no responde, ella entra igualmente.

La encuentra sentada en la cama, con la espalda apoyada en la pared, en pijama, con el pelo revuelto mientras mira su móvil. Parece sorprendentemente serena cuando Alba se sienta en la cama.

—Te traigo esto, y no me digas que no quieres porque tu madre está muy angustiada —Alba deja la caja de donuts sobre la cama y la abre.

Nuria levanta la mirada y enfoca a su amiga, le sonríe con amargura y coge un donut.

—¿Cuándo he dicho yo que no a uno de estos? —pregunta con los ojos encharcados, intentando mantener a raya las pocas lágrimas que le quedan.

—Así me gusta —dice Alba dándole un suave apretón en el muslo—. ¿Sabes algo de Asier? —se atreve a preguntar, porque sabe que eso es lo único que su amiga tiene en la cabeza.

—Tiene el móvil apagado, el muy cobarde —dice con la voz temblando de rabia—. Su hermana me ha escrito diciendo que está bien y que lo siente mucho.

Nuria muerde el donut mientras Alba la mira sin saber qué decir. No conoce mucho a Asier y debe reconocer que nunca le cayó del todo bien porque le parecía demasiado ególatra, pero jamás le creyó capaz de nada así.

—Es un gilipollas —murmura Miriam desde la puerta sin poder contener la lengua. Alba se sobresalta porque no la ha escuchado

entrar—. Y si es así de desalmado, en realidad te ha hecho un favor al no casarse contigo, Nuria —añade mientras se acerca a la cama.

Si Alba tuviera misiles en los ojos, Miriam ya habría desaparecido del mapa, pero no los tiene y la editora sigue ahí, mirándola con una determinación que la desestabiliza. Hay algo en la postura de Miriam que le otorga una elegancia que parece innata.

—Lo sé —concuerta Nuria sorprendiendo a Alba—, pero es duro aceptarlo. No dejo de darle vueltas en busca de señales, pero si las hubo, yo no las vi.

—No pienses en eso —dice Miriam—, él se lo pierde.

Nuria elige otro donut y sigue comiendo. Alba levanta la caja y la acerca a Miriam, que arquea una ceja y ladea media sonrisa que provoca que la caja empiece a moverse porque el pulso de Alba se vuelve irregular.

—¿Y este ataque de bondad, profesora? —pregunta mordaz. Miriam estira una mano para sostener la caja mientras coge un donut con la otra, pero sus dedos se rozan de manera accidental con los de Alba y las dos sufren una descarga eléctrica que disimulan lo mejor que pueden.

—A ese le he puesto veneno —dice Alba señalando el que ha cogido.

Miriam se ríe y lo muerde degustando su sabor. El azúcar le mancha los labios y Alba siente una espantosa tentación de limpiarlos con su lengua.

—Pues espero que sepas hacer el boca a boca cuando me desmaye, porque está delicioso —dice y sigue comiendo, ajena a la turbación de la profesora.

—¿A vosotras qué os pasa? —pregunta Nuria alternando la mirada entre las dos.

—Nada —se apresura a contestar Alba—, solo intentamos que sonrías.

Nuria lo hace con tristeza y suspira.

—Tienes que salir de aquí, Nuria —dice Miriam—, no te puedes quedar encerrada en esta habitación todo el día. Además, tu madre está muy preocupada.

—Lo sé, y no pienso hacerlo, no voy a dejar que Asier me hunda, pero necesito mi tiempo para desconectar, aislarme un poco de todo y de todos. Aquí me estoy ahogando.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Alba asustada.

—Voy a marcharme unos días al sur con mi padre, me llevaré el portátil y trabajaré desde allí.

—¿Trabajar? —Miriam está descolocada, igual que Alba—, pero si tienes vacaciones por la boda, Nuria. Bueno, quiero decir que... —Miriam se interrumpe con ganas de darse un bofetón ella misma.

—He llamado a Miguel esta mañana —sigue diciendo Nuria.

—¿El director de la editorial? —pregunta Alba mirando a Miriam, que asiente perpleja porque es domingo.

—Sí.

—¿Para qué? —preguntan ambas a la vez.

—Para decirle que me reincorporo mañana en tu lugar —dice mirando a Miriam, que tiene la sensación de que se ha perdido hace rato.

—Vamos a ver, Nuria —dice y carraspea—. ¿De qué hablas?

—Asier no solo me ha hecho mucho daño, me arruinó el día y me ha hecho perder un dineral con el tema de la boda, a mí y a mis

padres, pero no voy a perder nada más por su culpa. El viaje de novios lo pagué yo con la condición de que él me daría su parte al volver. Obviamente, no cuento con ella, pero tampoco lo quiero perder.

—Claro que no, deberías ir —dice Alba.

—No voy a ir —responde Nuria, seca y cortante.

—Aaah —balbucea Alba, preocupada porque tiene la sensación de que su amiga está perdiendo la cabeza—. ¿Entonces?

—Iréis vosotras.

El silencio que sigue a esa frase es tan denso que Miriam tiene la sensación de que puede moldear el aire con las manos. Alba siente que la garganta se le seca solo de pensar en lo que acaba de decir Nuria.

—¿Nosotras? ¿Te refieres a Miriam y a mí? —se asegura estúpidamente.

—Sí, claro, ¿a quién si no?

Alba mira a Miriam esperando que ella diga algo coherente que le quite esa estúpida idea de la cabeza a Nuria, pero la editora está perpleja. Algo impropio de ella.

—Nosotras no podemos ir, Nuria, eso es...

—Claro que podéis. Estamos hablando de Bali —la corta su amiga—. Tú ya estás de vacaciones y yo he hablado con Miguel para decirle que sustituiré a Miriam en lugar de ella a mí. Está todo pagado, joder —dice furiosa, aunque ambas saben que no es con ellas—. Cogimos el paquete más caro con todo incluido, solo tengo que cambiar los billetes y llamar al hotel. Por favor —suplica con tanta intensidad que las dos sienten que no pueden negarse—, si queréis hacer algo por mí, es esto, no dejéis que el viaje se pierda.

Yo necesito estar sola, procesar todo esto a mi manera, pero no soporto la idea de que todo ese dinero también se esfume por culpa de ese impresentable. Id vosotras y disfrutad del viaje.

La propuesta de pasar nueve días de desconexión en Bali sonaría realmente tentadora para Alba si no fuera porque la condición es ir con Miriam, y en su mente confundida y llena de contradicciones solo se imagina discutiendo con ella a todas horas y no se ve capaz de soportarlo, y mucho menos de dormir con ella, porque parece que Nuria se ha olvidado de que lo que ella tiene pagado, es un paquete especial para recién casados. Y eso Alba lo sabe porque la ayudó a elegirlo.

Su mente trabaja a toda velocidad tratando de encontrar una excusa que sea lo suficientemente convincente como para no herir los sentimientos de su amiga si se niega.

—Por mí no hay problema, si eso es lo que quieres, iré —la respuesta de Miriam le cae a Alba como una bomba cuya explosión le revienta los tímpanos.

—Genial, gracias, Miriam —dice Nuria abrazándose a ella—. ¿Y tú, Alba?

La mirada de las dos mujeres se posa sobre ella. La de Nuria es suplicante, la de Miriam retadora. Alba quiere negarse, pero se doblega ante la mirada acuosa de su amiga.

—Está bien, pero te pagaré mi parte.

Nuria se abraza a ella con fuerza y menea la cabeza sobre su hombro.

—No quiero el dinero, solo que vayáis y lo disfrutéis. Yo me iré con mi padre y me alejaré de esto unas semanas. Cuando vuelva, no quiero saber nada de Asier —dice Nuria con determinación.

—Así me gusta, ese patán no te merece —dice Miriam y Nuria sonríe con tristeza, cogiendo el último de los donuts.

—Deberíais ir a preparar vuestras cosas. El vuelo sale mañana.

La mirada de Miriam se posa sobre Alba. Ella también es muy consciente de lo incómodo que puede ser ese viaje junto a una mujer que la odia, pero a pesar de esa animadversión, Miriam no puede evitar sentirse atraída por la profesora y el recuerdo de ese beso absurdo en la despedida de soltera la sigue asaltando cada vez que cierra los ojos, provocándole un ardor muy agradable entre las piernas. Miriam quiere que ese beso se repita.

CAPÍTULO 8

El aeropuerto de Denpasar recibe a Alba y Miriam con una humedad que les pega la ropa al cuerpo como si fuera una segunda piel incómoda y pegajosa. Han pasado las últimas diecisiete horas prácticamente sin hablarse, limitándose a intercambiar monosílabos durante los vuelos. Alba emanaba un estado de tensión casi constante y Miriam no ha querido decir nada porque odia volar y no quería que Alba le hiciera el vuelo más agónico de lo que por norma ya es para ella.

—No deberíamos haber venido, hemos abandonado a Nuria — dice Alba de repente como si su cerebro se hubiera activado mientras recogen las maletas.

Miriam ladea la cabeza para mirarla y levanta las cejas. Aunque está agotada por tantas horas de vuelos y escalas que le han absorbido la energía, ahora que ha llegado se siente pletórica y no está dispuesta a que Alba le impida disfrutar del viaje.

—Nosotras no hemos abandonado a nadie. Esto ha sido decisión de Nuria. Quiere pasar este duelo a su manera, lejos de Gijón y de todo lo que le recuerde a ese desgraciado de Asier, y eso nos incluye a ti y a mí. Así que acéptalo y relájate, profesora. Tu amiga solo te ha pedido que hagas una cosa, venir aquí y disfrutar del viaje que a

ella le han negado, ¿lo vas a hacer o vas a estar los nueve días con esa cara de amargada?

Alba quiere asesinarla, pero está sola con Miriam en un país desconocido, así que no le conviene separarse de ella por muchas ganas que le entren. Se ahueca la camiseta y suspira resignada. Tiene claro que la editora tiene razón, conoce a Nuria y sabe que estará bien en casa de su padre, siempre ha sido una mujer muy fuerte que no ha necesitado a nadie para enfrentarse a las adversidades, pero le angustia estar tan lejos, pasándoselo bien mientras ella sufre.

Sus maletas aparecen por la cinta y Alba siente que la suya pesa toneladas.

—Creo que la han abierto y nos han metido algo, deberíamos mirar —dice y Miriam suelta una sonora carcajada.

—No seas paranoica, la has embalado como si fuera una momia y el precinto no está roto. Vamos a la salida, se supone que habrá alguien para recogernos, necesito llegar al hotel y ducharme.

Miriam se da la vuelta y comienza a caminar con esa determinación y elegancia que giran cabezas a su paso. Alba se pregunta de dónde saca la fuerza, ella está tan cansada que hasta está de mal humor.

Llegan al punto de encuentro y empiezan a leer los carteles que los conductores sostienen en alto. Alba entorna los ojos y trata de buscar su nombre o el de Miriam, pero no los ve por ningún sitio y empieza a temer que tengan que buscarse la vida para llegar al complejo hotelero.

—A lo mejor nos esperan en otro sitio —dice resoplando.

—Ahí está —dice Miriam señalando a un hombre muy bajito.

Alba lo enfoca y lee el cartel que sostiene entre las manos, donde pone Señoras Llanos.

—¿Por qué pone tu apellido? —protesta de forma casi infantil—. Yo no soy tu señora.

Miriam se gira de sopetón y la coge por la cintura pegándola a su cuerpo con autoridad.

—No tengo ni idea de por qué pone mi apellido, profesora —le susurra y las rodillas de Alba comienzan a temblar—, pero puedes ser mi señora o quedarte aquí y buscarte la vida para ir hasta el hotel. Tú decides.

Miriam la suelta igual de rápido que la ha cogido y Alba nota que ya no solo le tiemblan las rodillas, le tiembla todo el cuerpo por culpa de algo que ella identifica claramente como deseo absoluto.

—Mierda —bufa y sigue a Miriam.

—Lo imaginaba —se pavonea la editora con media sonrisa burlona.

—¿Recién casadas? —pregunta el conductor cuando pone el vehículo en marcha, en un español bastante entendible.

Alba da un respingo en el asiento al escucharlo, mientras que Miriam sonríe y se pega más a ella.

—Sí —responde para asombro de la profesora—. Mi esposa y yo estamos encantadas de estar aquí.

Alba quiere gritarle, pedirle que deje de mentir e inventarse historias, pero la voz melodiosa de Miriam la deja absorta.

El viaje hasta el complejo hotelero transcurre entre el silencio incómodo de Alba y la conversación animada de Miriam con el conductor. La editora parece haberse metido en una de las novelas

románticas de la editorial y se ha inventado una historia de amor entre ambas que tiene a Alba boquiabierta.

—A lo mejor deberías ser escritora y no editora —dice Alba cuando se bajan del coche—, tienes una imaginación importante.

—¿Es un cumplido? —pregunta Miriam divertida.

—Para nada, creo que el jet lag te está afectando mucho —dice y coge su maleta.

Miriam la ignora y ambas cruzan la entrada hacia el recinto hotelero.

—Joder —dice Alba impresionada.

—Cuando Nuria dijo que había cogido el mejor paquete, no mentía —añade Miriam.

El resort es simplemente espectacular, situado en primera línea de playa con villas privadas que están dispersas entre jardines tropicales. Alba lo había visto en las fotos de la página web, pero en directo es infinitamente mejor. Cuando entran en la recepción, las recibe una mujer con un collar de flores para cada una. Alba quiere decirle que no es necesario, que ellas no están casadas, pero la sonrisa amable de la mujer hace que se quede muda.

—Bienvenidas a nuestro complejo, señoras Llanos —dice mientras les coloca los collares. Alba tensa la mandíbula al escuchar de nuevo el apellido de Miriam, pero no dice nada—. Ahora mismo las acompañamos a la villa nupcial, estarán cansadas del viaje.

La mujer le hace una seña a un chico vestido con pantalón negro y camisa blanca y de inmediato coge las maletas de ambas.

—Por aquí —indica la mujer para que la sigan.

Salen de la recepción y empiezan a caminar por los caminos empedrados en medio de esa selva tropical que fascina a Miriam y

que Alba ignora porque solo piensa en las últimas palabras de la mujer.

—Ha dicho villa nupcial —le sisea a Miriam y esta la mira de reojo.

Miriam no se imaginó que disfrutaría tanto con la turbación de Alba, pero se lo está pasando bomba ante la incapacidad de la profesora de asumir algo tan absurdo y adaptarse.

—Te recuerdo que Nuria y Asier iban a casarse —dice sin detenerse.

—Ya lo sé, pero pensé que, igual que cambiaba los nombres en la reserva, podría cambiar también el alojamiento...

—¿Con un día de antelación? Venga, Alba, no seas ingenua.

Miriam sigue caminando y Alba suelta un bufido. Le molesta su actitud soberbia, y también no poder quitarle los ojos de ese culo redondo y perfecto que le apetece manosear hasta cansarse.

—Aquí es —dice la mujer, abriendo la puerta de una cabaña franqueada por una valla de madera a ambos lados que proporciona intimidad absoluta.

—Madre mía —dice Miriam impresionada.

La habitación no solo es grande, sino que tiene vistas al mar y una terraza privada con piscina. Se gira porque está segura de que Alba también estará sorprendida, pero se la encuentra paralizada frente a la cama de tamaño gigante que permanece cubierta de pétalos de rosa formando un corazón.

—¿Les gusta? —pregunta la mujer mirando a Alba.

—Nos encanta —responde Miriam, pasándole un brazo por encima de los hombros con una sonrisa malvada—. ¿Verdad, cariño?

—Sí —sonríe Alba, pasándole la mano por detrás de la cintura.

Por un momento siente que podría estar así toda su vida, pero le da tanta rabia la desfachatez de Miriam, que le da un pellizco en el costado que hace dar un respingo a la editora.

—Nos alegra mucho. Aquí les dejo un listado con todo lo que tienen contratado. Cualquier duda, me tienen a su disposición.

La mujer desaparece como un fantasma y frente a ellas queda solo el botones.

—Aquí tienen una botella de cava —dice acercando un carro con una cubitera y dos copas—. Todo lo que encuentren en la habitación, está incluido en el paquete romántico. Si quieren otra botella, marquen el número de recepción y la traeré enseguida.

—Gracias —dice Alba y suspira de alivio en cuanto el hombre se marcha y las deja a solas.

De lo que se olvida la profesora, es de separarse del cuerpo de Miriam, y esta aprovecha el detalle para seguir provocándola.

—¿Qué lado de la cama prefieres, cariño?

Alba casi se atraganta con su propia saliva y se separa como si le hubiera dado la corriente mientras Miriam se ríe a carcajadas.

—Eres imbécil —dice consumida por ese mal humor que le provoca el cansancio y por no ser capaz de detener eso que empieza a sentir por una mujer que la saca de sus casillas—. Debe haber un sofá por algún lado.

—Joder, Alba —protesta Miriam con un repentino mal humor que la hace girarse sorprendida—. Deja de comportarte como una cría, ¿quieres? Sabes de sobra que no hay ningún sofá. La cama es enorme y no creo que esta sea la primera vez que duermes con una amiga. Estamos en Bali —dice y señala hacia la terraza con esas vistas tan espectaculares—. No te pido que seas mi mujer ni que

folles conmigo, solo que finjas que te caigo bien por unos días y dejes de parecer una amargada para que podamos disfrutar del viaje. Tampoco creo que sea tan difícil. Voy a ducharme —añade abriendo la maleta para coger ropa limpia mientras Alba intenta que su corazón lata de nuevo—. Si cuando salga no has elegido un lado de la cama, lo haré yo.

Tras su amenaza, Miriam desaparece cerrando el baño de un portazo que hace botar a Alba. De repente siente que la ropa pegada al cuerpo y el calor sofocante de Bali no es lo único que la asfixia. Ella puede fingir que Miriam le cae bien, pero no puede evitar ponerse nerviosa cuando se encuentre con situaciones como la de hace un momento con la cama llena de pétalos de rosa, porque está segura de que esa no es la única sorpresa que les espera.

Alba se pregunta si será demasiado tarde para volver a España nadando.

CAPÍTULO 9

A Alba la despiertan los movimientos de Miriam en la cama. A pesar de ser enorme, la editora ha sido incapaz de permanecer quieta en su lado y ha estado moviéndose durante toda la noche, despertando a una Alba que sentía que se le erizaba la piel cada vez que la rozaba.

—¿Puedes parar ya? —pregunta irritada, y le da tal almohadazo que Miriam salta de la cama, desorientada. Todavía presa del jet lag.

—¿Qué pasa? —pregunta con el pulso disparado, mientras intenta abrir los ojos del todo y se pasa las manos por ellos, frotándoselos con fuerza.

Alba sufre un ataque de risa repentino que le impide explicarle que no ha pasado nada, pero se le corta de golpe cuando se incorpora un poco y se da cuenta de que Miriam está en bragas.

—Dios mío, ¡estás casi desnuda! —exclama alarmada, trepando por la cama hasta que su espalda impacta en la pared y ella retuerce las sábanas entre las manos mientras se pone rígida.

Miriam se mira, todavía algo desorientada, y se atusa el pelo tratando de recordar. Sus movimientos son tan lentos y sensuales que Alba deja de respirar.

—Creo que tenía calor —dice al ver su camiseta tirada en el suelo.

—Me parece bien, pero ¿te puedes vestir? —le pide Alba con prisas, intentando apartar la vista de esos pechos sugerentes que parecen llamarla a gritos para que lama unos pezones erguidos por el frío de un cuerpo destemplado.

Miriam se vuelve a mirar, más despierta, y sonríe porque ella no siente ningún tipo de pudor ante su propia desnudez.

—¿De verdad te vas a ruborizar por ver unos pechos? —pregunta mientras se agacha y recoge su camiseta con un movimiento deliberadamente lento.

—No me ruborizo, y no son unos pechos... —dice Alba y detiene el comentario cuando se da cuenta de lo que estaba a punto de decir.

Miriam le clava la mirada, sorprendida, pero decide no seguir esa conversación porque tiene la mente demasiado espesa y no está muy segura de haber interpretado bien lo que iba a decir Alba. Se pone la camiseta y mira por la ventana, fascinada porque está amaneciendo y desde la habitación tienen una vista privilegiada.

—Tienes que ver esto, Alba, sal de la cama —dice sin moverse, hipnotizada por el espectáculo natural que tiene ante sus ojos.

Alba tiene la mirada clavada en su culo y le cuesta moverse, pero lo hace al cabo de unos segundos y se coloca a su lado. Miriam abre la puerta y salen a la terraza en silencio, hechizadas por un amanecer que saben que no verán igual en otro sitio. Lo observan sin articular palabra, pegadas la una a la otra, hasta que el sol sale del todo y empieza a cegarlas.

—Es una pena que Nuria no pueda ver esto —lamenta Alba en un susurro.

—Sí, lo es —confirma Miriam—, pero nosotras estamos aquí, así que lo mínimo que podemos hacer es disfrutar de todo lo que no podrá disfrutar ella —zanja la editora—. ¿Te apetece desayunar aquí? Estoy muerta de hambre.

A Alba no se le ocurre un sitio mejor para desayunar que la terraza con esas vistas, y tiene que admitir que, en ese momento, tampoco le apetece otra compañía.

—Sí, yo también tengo mucha hambre.

—Bien —Miriam sonríe y entra para descolgar el teléfono y pedir que les lleven el desayuno a la habitación.

Minutos después, dos botones llegan con dos bandejas cargadas con comida suficiente para un regimiento. Lo disponen todo en la mesa de la terraza y ambas se sientan sin saber por dónde comenzar.

—¿Te sirvo café? —pregunta Miriam.

Alba extiende su taza deseando dar un trago de ese líquido amargo que tanto disfruta por las mañanas.

—Espero que nos siente bien —comenta Alba—, tengo una compañera en el instituto que se pasó tres días descompuesta en unas vacaciones por un sitio de estos.

—Procuraré no alejarme del baño —dice Miriam divertida—, pero no hay nada aquí que no me apetezca probar ahora mismo.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal? —dice Alba cuando sus estómagos han dejado de quejarse.

Miriam levanta la mirada, algo sorprendida, y asiente.

—Adelante.

—¿Con cuántas mujeres has estado?

La editora se limpia la boca con una servilleta y la dobla en un triángulo perfecto antes de dejarla a un lado.

—Con ninguna.

Alba frunce el ceño, haciendo que se le dibuje una arruga que a Miriam le fascina.

—Pero en la despedida dijiste que yo no era la primera mujer a la que habías besado —dice confundida.

—Y no lo eras —responde misteriosa.

Ese es el comportamiento que Alba no soporta. Le entran ganas de tirarle la jarra de zumo por encima, sin embargo, en su lugar, suelta un bufido de desesperación y decide no darle el gustazo a Miriam, así que deja el tema y se queda mirando el mar, tratando de calmarse.

—Perdona —dice Miriam captando su atención de nuevo—, a veces soy imbécil. No sé por qué lo hago, supongo que me gusta mucho esa arruguita que te sale en la frente cuando te enfadas, porque de lo contrario, ni yo misma me entiendo.

Alba la mira entre pasmada y emocionada al saber que hay algo de ella que le gusta a Miriam, pero se esfuerza en que no se le note.

—He besado a dos mujeres antes que a ti. La primera fue una tontería, un juego en la facultad. Nos dimos un pico y para mí no tuvo ninguna trascendencia —explica Miriam recostándose en la silla.

—¿Y la segunda? —pregunta Alba, curiosamente intrigada.

Miriam hace una mueca un tanto extraña con los labios que le otorga ese aire entre misterioso y travieso que deshace a Alba.

—La segunda fue con una amiga de mi exmarido. Fue antes de empezar a salir con él, claro —aclara divertida—. A él lo acababa de conocer y un día salimos en grupo con sus amigos. De inmediato

hubo una química extraña entre nosotras. Estuvimos intercambiando miradas durante toda la cena y cuando fuimos a la discoteca, bailé más con ella que con mi exmarido. En un momento dado ella salió porque estaba mareada y yo la acompañé para que no estuviera sola.

Miriam hace una pausa para beber un poco de agua y Alba tiene que contener las ganas de pedirle que continúe.

—Resultó que no estaba mareada —sonríe Miriam con expresión traviesa—. En cuanto estuvimos solas, se acercó y me besó, con lengua incluida —dice y le guiña un ojo, después se humedece los labios de forma inconsciente y se los muerde por dentro.

A Alba le baila algo en el estómago y el cosquilleo le sube por el pecho.

—No sé decirte cómo me sentí, pero me gustó mucho besarla —reconoce Miriam al recordar aquel momento.

—¿Solo os besasteis? —indaga Alba.

—Eres muy curiosa, profesora —responde Miriam arrastrando las palabras con una sonrisa ladeada.

El bochorno hace que las mejillas de Alba ardan de repente.

—Lo siento, no he debido preguntar eso.

—No pasa nada —se ríe Miriam—. Y sí, solo nos besamos. Después de aquello no volví a verla más. Resultó que no era amiga directa de mi exmarido, sino que había venido con uno de sus amigos. No he vuelto a tener ninguna experiencia más con mujeres, pero después de aquello me di cuenta de que también me llamaban la atención.

Alba asiente, nerviosa.

—En fin, tendremos que dejar esta charla tan interesante para otro día o llegaremos tarde al masaje —concluye la editora.

—¿Masaje? —Alba se pone recta en la silla, tan rápido que casi tira su taza de café, y Miriam le enseña el papel con las actividades contratadas que les han dejado junto a la bandeja del desayuno como recordatorio.

—Masaje en pareja —responde mordaz mientras la mira fijamente.

Alba parpadea y su entrepierna tiembla al mismo tiempo que sus párpados.

—¿Qué quiere decir en pareja? —pregunta asustada.

Miriam está a punto de mentirle e inventarse cualquier milonga que acabe con final feliz para ver la expresión de Alba, pero decide no tensar la cuerda.

—Pues un masaje en pareja, profesora, las dos al mismo tiempo. Tranquila que no te van a meter mano.

Miriam se levanta dispuesta a vestirse.

—Y no sé tú, pero después de un viaje tan largo, a mi espalda no le vendrá nada mal —añade mientras se estira, lo que provoca que su camiseta se levante y deje a la vista esa piel que trastorna tanto a la profesora.

Alba la ve adentrarse en la habitación mientras sostiene el papel en la mano. Ella también desea ese masaje, pero solo de pensar en estar tumbada medio desnuda cerca de Miriam, siente que se ahoga.

—Por aquí, señoras Llanos —dice una chica cuando entran al centro de masajes unos minutos después.

—¿Ya no protestas, señora Llanos? —la provoca Miriam.

Alba ni se inmuta, está tan nerviosa que solo puede centrarse en caminar. La chica abre una puerta y acceden a una sala con paredes de madera decorada con velas y flores cuyo ambiente huele a algo relajante, pero en Alba no surte efecto.

—Pueden desvestirse aquí mismo, quédense en ropa interior y tumbense, enseguida vendrán las masajistas —dice la mujer y sale de la sala, dejándolas solas.

Alba siente que se le seca la garganta cuando Miriam, tan poco pudorosa como por la mañana, empieza a quitarse el pantalón.

—¿No prefieres que me dé la vuelta? —pregunta absurdamente, haciendo que Miriam se detenga y la mire fijamente.

—¿Quieres que te pida que te gires para que después me veas tumbada en ropa interior? —pregunta Miriam, arqueando una ceja.

—Su-supongo que no —tartamudea Alba.

Miriam, que no termina de comprender toda esa aprensión de Alba, se planta frente a ella y se quita la camiseta con un solo movimiento.

—¿Qué haces? —pregunta Alba sintiendo que el corazón se le va a salir del pecho.

La profesora baja la mirada al suelo, pero Miriam la coge del mentón y se la alza.

—No mires el suelo, profesora, mírame a mí.

Alba lo hace, la mira a los ojos de un modo retador que Miriam no se espera y le paraliza los pulmones.

—Quiero que me mires entera, de arriba abajo —sigue la editora—. Compartimos habitación, Alba, no puedes ruborizarte cada vez que me ves en ropa interior, así que acabemos ya con este momento incómodo. Mírame, por favor.

Alba obedece y Miriam siente que la abrasa con esa mirada de color verde que brilla más que nunca. No puede evitar que sus pezones se endurezcan y se marquen por debajo de la tela del sujetador, ni que su respiración se acelere, ni que sus bragas se humedezcan.

—Ahora tú —dice Miriam, sorprendida porque la excitación hace que suene como una orden.

La profesora no titubea y se quita la camiseta lanzándola encima de la de Miriam. Después se desata el cordón que hace de cinturón en su pantalón y deja que este se deslice por sus piernas hasta los tobillos. Miriam siente que se marea ante la visión de su cuerpo casi desnudo y Alba tiene la sensación de que la mira como si fuera una escultura recién descubierta.

—Eres preciosa —dice Miriam sin poder contener sus pensamientos.

Alba da un paso hacia ella, dispuesta a saciar esa ansiedad que siente por besarla de nuevo, pero la puerta se abre a sus espaldas y se aparta de Miriam dando un salto como si el suelo estuviera en llamas. Las dos masajistas entran y les piden que se tumben en la camilla. El momento se rompe y Alba es la primera que se tumba porque necesita calmarse y que le bajen las pulsaciones. Lo hace girando la cabeza hacia el lado opuesto a la editora, pero al momento escucha su voz y la siente como una caricia por su cuerpo.

—Alba —dice Miriam desde la otra camilla, justo cuando empiezan a darles el masaje.

—¿Qué? —pregunta ella sin moverse.

—Mírame a mí.

Alba tarda unos segundos en reaccionar, pero levanta la cabeza lentamente y la gira hacia el otro lado para encontrarse con la mirada de color chocolate de Miriam, que le guiña un ojo, haciendo que todo se tambalee a su alrededor como si el suelo bajo la camilla hubiese desaparecido.

—Oh, sí —dice Miriam de repente cuando la masajista aprieta un nudo de su espalda y nota el alivio que le produce. La expresión se parece tanto a un gemido, que Alba abre los ojos de forma desorbitada y sus pupilas dilatadas engullen el verde de su iris hasta que las dos empiezan a reírse—. Mmm... joder, qué bien —sigue Miriam, con voz ronca y satisfecha, trastornando y divirtiendo a Alba al mismo tiempo.

—¿Puedes parar? —pide Alba entre risas.

—¿Parar qué, cariño? —contesta Miriam arrastrando la última palabra con una dulzura que no parece fingida, y deja de reír cuando la masajista le aprieta con fuerza en una zona que le duele.

Alba también deja de reírse, pero no por el mismo motivo. Lo hace porque se pierde en la respuesta de Miriam, en ese "cariño" que resuena en sus oídos como un eco que rebota. Su mente divaga pensando en lo bien que se siente cuando le habla de ese modo, en cómo su corazón da un vuelco cada vez que la llama así, y en lo poco que le importaría que todo fuese real. El pensamiento le produce un pánico repentino que la hace cerrar los ojos con fuerza e intentar centrarse solo en el masaje, en eso o en cualquier cosa que no sea la mujer que está tumbada en la camilla de al lado.

CAPÍTULO 10

Para Alba esa mañana es muy parecida a la anterior cuando se despierta, porque al levantarse para ir al baño y girarse intrigada por ver la expresión dormida de Miriam en la cama, de nuevo se la encuentra en bragas, despatarrada bocarriba ofreciéndole una visión completa de todo su cuerpo que le provoca tal contracción, que su ropa interior se humedece de inmediato.

Se refresca con agua fría, salpicándose la cara varias veces para calmar su respiración entrecortada. Alba trata de ignorar lo que es evidente que empieza a sentir por ella, y también se esfuerza por no mostrar la turbación que le provoca su desnudez cuando Miriam se despierta porque, en una cosa tiene razón la editora: todavía les quedan varios días de vacaciones compartiendo cama y actividades, y no pueden estar escondiéndose la una de la otra como si fueran dos adolescentes ruborizadas.

—Hoy tenemos todo el día libre —comenta Alba mientras descuelga el teléfono para pedir el desayuno, como si ya hubieran pactado esa rutina para todas las mañanas.

Miriam la observa desde la cama sin moverse. Aunque no lo aparenta, está rígida y acelerada porque cada vez que la mirada de Alba se pasea por su cuerpo desnudo con disimulo, ella siente que la acaricia con los ojos y su piel se eriza de puro deseo y excitación. No

le había pasado nunca. Miriam siempre ha tenido claro que las mujeres le atraían, pero jamás había llegado a sentir nada por ninguna. No así, no con esta intensidad que parece que quiere consumirla.

—Listo, ve levantándote, el desayuno llegará enseguida —dice Alba abriendo la puerta de la terraza para que le dé un poco el aire.

Miriam abre la boca y la cierra de inmediato, conteniendo las ganas de estirar un brazo y pedirle que se acerque, que se deje ya de tonterías, que se siente sobre su vientre y se incline sobre ella para hundirle la lengua en la boca de una vez por todas.

—Joder —susurra turbada y se incorpora, buscando una camiseta limpia que ponerse antes de salir junto a su compañera de viaje—. ¿Te apetece que nos pasemos el día relajadas en la playa sin hacer nada más que estar en las tumbonas pidiendo combinados? —propone Miriam, acodándose en la baranda al lado de Alba.

La profesora ladea la cabeza para mirarla y le sonríe mientras asiente. La brisa le mueve el pelo y roza la piel de Miriam, que se estremece y esta vez se imagina agarrando a Alba de un brazo, atrayéndola con brusquedad contra su cuerpo y haciéndola sentar sobre la baranda para meterse entre sus piernas mientras le devora los labios. El pensamiento es tan real que tiene que apretar los muslos para contener el hormigueo que la recorre de repente.

—¿Qué piensas? —pregunta Alba—, pareces ida.

Miriam parpadea y Alba se da cuenta de que su mirada marrón ha desaparecido para convertirse en algo muy oscuro que la envuelve y le seca la garganta. La llegada de los botones con el desayuno interrumpe el momento y ambas se mueven al mismo tiempo para ir a abrir la puerta.

Una hora después, las dos dejan sus cosas junto a las tumbonas que les han adjudicado en primera línea de la playa privada del resort. Alba abre su bolsa, saca un libro y se pone las gafas de sol dispuesta a disfrutar de un rato de lectura, pero la voz de Miriam la paraliza.

—Espero que no pretendas tumbarte sin echarme crema primero —dice la editora, mirándola fijamente con el bote en la mano.

A Alba se le acelera el pulso solo de pensar en rozarle la piel.

—Puedes echártela tú sola, Miriam —responde y traga saliva.

Miriam hace una mueca con expresión valorativa, para un segundo después, acercarle más el bote.

—Puedo, pero quiero que lo hagas tú —zanja imponente, con ese tono que no admite discusión y hace que algo dentro de la profesora se derrita.

Alba se incorpora y le arranca el bote de crema de la mano. Siente que le cuesta respirar con normalidad y quiere darse bofetones ella misma por no ser capaz de negarle nada a la mujer que tiene al lado.

—Túmbate —le ordena a Miriam, que siente un calambrazo por el vientre ante su tono autoritario.

Se tumba bocabajo y aparta su melena hacia un lado con un movimiento lento y estudiado que pone más nerviosa a Alba. La profesora vierte un poco de crema en sus manos y siente que le arden cuando entran en contacto con la piel de Miriam.

—Tienes las manos muy suaves —comenta Miriam susurrando.

Alba no contesta, porque acaba de darse cuenta de que la piel de los brazos de Miriam se ha erizado, y eso la tiene trastornada. Se recrea extendiendo la crema por su espalda, también por sus

hombros y su nuca para después volver a la espalda y bajar hasta la cintura. El cuerpo de Miriam se tensa y se le escapa un suave suspiro cuando Alba pasa las manos muy cerca de sus glúteos, y ella las aparta cuando siente la tentación de apartar esa braga que tapa lo justo y darle un beso en una nalga.

—Creo que ya está —dice y vuelve a su tumbona, mirándose las manos porque todavía siente el tacto de la piel caliente de Miriam en ellas.

—Te toca, profesora —dice Miriam incorporándose.

A Alba se le anuda el estómago solo de pensarlo, un nudo que baja hasta su vientre y se instala allí como si tuviera un nido de avispas.

—No hace falta, ya me apaño.

—No empecemos, Alba. ¿Te quieres quemar la espalda? —el tono de Miriam es tan autoritario que a Alba le tiemblan las rodillas—. Venga, date la vuelta, te prometo que seré buena —dice, y le guiña un ojo haciendo que Alba sienta que de nuevo el suelo ha desaparecido bajo sus pies.

Se tumba bocabajo mientras se pregunta en qué momento le llegará el aire de nuevo a los pulmones y deja de pensar en ello cuando siente las manos de Miriam sobre ella. La sensación para Alba es indescriptible, le cuesta calificar lo que siente cuando la editora desliza las manos por su espalda con movimientos largos y pausados, también cuando pasa sobre sus hombros y sus brazos, pero, sobre todo, cuando tiene la sensación de que traza algún tipo de dibujo en sus costados cuando está terminando, haciendo que su cuerpo se ponga rígido como una tabla y sus piernas se cierran con la fuerza de un cepo.

El resto del día transcurre entre baños, miradas robadas que dicen lo que ninguna se atreve a verbalizar, alguna conversación intrascendente y momentos de descanso que logran relajarlas momentáneamente.

—Señoras Llanos —aparece a su lado la mujer de la recepción—, les recuerdo que la cena se servirá dentro de una hora.

Tan rápido como ha llegado, desaparece y Miriam se incorpora, comprobando que Alba está dormida en la tumbona y ya está atardeciendo. Se permite unos segundos para contemplarla antes de tocarle una pierna con suavidad y despertarla.

—¿Qué pasa? —pregunta asustada, sentándose de golpe. Su pelo revuelto y la marca de la tumbona en su mejilla le dan un aire vulnerable que hace que Miriam contenga el impulso de acariciarle la cara.

—Nuestra cena romántica nos espera —suelta Miriam divertida.

Alba arruga el ceño y se le forma esa línea entre las cejas que tanto le gusta a la editora. Una de las muchas cosas que Nuria tenía contratadas, era una cena romántica en el restaurante del recinto.

—¿No prefieres que nos la saltemos y cenemos en la cabaña? —propone Alba, repentinamente inquieta.

—Pues la verdad es que no, me apetece cenar fuera.

Miriam se levanta y le hace un gesto a Alba para que haga lo mismo.

—Vamos, cariño, no querrás que lleguemos tarde, ¿verdad? —bromea, pero Alba siente que su corazón da un vuelco.

El vestido que Alba ha elegido para la cena es muy sencillo, pero a Miriam la tiene tan hipnotizada que apenas puede apartar la vista de ella cuando siguen al camarero hasta su mesa.

—Es aquí.

El chico se aparta y las deja en la mesa más apartada de una terraza de madera con vistas al mar. Sobre el mantel blanco, hay un par de velas cuya llama se resiste a apagarse con la suave brisa y un jarrón con flores de varios colores que otorgan un ambiente muy romántico bajo la luz ambarina de una farola que cuelga justo encima de ellas.

—¿Alguna petición especial? —pregunta un violinista que aparece frente a ellas con el instrumento preparado para ser tocado.

Los ojos de Alba se agrandan por la sorpresa y nota que se pone roja de vergüenza, mientras que Miriam suelta una pequeña carcajada que no puede contener ante lo que le parece una enorme cursilada.

—Disculpe, nada en especial, sorpréndanos —dice la editora.

El hombre se hace a un lado y empieza a tocar mientras un camarero les sirve una copa de vino blanco y el primero de los platos.

—Hay que reconocer que no está mal —dice Miriam contemplando la escena.

—Sí, pobre Nuria, con lo romántica que es, a ella le hubiera encantado todo esto —comenta Alba.

—Y tú, profesora, ¿te consideras una mujer romántica? —indaga Miriam inclinándose ligeramente hacia delante.

Alba carraspea.

—Bueno, me gustan los detalles románticos, pero reconozco que a mí esto me parece excesivo. Yo soy más de disfrutar de momentos románticos en la intimidad.

—¿Puedes ponerme un ejemplo? —pide Miriam, notando un hormigueo repentino por el pecho cuyo origen no comprende y tampoco puede analizar en ese momento.

—Bueno, si tú y yo estuviéramos juntas de verdad, te prepararía una cena así, pero en mi casa. Solas tú y yo, sin toda esta gente alrededor y este pobre hombre —Alba baja la voz y señala al violinista—, que me tortura los tímpanos con su música siniestra.

Miriam no puede aguantarse la risa y deja salir una sonora carcajada que fascina a Alba y le parece verdadera música para sus oídos, no como ese violín que le gustaría arrancarle de las manos a ese hombre y tirarlo al mar. La editora abre el monedero y saca un billete antes de llamar al violinista y entregárselo.

—Es suficiente, gracias —le dice con amabilidad y el hombre se marcha tras hacer una reverencia—. ¿Mejor así? —le pregunta a Alba.

—Sí —sonríe agradecida la profesora.

—Lo de esa cena en tu casa suena muy bien —deja caer Miriam. Alba se queda muy quieta, mirándola a los ojos que parecen chocolate derretido bajo el efecto de la luz ambarina—. Quizá algún día consiga que me invites a una así.

Alba se queda tan bloqueada que lo único que se le ocurre para salir del paso es coger la botella de vino y rellenar las copas. Miriam la mira mientras lo hace, pensando que quizá se ha pasado, pero entonces suenan unos fuegos artificiales y la gente de las mesas empieza a levantarse para acercarse a la baranda.

Las dos mujeres miran hacia la playa donde empieza el espectáculo de colores y también se levantan para coger un buen sitio. El agolpamiento de gente hace que acaben tan apretujadas,

que Miriam opta por situarse detrás de Alba y sujetarse con ambas manos a la baranda, ejerciendo una especie de barrera protectora a su alrededor mientras observan los fuegos artificiales. Alba está estremecida, con la piel erizada porque le parece que ese momento es único y sentir a Miriam tan cerca de ella es una sensación tan agradable que no quiere que se acabe.

—Esto no salía en la hoja que nos dieron —le comenta Miriam en un susurro.

El aliento contra su oído le provoca tal escalofrío, que Alba no puede evitar girarse entre sus brazos de manera repentina, quedando tan pegada a Miriam, que le basta un leve impulso para que sus labios vuelvan a rozarse. La mano de Miriam se desliza por su nuca y la sujeta con firmeza cuando profundiza el beso, dejando que sus lenguas se entremezclen lentamente mientras los dedos de la mano que tienen libre, se buscan y se encuentran, entrelazándose con una fuerza que hace que ambas suspiren contra la boca de la otra.

Un estallido final hace que todo el mundo aplauda celebrando el final de los fuegos y ellas se separen aturdiditas por el beso. Alba vuelve a girarse mientras intenta recuperar el aliento y la cordura y, cuando vuelven a la mesa, prácticamente se beben de un trago la copa que la profesora había servido. Les cuesta romper el silencio incómodo que se crea tras el beso, pero con la llegada del siguiente plato se relajan y siguen comiendo y bebiendo como si no hubiera pasado nada. Para cuando la cena termina y se levantan, han bebido tanto vino que, en lo único que piensan, es en llegar a la cabaña y desmayarse sobre la cama.

CAPÍTULO 11

Un par de sonoros golpes en la puerta de la cabaña es lo que despierta a las dos mujeres. Miriam decide que no piensa mover ni un solo músculo porque está segura de que le explotará la cabeza en cuanto intente levantarse, así que hace ver que no lo ha oído. Alba, sin embargo, como si hubiera olvidado todo el vino que bebieron anoche, abre los ojos sin miedo y de repente siente que la luz que se filtra por las cortinas es como un puñal que se le clava en las pupilas.

—Ay, Dios —se lamenta y los cierra con fuerza al mismo tiempo que otros dos golpes, esta vez más fuertes, se repiten en la puerta como si fueran martillazos.

—Mataré a esa persona como me levante —masculla Miriam notando un pinchazo agudo atravesarle la cabeza cuando habla—. Y será una muerte lenta y dolorosa.

—¿Quién es? —vocifera Alba desde la cama y el cuerpo de Miriam se pone rígido cuando su cabeza amenaza con explotar de dolor.

—¿Puedes no gritar, por favor? Te juro que cada palabra tuya es como un taladro en mi cerebro —dice Miriam.

—Soy de la recepción, les traigo el desayuno. ¿Puedo pasar?

Alba ladea la cabeza y tira de la sábana hacia arriba cuando, como ya intuía, ve que Miriam está en bragas. Está tan resacosa que ni siquiera ver esos pechos turgentes y apetecibles a su lado logra alterarla.

—Adelante —grita de nuevo y Miriam hunde la cabeza en la almohada soltando un gemido lastimero.

—Les dejo el carro aquí —dice el botones sin pasar de la entrada—. También les recuerdo que dentro de una hora tienen su clase de danza balinesa.

El joven se marcha y Alba se aplasta los dedos contra los ojos con desesperación. De todas las actividades que su amiga Nuria contrató, esa es la única que a ella le llama la atención poderosamente porque le encanta bailar y por nada del mundo quiere perderse esa experiencia, ni siquiera por una resaca.

—Venga, Miriam, levanta —dice y se incorpora.

Alba se marea y tiene que apoyar ambas manos sobre el colchón para dejar de sentir que la habitación se tambalea. Entonces a su mente viene una imagen que aparece como un fogonazo y hace que sus ojos se abran como platos: ella y Miriam besándose en medio de esos fuegos artificiales. Su corazón da un acelerón tan rápido que siente que los pulmones se le vacían. Se gira lentamente y la mira, la editora todavía no se ha movido y se pregunta si en algún momento recordará ese beso, porque si una cosa tiene clara Alba, es que sucedió. Se besaron sin que hubiera un reto de por medio, lo hicieron porque ambas quisieron, y ella sintió que flotaba entre los brazos de Miriam.

—Madre mía —dice sintiendo que se pone roja.

—¿Qué te pasa? —balbucea Miriam mientras se incorpora muy despacio, dejando que la sábana caiga sobre sus piernas sin que le importe lo más mínimo.

—Nada, necesito un paracetamol, o cuatro —corrige Alba sintiendo una punzada de dolor que le atraviesa las sienes.

—En mi neceser tiene que haber, junto a mi dignidad y mis ganas de vivir —responde la editora frotándose los ojos.

Alba, aunque desea la muerte en ese instante, no puede evitar reírse, lo que aumenta ese dolor punzante que baila en su cabeza.

—Joder, recuérdame que no beba nunca más —añade Miriam y se gira para poner los pies en el suelo.

Ni siquiera el frío la reconforta, pero ese pequeño contraste de temperatura es el que envía a su cerebro la misma información que Alba ha recibido hace unos segundos: la del beso. El recuerdo la golpea con tanta fuerza que tiene que contener la respiración. Levanta la mirada y la observa mientras camina hacia el baño, sintiendo un burbujeo por el vientre cuando recuerda el roce de la lengua de la profesora, la suavidad de sus labios y los suspiros que escapaban de su boca. Miriam cierra los ojos y suspira con la sensación de que le espera un día muy largo.

—Toma, bebe un poco de zumo para que no tengas el estómago vacío —aparece Alba frente a ella con un vaso y Miriam tiene la sensación de que se ha quedado dormida sentada.

Ambas beben zumo y comen un poco de fruta y una tostada antes de tomarse una pastilla.

—Me parece que yo paso de esa clase de baile, prefiero quedarme aquí muriendo lentamente —dice Miriam, que no termina de despertarse.

—Ni hablar —protesta Alba—. Tú eres la que siempre está diciendo que tenemos que aprovechar el viaje y no fallarle a Nuria, pues yo quiero ir a esa clase.

Alba se cruza de brazos en un gesto casi infantil que a Miriam le provocaría una sonrisa si no sintiera que al estirar los labios le puede explotar la cabeza.

—Está bien, profesora —dice levantando las manos en señal de rendición y se sorprende cuando se da cuenta de que está dispuesta no solo a asistir a una clase de baile cuando a ella no le gusta bailar, sino que va a hacerlo estando resacosa, y todo por complacer a Alba.

—Gracias —dice Alba, aturdida, y se atusa la melena antes de servir un poco más de zumo.

—Voy a ducharme a ver si me despejo un poco —anuncia Miriam.

Media hora más tarde las dos entran en la sala donde les espera su clase particular de danza balinesa. La pastilla ha empezado a hacer efecto y la ducha ha despejado sus mentes, aun así, Miriam sigue con mal cuerpo y no deja de preguntarse qué hace ahí cuando podría estar durmiendo en esa enorme cama.

—Bienvenidas —las saluda un profesor con tanto entusiasmo que la editora siente ganas de llorar—. ¿Están listas para el baile del amor?

—¿El qué? —pregunta Alba con espanto, queriéndose dar un bofetón al recordar que todo lo que Nuria contrató, estaba pensado en exclusiva para recién casados.

—Es una danza tradicional que representa la unión de dos almas —explica el hombre mientras las coloca frente a frente.

Miriam intenta sonreír de ese modo burlón que tanto molesta a Alba, pero parece más una mueca de dolor que una sonrisa.

—Primero, deben mirarse a los ojos —indica el profesor—. La conexión visual es fundamental, es el primer paso para que las almas se reconozcan.

Alba levanta la vista y se encuentra con los ojos de Miriam. Normalmente son brillantes y penetrantes, ahora, sin embargo, están algo enrojecidos, pero a ella le parecen igual de intensos que siempre y se estremece porque tiene la sensación de que de verdad conecta con su alma.

—Ahora, han de cogerse de las manos —sigue el hombre.

Alba está como paralizada porque de repente recuerda el beso y siente que si toca a Miriam, no podrá controlar el impulso de lanzarse otra vez a por sus labios.

—Vamos, cariño —dice Miriam tratando de olvidar ese dolor punzante de cabeza para disfrutar de esa clase de la que ya no puede escapar. Extiende las manos hacia Alba con una expresión entre burlona y retadora que hace que la profesora contenga la respiración cuando se las coge.

Miriam carraspea cuando el roce de la piel de Alba le lanza una descarga placentera por el cuerpo que la aturde por completo.

—Perfecto. Ahora, un paso a la derecha...

Miriam, desconcentrada, tropieza con sus propios pies y cae hacia adelante, empujando a Alba contra la pared.

—Lo siento —murmura muy cerca de su boca, pero no se aparta inmediatamente.

—No pasa nada —responde Alba con un hilo de voz.

—¡Excelente química! —exclama el profesor, haciendo que ambas se separen de un salto—. Pero el baile necesita más... ¿Cómo se dice? ¡Coordinación!

Las aparta de la pared y las guía con las manos para que empiecen a moverse. Miriam se mantiene rígida, sintiendo que, si se mueve demasiado, acabará vomitando el desayuno en medio de la pista. Alba, sin embargo, se centra en la clase y se deja llevar. Es ella la que acompaña a la editora en sus movimientos lentos, la que parece intuir que Miriam necesita ir más despacio y se adapta a ella sin problemas, haciendo que, a pesar de la resaca monumental que arrastran, ambas logren disfrutar a su manera de la clase.

—Una maravilla —dice el profesor cuando están terminando.

Miriam está tan pegada a Alba, que se siente desolada cuando se separan y hasta trastabilla desestabilizada, como si hubiera perdido su soporte.

—¿Estás bien? —pregunta Alba, cogiéndole la mano.

La editora se aprieta el puente de la nariz mientras asiente, y suspira con una mueca de asco cuando tiene la sensación de que le va a subir una arcada.

—Creo que es mejor que salgamos para que te dé el aire —concluye Alba al ver que la editora se está poniendo pálida.

Le da las gracias al profesor y se despide, acompañando a Miriam a la salida.

—No ha estado tan mal —dice Miriam mientras caminan de vuelta a su cabaña, pensando erróneamente que sentir la brisa puede despejarla, pero ese bochorno que les pega la ropa al cuerpo no hace más que aumentar su malestar.

—Sí, ha sido divertido y... —empieza a decir Alba, pero se interrumpe cuando ve que Miriam pierde por completo el color y se detiene en seco.

—Creo que voy a vomitar —anuncia la editora antes de dar varios pasos torpes hacia unos arbustos.

Alba la sigue sin dudarlo y solo tiene tiempo de sujetarle la melena cuando Miriam se dobla y vomita hasta quedarse vacía.

—Qué romántico —murmura Miriam cuando termina, con los ojos encharcados por el esfuerzo y una sonrisa temblorosa dibujada en los labios.

Alba se ríe, una pequeña carcajada cuyo sonido hace que Miriam se sienta mejor.

—No pasa nada —la anima y le coloca el pelo detrás de las orejas con una ternura que hace que a Miriam se le encoja el corazón cuando se gira hacia ella con la cara blanca y las mejillas rojas—. No voy a pedirte el divorcio por esto, lo prometo —bromea Alba.

Miriam sonríe, y lo hace de un modo tan sincero cuando mira a Alba, que las rodillas de la profesora se vuelven de gelatina.

—Es un detalle por tu parte —contesta Miriam—, debería haberme casado contigo y no con mi exmarido.

Lo comenta sin más, como quien habla del tiempo, pero a Alba se le encoge el pecho y decide cambiar de tema antes de decir algo de lo que pueda arrepentirse.

—¿Sabes lo que necesitamos? —pregunta, cogiendo a Miriam de la mano para seguir caminando.

—¿Una muerte rápida? —tantea Miriam.

Alba se ríe.

—No. Una siesta. Una muy larga, y después un buen baño en la playa.

—Es la mejor idea que has tenido desde que te conozco, profesora —sonríe Miriam, provocando un cosquilleo por el pecho de Alba al que ya empieza a acostumbrarse.

CAPÍTULO 12

La siesta de la tarde anterior fue justo lo que Miriam y Alba necesitaban para terminar de recuperarse. Esta mañana han amanecido como nuevas y han podido disfrutar plenamente de la excursión a uno de los templos más conocidos de Bali. Alba observaba fascinada la expresión boquiabierta de la editora mientras contemplaba los detalles del edificio, como si hubiera asumido que a Miriam nada puede impresionarla y el hecho de verla con esa expresión de niña emocionada, la convirtiera en alguien más humano a ojos de Alba.

Ahora, después de haber comido en el restaurante del hotel y haber descansado un par de horas, están terminando de ponerse los trajes de neopreno para bucear en unas aguas especialmente calmadas.

—Estás muy callada —comenta Alba cuando Miriam termina de subirse la cremallera.

—Pensaba que era esnórquel, no que tendríamos que sumergirnos —contesta Miriam mirando las botellas de oxígeno.

—¿Nunca has buceado? —se acerca Alba.

Miriam niega con un movimiento suave de cabeza.

—Ni lo he hecho ni me llama la atención —responde con una mueca tensa.

—Podemos dejarlo si te agobia. Nos cogemos unas tumbonas, pedimos combinados y nos desmayamos bajo el sol.

Miriam ladea una sonrisa que derrite a Alba.

—No, ya está pagado y al menos quiero probarlo. Además, parece que a ti sí que te gusta —dice entornando la mirada.

Alba encoge los hombros y sonríe.

—Lo practicaba mucho en mi adolescencia, la verdad es que no sé por qué dejé de hacerlo.

El monitor les pide que se acerquen y Miriam se queda quieta viendo a Alba caminar. Empieza a preocuparle que todo en ella le guste. Envuelta en ese traje de neopreno, le recuerda a una gata salvaje y las pocas cosas que va descubriendo de ella, la intrigan de tal modo que solo quiere descubrir más.

—¿No vienes? —pregunta la profesora haciendo un gesto con la mano.

Miriam se acerca al pequeño grupo. Tan solo son tres parejas y eso la tranquiliza porque siente que el monitor puede estar pendiente de todos. Además, al parecer, la única que no tiene experiencia es ella por lo que todos podrían ayudarla en caso de que lo necesite.

Tras colocarse el equipo y escuchar todas las indicaciones del chico, se adentran en el agua hasta que les cubre la cintura. El monitor le aconseja que haga pequeñas inmersiones hasta que se sienta segura bajo el agua, pero Miriam solo se siente preparada para intentarlo cuando Alba la aparta del resto del grupo y se sitúa frente a ella, cogiéndole las manos.

—Nos agachamos un segundo hasta sumergir la cabeza y volvemos a salir.

Miriam asiente con la máscara puesta, asegurándose de que puede respirar. Se agacha y cierra los ojos asustada, saliendo tan deprisa que ni siquiera puede ver a Alba.

—Otra vez —le dice la profesora.

Miriam obedece y, en esta ocasión, consigue abrir los ojos bajo el agua y ver a Alba frente a ella. Quiere sonreírle, pero le da miedo que el aire se le acabe y vuelve a la superficie, angustiada.

—No sé si puedo —dice quitándose la máscara con rapidez, como si quemase.

—No pasa nada, solo nos sumergiremos si estás lista, si no puedes, podemos dejar esta bombona que me está hundiendo en la arena y tú y yo hacemos esnórquel —propone Alba.

A Miriam le parece el mejor de los planes y quiere saltar sobre ella para devorar esa boca de labios humedecidos por el agua, pero se contiene y respira.

—Lo intentamos un poco más —dice, porque no quiere fastidiar la excursión de Alba—, si no, te vas tú con ellos y yo te espero en la playa —añade, aunque la idea de separarse de ella le provoca una sensación de vacío preocupante.

Alba la mira, muy seria, y decide no discutir para que Miriam no se altere más de lo que está.

—¿Todo bien por aquí? —pregunta el monitor apareciendo a su lado.

—Sí —responde Alba—. Solo está un poco nerviosa. Necesitamos un par de minutos.

—El tiempo que necesiten. Haré una primera inmersión de cinco minutos con el resto del grupo y vengo a buscarlas si les parece bien.

—Perfecto, gracias —responde Alba.

Se vuelven a quedar solas y Miriam lo agradece.

—¿Lista para probar otra vez?

—Sí, preparada —responde Miriam poco convencida.

Se pone la máscara de nuevo y se asegura de que el oxígeno está saliendo, aspirando con fuerza varias veces. Se sumerge y se queda mirando a Alba, que permanece frente a ella levantando los pulgares. Miriam quisiera decirle que también está tranquila, pero su corazón está tan desbocado que no está nada convencida de poder sumergirse sin la seguridad de que sus pies toquen la arena.

El monitor aparece y la editora tiene la sensación de que los cinco minutos no han pasado, pero decide no protestar y seguirlo hasta que, ahora sí, bajo ella solo hay agua y eso empieza a generarle una ansiedad que solo parece notar Alba.

—Voy a estar a tu lado todo el tiempo, y no te soltaré la mano. Si quieres que subamos a la superficie, solo has de darme un apretón y salimos —dice tratando de calmarla.

A Miriam le parece un buen plan, saber que no la dejará sola la tranquiliza de manera inexplicable y tras escuchar las pautas del monitor, todo el grupo se sumerge. Los primeros segundos Miriam los lleva bien, están muy cerca de la superficie y estar cogida de la mano de Alba le da mucha calma, pero cuando el instructor decide descender un poco, la presión en sus oídos aumenta y de repente siente que se asfixia. Un pánico irracional la hace soltarse de la mano de Alba mientras nada hacia la superficie con la desesperación de quien se ahoga. En cuanto saca la cabeza, se quita la máscara y aspira con fuerza mientras mira al cielo. Quiere quitarse todo lo que lleva encima y volver a la orilla, pero al instante aparece la cabeza

de Alba por su lado derecho y seguidamente el monitor delante de ella, seguido de las otras dos parejas.

—¿Está bien? —le pregunta el chico, preocupado.

Alba simplemente se acerca y le rodea la cintura con la mano de forma protectora.

—Sí, pero no puedo —balbucea Miriam—, me ahogo.

—Nosotras nos retiramos —dice Alba con firmeza—. Dejaremos las bombonas en la orilla y haremos esnórquel por la zona.

El hombre hace un gesto a alguien que espera en la orilla y en menos de un minuto, otros dos monitores están junto a ellas quitándoles las bombonas para liberarlas del peso. El alivio de Miriam es casi inmediato cuando por fin se quedan solas, flotando gracias a los trajes de neopreno.

—Lo siento, deberías haber ido con ellos —se disculpa con Alba.

—Estoy bien aquí contigo —contesta la profesora—, no sabía que te daba tanta aprensión sumergirte.

—Ni yo tampoco —sonríe Miriam más calmada.

Tras eso, se ponen los tubos que les han dado los monitores y, cogidas de la mano, nadan por la superficie haciendo esnórquel hasta que un enorme banco de peces de colores que se les acerca demasiado, las hace patalear y tratar de alejarse entre risas. Se quitan los tubos y se miran sin dejar de reír hasta que Alba siente el impulso de detener varias gotas de agua que resbalan por la barbilla de Miriam con sus dedos. Ahí dejan de reírse para mirarse fijamente con los labios entreabiertos y la respiración entrecortada.

No está claro quién de las dos se mueve primero, pero de repente sus bocas vuelven a estar juntas en medio de un beso salado y casi tímido. Alba siente que el mundo ha dejado de girar y

solo reacciona cuando nota las manos de Miriam en la cintura, entonces se estremece de tal modo, que la editora la suelta y el beso se rompe de manera abrupta.

—Deberíamos volver —dice Alba, sintiéndose desorientada.

Miriam más que desorientada, se siente perdida con la reacción de Alba, pero la sigue sin protestar y ambas regresan en silencio a la cabaña.

Al entrar, Alba se encierra en el baño para darse una ducha mientras intenta aclarar ese montón de pensamientos que la apabullan de repente. Miriam le gusta, eso lo tiene clarísimo. Le gusta tanto que el simple recuerdo del beso hace que su corazón se acelere, pero precisamente con ese último beso se ha dado cuenta de que le gusta tanto como para plantearse algo serio con ella. Y eso supone un problema de los grandes, porque Alba sabe que Miriam hace apenas seis meses que está divorciada, por no hablar de que, aunque se hubiera besado con esa chica de la que le habló en su momento, ella siempre ha estado con hombres, y de darte un beso con una mujer a mantener relaciones con otra o tener una relación seria, el cambio es abismal.

—Alba, ¿estás bien? —pregunta Miriam dando un par de toques en la puerta, intranquila ante el comportamiento extraño de Alba después del beso.

Alba cierra el grifo y se queda quieta mientras piensa la respuesta. Su mente es un avispero que amenaza con volverla loca. Echa de menos a Nuria, ella sería la persona a la que le comentaría sus inquietudes ahora mismo, pero su mejor amiga ya tiene bastante con sobrellevar lo que Asier le ha hecho como para escucharla a ella.

—Sí, salgo enseguida —dice de pronto mientras empieza a secarse.

Intenta calmarse, recordándose a sí misma que está sacando las cosas de quicio. Ella y Miriam no tienen nada, apenas han intercambiado un par de besos, por lo que no hay motivo para preocuparse. Solo les quedan unos días de vacaciones y, cuando vuelvan, lo más probable es que tarden meses en volver a verse, así que no debe darle vueltas a algo que es imposible que pase.

—Baño libre —anuncia en cuanto sale.

Miriam, que esperaba sentada en la cama, se levanta y empieza a buscar su ropa para ducharse, pero cuando Alba pasa por su lado, la coge por un brazo y la detiene.

—¿De verdad estás bien?

Los ojos de color avellana de Miriam parecen más claros que de costumbre, tienen una intensidad diferente que le aplasta el corazón y se lo encoge como un garbanzo mientras la observa. Alba solo quiere besarla de nuevo porque le encanta lo que siente cuando sus labios se rozan, pero lo que ansía sobre todo, es quitarle la ropa y recorrer cada centímetro de su cuerpo con caricias lentas y tortuosas. Quiere hacerla suspirar, besar su piel hasta que tiemble y amortiguar cada gemido con su boca. Alba no está bien, porque se ha enamorado de Miriam, la mujer a la que odiaba hace apenas unas semanas.

—Sí, perfectamente —dice, y sonríe con una mueca tan tensa que le duele la cara.

Miriam la observa como si tratara de resolver un acertijo o no estuviera convencida con la respuesta, pero finalmente la suelta y se encierra en el baño. Alba se sienta en la cama y trata de calmarse

mientras se pregunta en qué momento ha sucedido eso. Hace unas semanas, la sola mención de Miriam la ponía de los nervios, y ahora simplemente no puede dejar de pensar en ella.

CAPÍTULO 13

Miriam sigue mirando a través del ventanal con la sensación de que, en cualquier momento, se subirá por las paredes. Esta mañana tenían prevista una excursión guiada con la que la editora estaba encantada porque así podría distraerse, pero cuando se han despertado, se han encontrado con que el cielo estaba tan oscuro por una tormenta, que parecía que todavía era de noche y, para su disgusto, cuando les han llevado el desayuno, les han explicado que la tormenta aumentaría durante el día y que lo recomendable por su seguridad, era permanecer en la cabaña.

La editora ha sentido que el mundo se le venía encima, porque desde que ayer volvieron de la playa, Alba está esquivada con ella a pesar de que le habla y trata de comportarse como si no pasara nada. Miriam lo nota. La profesora la evita, y eso le molesta y la hace sentir muy incómoda. El sonido constante de la lluvia contra el tejado y los árboles azotados por el viento crean una atmósfera claustrofóbica que solo intensifica la tensión entre ellas. Durante las primeras horas, ambas han estado entretenidas leyendo cada una su novela, Alba en la cama y Miriam en un sillón cerca de la ventana, donde el repiqueteo de la lluvia la distraía constantemente. Después les han llevado la comida y por puro aburrimiento, han dormido la siesta, pero al levantarse, Miriam ya no puede más con el agobio y

Alba no parece estar por la labor de soltar el libro que lleva leyendo todo el día.

—Debe ser muy bueno —dice Miriam irritada, sin dejar de mirar por la ventana.

—¿El qué? —pregunta Alba sin comprender de qué le habla.

—El jodido libro, porque llevas todo el día pegada a él. Debe ser una puta maravilla.

Alba lo cierra, invadida por un repentino mal humor.

—¿Y qué quieres que haga? —pregunta señalando la ventana.

Miriam se gira hacia ella y se encoge de hombros.

—No sé, Alba, algo que me incluya. Te recuerdo que dentro de la habitación estamos las dos y llevas todo el día haciendo ver que no existo.

—Eso es mentira —rebate Alba con el pulso disparado, cerrando los ojos un momento cuando el fogonazo de un rayo la ciega.

—Por supuesto —dice Miriam con un deje de sarcasmo y se da la vuelta para seguir mirando por la ventana con una frustración que no soporta—. Sigue con tu libro.

Alba mira su silueta recortada en la ventana y siente que se le encoge algo por dentro. Sabe que Miriam tiene razón, que la está evitando, y de repente se siente muy culpable porque es muy consciente de que la editora no ha hecho nada para merecerse ese desplante por su parte.

—He visto que hay una baraja de cartas en el armario, podemos jugar si quieres —dice dejando el libro sobre la mesita.

Miriam no se mueve, está tan rabiosa en ese instante que si se gira podría ofender a Alba con su mirada.

—No necesito tu compasión, olvida lo que he dicho y vuelve con tu jodido libro —contesta metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón.

Alba desea acercarse, rodearle la cintura con las manos y darle besos en el cuello mientras se disculpa por ser tan estúpida, pero se queda quieta un par de pasos por detrás de la editora.

—Quiero jugar, Miriam, en serio, y lamento haberte ignorado. No ha estado bien.

Miriam se gira y la observa fijamente unos segundos que a Alba se le antojan interminables, porque su pulso se dispara y esa sensación de hormigueo por el pecho que le provoca la editora cuando están muy cerca, la invade recorriendo cada parte de su cuerpo hasta que queda sin aliento.

—¿Dónde están las cartas? —pregunta Miriam con expresión sombría, aunque está algo más calmada.

—Ahí, en el mueble de la tele —señala Alba y Miriam se agacha para cogerlas.

—Son de póker, supongo que sabes jugar —pregunta mostrando la baraja.

—Probablemente, mejor que tú —se jacta Alba.

Miriam tuerce una sonrisa que termina de quitarle el mal humor.

—Eso lo dudo, profesora —responde con soberbia—, puede que seas mejor que yo con la danza balinesa y el submarinismo, pero no con esto.

—Pues habrá que comprobarlo, ¿qué nos jugamos? —pregunta Alba, señalando la mesa y las sillas de mimbre del rincón como el lugar perfecto para jugar.

—La ropa —suelta Miriam, y Alba aprieta los muslos porque siente una explosión de deseo que le resulta difícil detener.

—Vaya, no sé por qué no me sorprende que digas eso —dice Alba con los ojos en blanco.

Miriam no se ofende, en su lugar, tuerce una sonrisa.

—¿Se te ocurre algo mejor? Soy toda oídos —dice Miriam.

—La verdad es que no. La ropa me parece bien —responde para sorpresa de la editora.

Miriam arquea una ceja y la mira, esperando a que Alba se retracte, pero la profesora se mantiene firme en su respuesta.

—Perfecto, ¿quieres algo de beber? Se me ha quedado la boca seca —dice Miriam mientras abre el minibar.

Alba no sabe si el comentario tiene doble intención o solo es para provocarla, pero se está poniendo enferma.

—Cualquier cosa que no tenga alcohol, por favor —dice Alba y carraspea.

Miriam se incorpora con dos refrescos que deja sobre la mesa y empieza a barajar las cartas.

—Recuerda, la que pierda, tiene que quitarse una prenda —dice la editora.

Alba observa la vestimenta de Miriam y la suya para valorar si están en igualdad de condiciones y descubre que, en ese sentido, no debe preocuparse. Cuando sí se preocupa, es cuando se da cuenta de que ambas llevan un simple pantalón corto y una camiseta además de la ropa interior, nada más. Eso no deja muchas opciones y de repente siente que se asfixia.

—Quizá es mejor jugar a otra cosa —comenta nerviosa.

—¿Qué pasa? ¿Ahora tienes miedo, profesora? —el tono retador de Miriam la exaspera tanto que recupera la valentía.

—Reparte de una vez —exige con la mirada fija en las cartas que Miriam deja frente a ella.

Para sorpresa de Alba, gana el primer juego.

—No me lo puedo creer —dice Miriam divertida y, antes de que Alba exija la prenda, se quita la camiseta y la lanza sobre la cama.

Alba traga saliva. La ha visto con mucha menos ropa que esa, pero ahora tiene la sensación de que la situación es otra y todo ha cambiado entre ellas, volviéndose más sexual.

—Prenda —dice Miriam satisfecha cuando Alba pierde la siguiente jugada.

Nerviosa, aunque trata de disimularlo, no se hace de rogar y también se quita la camiseta. La siguiente ronda también la pierde y se ve en ropa interior frente a una Miriam que parece querer comérsela con los ojos. Alba apenas puede respirar, está tan excitada al sentirse tan expuesta, que le cuesta pensar y está segura de que perderá la siguiente ronda. Y eso le da pánico porque ella no tiene esa falta de pudor de Miriam, y una cosa es desnudarse con una mujer en una cama para enredarse entre las sábanas y otra desnudarse en una silla sabiendo que Miriam la desea.

—Vuelves a perder, profesora —dice Miriam con las pupilas tan dilatadas, que sus ojos parecen dos agujeros negros como un pozo sin fondo.

A Alba el corazón le late en los oídos cuando se lleva las manos a la espalda para desabrocharse el sujetador. Justo cuando lo hace y este cae sobre sus piernas liberando sus pechos, un relámpago

ilumina la habitación y se va la luz, dejándolas en una penumbra que Alba agradece y Miriam maldice.

—No me jodas —masculla Miriam ante la carcajada nerviosa de Alba.

—Habrà que parar el juego, no podemos jugar sin luz —dice la profesora, recostando la espalda en la silla mientras experimenta un momento de excitación que la desconcierta.

Jamás se ha sentido como ahora, con la sensación de que cada terminación nerviosa de su cuerpo reacciona incluso a su propio aliento. Desea a Miriam con todas sus fuerzas y lo corrobora con la humedad que siente entre sus piernas, pero es incapaz de hacer nada al respecto y permanece hundida en la silla.

—No vamos a parar nada, he visto velas en algún sitio —dice Miriam y se levanta, dispuesta a encontrar esas barras de cera para prender la mecha y deleitarse viendo el cuerpo desnudo de Alba.

Empieza a caminar entre las sombras, iluminada por la luz de la tormenta mientras abre cada cajón que encuentra y Alba la observa con una sonrisa malvada porque ella sí sabe exactamente dónde están las velas.

—Te veo un poco desesperada, Miriam —dice Alba, levantándose por fin.

Miriam, que acaba de salir del baño porque no ve ni torta, se detiene al lado de la puerta y coloca una mano en la pared para no caerse cuando ve la silueta de Alba de perfil, pechos incluidos, recortada frente al cristal. Los rayos desaparecen de repente y la habitación queda completamente a oscuras unos segundos en los que Miriam escucha tropezar a Alba.

—¿Estás bien? —pregunta cuando la escucha quejarse.

—Sí, las velas están en mi mesita, en la estantería de abajo — dice Alba.

Miriam sabe más o menos por dónde debe dar los pasos sin matarse. La habitación no es muy grande y se la conoce de memoria, así que sigue en línea recta calculando cuándo debe torcer a la derecha para ir a buscar las velas, pero con lo que no cuenta, es con que Alba también se haya movido. Sus cuerpos chocan a los pies de la cama, pero lo hacen despacio porque ambas iban muy lentas. Miriam siente que se marea cuando nota el calor y la suavidad de los pechos de Alba sobre los suyos propios y se niega a seguir conteniendo esa necesidad que le abrasa el vientre.

La sujeta por la parte baja de la espalda con una mano y con la otra por la nuca, asegurándose de que Alba no se escape. El beso es muy diferente a los anteriores, lento y profundo, como si ambas tuvieran muy claro que esta vez no hay vuelta atrás. La mano de Miriam sube por la espalda de Alba mientras la profesora le desabrocha el sujetador y le baja los pantalones hasta que se le deslizan por las piernas y llegan a sus tobillos.

Miriam no ha estado nunca con una mujer, pero tampoco tiene miedo, confía en su instinto y también en que la propia Alba la guíe si hace algo que no le guste o satisfaga. Cuando se da cuenta, ella está de espaldas al colchón y Alba de rodillas sobre ella, quitándole las bragas para después terminar de desnudarse también. Miriam se incorpora con un ansia incontrolable y se mete un pezón de Alba en la boca. Lo lame con destreza y no tarda en arrancarle un par de gemidos suaves que le erizan la piel mientras recorre sus costados con las manos y termina deslizando una entre sus muslos.

Alba tiembla de arriba abajo. Lo último que ha imaginado esta mañana al despertarse, es que acabaría el día sentada a horcajadas sobre Miriam con su mano entre las piernas. En realidad, sí lo ha imaginado, y muchas veces.

Miriam se ha masturbado millones de veces, pero jamás ha sentido tan exquisito su sexo ni le ha parecido tan suave o húmedo y caliente como el de Alba. Está extasiada, acariciando sus labios con delicadeza mientras la profesora recorre su boca con la lengua.

—Mete los dedos —jadea Alba contra su boca cuando la necesidad de correrse no la deja respirar.

Miriam ni se lo piensa, se hunde en ella con dos dedos y le muerde el labio inferior cuando nota los pequeños espasmos de Alba apretándolos dentro de ella.

—Dios mío, eres una delicia —dice Miriam apabullada por lo que experimenta mientras está dentro de Alba, moviendo los dedos con un vaivén que tiene a la profesora al borde del colapso.

Un nuevo relámpago ilumina la habitación lo suficiente como para que Miriam pueda ver la expresión de éxtasis de Alba cuando por fin llega al orgasmo. Su espalda arqueada, sus pechos señalándola, la barbilla levantada y su cuello expuesto, y todo eso mientras Alba ahoga suspiros entrecortados y su vientre tiembla. Para Miriam es como un antes y un después; le resulta imposible imaginarse en una cama con alguien que no sea Alba.

—Túmbate —ordena Alba, colocándole una mano en el pecho para empujarla con suavidad.

Miriam está trastornada, tan excitada que no puede pensar cuando Alba comienza a repartir besos por su cuerpo sin ninguna prisa. Ella siente una urgencia apremiante entre las piernas que

amenaza con volverla loca, pero no quiere que los besos paren, ni tampoco esas caricias que le erizan la piel, ni el roce de su pelo haciéndole cosquillas por el cuerpo. Alba llega a sus muslos con los labios y Miriam se tapa los ojos con el brazo cuando le abre las piernas y entierra esa lengua caliente que hace un rato estaba en su boca, en cada rincón de su sexo, arrancándole un suspiro tras otro hasta que un orgasmo que amenaza con destruirla, la barre como si fuera un tsunami.

CAPÍTULO 14

A Alba la despierta un cosquilleo por el cuello que le eriza la piel y la hace sonreír. Al principio le cuesta identificarlo, pero cuando ese roce se intensifica y, además se vuelve húmedo, enseguida se da cuenta de que Miriam está pegada a su espalda, repartiendo besos por su cuello mientras le aparta el pelo de los hombros con los dedos. La punzada de excitación es inmediata y su cuerpo reacciona a las caricias entrando en ebullición. Alba se gira, sorprendentemente despejada, y abre los ojos para enfocar a Miriam.

—Ya no llueve, profesora —dice la editora con un tono sensual que estremece a Alba. Tras hacer ese apunte sobre el tiempo, Miriam desliza la sábana hacia abajo y se mete un pezón de Alba en la boca.

El gemido de Alba sale al mismo tiempo que su cuerpo se arquea enfermo de deseo sin que pueda controlarlo. Alba mira de reojo hacia la ventana y, aunque es cierto que la tormenta ha amainado, el cielo sigue estando encapotado.

—¿Crees que deberíamos quedarnos aquí todo el día? —pregunta con voz ronca mientras Miriam reparte besos por su abdomen tembloroso.

—No lo sé, pero sí hasta que me sacie de ti —responde Miriam sin mirarla, con los labios pegados a su pubis.

Alba se siente ebria de excitación, la sola idea de tener la boca de Miriam entre sus piernas la trastorna. Ni siquiera le preocupa que sea algo nuevo para la editora, porque anoche le demostró tener mucha destreza en la cama y está segura de que no tendrá problema en hacer un buen trabajo cuando lama su sexo. Aun así, no puede evitar mirarla para confirmar que es lo que desea, así que le pasa una mano por debajo de la cara para cogerla del mentón y hacer que la mire.

—¿Qué pasa? —pregunta Miriam, ansiosa por devorarla.

—No tienes que hacerlo solo porque yo lo hiciera contigo, Miriam, es tu primera experiencia con una mujer y entiendo que...

No tiene sentido que Alba siga hablando si Miriam acaba de separar sus labios inferiores con los dedos y está barriendo su sexo con la lengua. Su mente se transporta a otro sitio, uno en el que no le preocupa en absoluto esa facilidad de Miriam para entregarse a ella, ni ese divorcio reciente, ni la posibilidad de que solo quiera descubrir lo que se siente estando con mujeres para después volver a su mundo tranquilo y conocido con los hombres. Alba aparca todo eso y disfruta de una sesión apasionada de sexo con Miriam que parece no tener fin.

Después de al menos tres orgasmos que la han hecho retorcerse como nunca, se han dado una ducha dispuestas a poner fin a esa maratón de intercambio de caricias y han devorado el desayuno hasta acabar con todo, pero cuando estaban determinadas a salir de la cabaña para dar un paseo, algo las ha llevado de nuevo a la cama y ahora están despatarradas mientras tratan de recuperar el aliento.

—Cielo santo, mañana no podré moverme —dice Alba sin energía, mientras hunde la cabeza en la almohada.

Miriam se ríe, todavía con el pulso disparado.

—¿Sabes cuánto hace que no hacía algo así? —dice Alba—. Me refiero a pasarme tantas horas seguidas en la cama sin parar de follar.

Miriam ladea la cabeza hacia ella y le clava esa mirada intensa y amarronada que le recuerda al chocolate derretido.

—No lo sé, ¿cuánto hace?

—Siglos, esto solo lo hice con mi primera novia en mi época universitaria. Con veinte años menos —dice divertida—. ¿Y tú?

Miriam mira al techo como si hiciera un cálculo para el que no encuentra la solución.

—La última vez que hice algo así, fue hace cinco minutos, contigo —declara la editora.

Alba enmudece y se apoya sobre el codo, sorprendida.

—¿En serio?

—¿Crees que un hombre aguanta tantos polvos seguidos? Quizá haya alguno, pero desde luego mi exmarido, te aseguro que no. Con él podía darme por satisfecha si lograba correrme antes que él, porque de lo contrario, me quedaba a medias —explica Miriam.

—¿Y antes que él? —pregunta Alba.

—Salí con un par de chicos, pero nada serio. Se puede decir que he estado con Toni prácticamente toda mi vida.

A Alba la cabeza le explota en ese momento y ese terror de ser un desahogo, un experimento o simplemente algo nuevo para Miriam, la golpea con fuerza. Ya ha estado con dos mujeres con un patrón idéntico en el pasado, dos mujeres que tras estar toda su vida con hombres que no las habían satisfecho, creían que la solución estaba en las mujeres. Al principio todo fue muy bien,

mucho sexo y muchas risas, pero cuando Alba quería algo más que eso, descubriría que no querían dárselo porque para ellas era suficiente con esa especie de aventura que la convertía en la mujer que las ayudaba a experimentar para que después siguieran con sus vidas y pasaran de ella.

—¿Estás bien? —pregunta Miriam.

Alba asiente, compungida, porque se ha enamorado de Miriam y necesita que ella no sea una de esas mujeres.

—Sí, tranquila, solo me he distraído —miente angustiada.

El teléfono de Alba suena sobre la mesilla dándole una tregua. Se gira para cogerlo y el corazón le da un vuelco al ver que es una videollamada de Nuria. Su amiga les pidió espacio, dijo que sería ella la que contactaría con ellas, y a Alba no se le ocurre peor momento que ese para que decida romper el silencio.

—Es Nuria —dice espantada, mientras empieza a buscar una camiseta con la que cubrir parcialmente su desnudez.

—No se lo cojas —dice Miriam tratando de ganar tiempo para encontrar ropa.

—No puedo hacer eso, ¿y si después no llama más? —responde histérica—, pensará que paso de ella.

Alba encuentra una camiseta de Miriam y se la pone. A la editora le entra la risa al ver cómo se atusa el pelo de manera histérica y trata de estirar las sábanas como si a Nuria le importase el estado de la cama o fuera a imaginarse lo que acaban de hacer.

—Hola, Nuria —saluda Alba sofocada, sentada en la cama con las piernas estiradas mientras sostiene el móvil frente a su cara.

Miriam está fuera del plano, poniéndose una camiseta antes de sentarse a su lado de manera sigilosa, sin aparecer en pantalla.

—No me digas que te he despertado, ¿todavía es muy temprano allí? —se alarma su amiga.

—No, no, tranquila. Estamos despiertas desde hace mucho, es que hace un día raro y estamos perezosas, eso es todo. ¿Cómo estás?

Alba se tensa por completo cuando nota la mano de Miriam acariciándole el muslo. Quiere apartarla de un guantazo y preguntarle si se ha vuelto loca, pero no puede hacerlo porque Nuria haría preguntas, y lo peor de todo es que la caricia la está volviendo loca de deseo.

—Voy tirando. La verdad es que estoy más tranquila —explica Nuria—, creo que he hecho bien en venir aquí unos días. Pero no quiero hablar de mí ni de Asier, ¿qué tal vosotras? ¿Dónde está Miriam?

—En el baño, enseguida saldrá, supongo —añade sintiéndose mezquina y da un respingo cuando Miriam roza sus labios inferiores.

El codazo es inevitable y Miriam tiene que contener el aullido de dolor para no delatar su presencia ante Nuria.

—¿Qué te pasa? —pregunta Nuria al ver la expresión nerviosa de su amiga.

—Nada, es que los mosquitos me tienen acribillada —bufa y Miriam aparece en la pantalla saludando a Nuria.

—Qué alivio me da verte —dice Nuria—, estaba empezando a pensar que Alba te había matado y se había deshecho de tu cadáver —bromea sonriente.

—Qué va, Alba me adora. ¿A qué sí, profesora? —pregunta con sorna, sonriéndole a Alba con ese aire de superioridad que tanto la desquicia.

—No te pases, digamos que te soporto porque tengo que dormir contigo —masculla Alba con ganas de matar de verdad a Miriam.

—Como me alegro de que os llevéis mejor. ¿Qué planes tenéis para hoy? —se interesa Nuria.

—Pues creo que esta tarde toca la sesión de fotos —comenta Miriam—, pero no iremos, porque obviamente...

—¿Por qué no? Será divertido —interrumpe Nuria—. Total, ya está pagada, y así tenéis recuerdos del viaje, seguro que vosotras no habéis hecho ni una sola foto. Y ya que no he ido, quiero ver lo que me he perdido por culpa de ese malnacido.

Alba y Miriam se miran entre ellas y sonríen con cierta tensión.

—Lo cierto es que no hemos hecho ninguna —reconoce la editora—, pero no creo que estas fotos sean precisamente las que resuman el viaje. Ya sabes que es un paquete romántico, seguro que nos ponen debajo de un arco de flores o alguna chorrada así.

—Venga, Miriam, no seas sosa. ¿Qué más os da? No me puedo creer que seáis tan aburridas —las provoca Nuria.

—Yo no soy aburrida, iremos —dice Miriam—. Ahora dime cuándo vuelves a Gijón —exige cambiando de tema—, porque no puedes quedarte con tu padre para siempre, Nuria, ni huir de lo que ha pasado.

—Ya lo sé, pero estar aquí me sienta bien, así que voy a quedarme al menos un par de semanas más, tal vez tres, ya veremos.

Alba siente un alivio que la desconcierta cuando la escucha decir eso, porque prefiere no ver a Nuria tan pronto, así no se verá obligada a contarle lo que ha pasado con Miriam.

—Esto es absurdo, no deberíamos haber venido —se queja Alba dos horas después, cuando ambas están en los jardines traseros del complejo hotelero con el fotógrafo.

Está nerviosa, porque el hombre las hace posar como si fueran una pareja, siempre juntas, cogidas de la mano o abrazadas, y Alba se siente tan a gusto así con Miriam, que empieza a sentir vértigo porque no sabe cómo detener lo que siente por ella.

—Más cerca —dice el hombre, haciendo un gesto con la mano para que Miriam se pegue más a Alba.

Están frente a frente y, sin pretenderlo porque le sale de forma natural, Miriam le da un beso en la sien mientras posan. Alba nota la calidez de sus labios y se pega más a ella, atormentada porque su cuerpo y su cabeza no parecen querer las mismas cosas. Está segura de que Miriam no le conviene y, sin embargo, nunca se ha sentido tan conectada a alguien como a ella.

—Ahora un beso —pide el fotógrafo sin apartar la cámara de su cara.

Alba se estremece y Miriam ni siquiera se lo piensa. Le aparta un mechón de pelo de la cara, le hace una caricia en la mejilla y, después de ponerle la mano en el cuello, la besa en los labios como si llevara toda la vida haciéndolo. El mundo parece detenerse en ese instante donde ni siquiera escuchan el ruido del disparador de la cámara lanzando varias capturas. Alba está paralizada por la suavidad de los dedos de Miriam sobre su mejilla y la editora no puede respirar, atravesada por esa electricidad que surge entre ellas cada vez que se tocan.

—Podría acostumbrarme a esto si te relajas, profesora —susurra Miriam cuando se aparta.

Alba parpadea y la mira confundida, sin entender a qué se refiere. Miriam no se molesta en explicárselo porque siente que no hace falta. Nota esa tensión en Alba, esa lucha interna que tiene con ella misma de querer y no poder, o de querer y no atreverse, no está muy segura. Y Miriam ya está lo suficientemente enganchada a ella como para andarse con juegos. Ella tiene muy claro lo que quiere y está dispuesta a todo con Alba, pero no quiere nada si la profesora tiene dudas.

CAPÍTULO 15

El aeropuerto de Asturias recibe a Alba y a Miriam con una llovizna que parece haberlas esperado para devolverlas a la realidad. El contraste entre el aire frío y húmedo de Asturias y el calor tropical que han dejado atrás hace que el regreso sea aún más áspero. El viaje ha sido agónico para ambas, incómodo no solo por la cantidad de horas de vuelo, sino por la tensión palpable entre ellas.

Desde aquel comentario de Miriam al final de la sesión de fotos, Alba parece haber levantado un muro entre las dos. Volvieron a la cabaña en silencio y prácticamente se ignoraron como hicieron el día de la tormenta hasta que la editora protestó. Miriam estuvo tentada en varias ocasiones de preguntarle a Alba por ese comportamiento esquivo, pero pensó que lo mejor era darle tiempo para aclarar las ideas y hablar de lo que tuvieran que hablar cuando regresasen a España.

—¿Quieres compartir un taxi? —pregunta Miriam resguardándose de la lluvia bajo un saliente.

—No, me viene a buscar mi amiga Carmen, debe estar por aquí —responde Alba con incomodidad al darse cuenta de lo descortés que ha sido.

Miriam es una persona autosuficiente e independiente que jamás ha necesitado a nadie, por eso le cuesta mucho comprender

el motivo por el que se siente tan mal por algo tan tonto como tener que volver en taxi sola. Se da cuenta de inmediato de que no es por el hecho en sí, sino por la frialdad de Alba, a la que es evidente que ella ya no ve como a la profesora estirada que es la mejor amiga de su compañera de trabajo, sino a la mujer de la que se ha enamorado.

—Te podemos llevar —dice Alba al ver que Miriam no responde y se limita a mantener la mirada fija en la parada de taxis.

—No hace falta —responde seca, y se gira de repente hacia la profesora, enfocándola con esos ojos marrones en los que Alba ya no encuentra la calidez de los últimos días—. Tienes mi número, profesora. Llámame cuando quieras hablar de lo que pasa entre nosotras, si es que quieres hablarlo.

Tal y como termina de hablar, Miriam se da la vuelta y se dirige a la parada de taxis. Alba la ve caminar y tiene la sensación de que su corazón late al mismo ritmo rápido de los pasos de Miriam mientras camina, como si estuvieran sincronizadas. A pesar de que su instinto le pide correr y detenerla, no se mueve de su sitio, porque sigue atormentada por esa convicción de que, con Miriam, solo puede tener algo pasajero porque la editora busca darse un respiro.

Minutos después, está abriendo la puerta del coche de su amiga y compañera de trabajo, Carmen, sin saber muy bien cómo ha llegado hasta la zona donde esta la esperaba. Se saludan y se abrazan dentro del vehículo y Alba deja salir tal suspiro después de abrocharse el cinturón de seguridad, que su amiga decide no poner el vehículo en marcha todavía.

—¿Qué te pasa? —pregunta preocupada.

Alba la mira y traga saliva, se siente tan culpable por su manera de tratar a Miriam y la frialdad con la que ha terminado todo, que quiere darse bofetadas ella misma.

—Me he enamorado de Miriam —suelta y se agarra al asiento como si este fuera a salir catapultado como el del piloto de un caza a punto de estrellarse.

Sus palabras flotan en el aire durante unos segundos antes de que Carmen parpadee varias veces mientras procesa lo que acaba de escuchar. Ella mejor que nadie conoce la animadversión que Alba sentía por Miriam antes de ese viaje casi forzado al que su mejor amiga Nuria las empujó a ambas y, aunque Alba, a través de algunos mensajes durante esos días, le ha contado que la relación entre ambas había mejorado, en ningún caso se había imaginado que hubiera derivado en algo así.

—No entiendo nada —dice Carmen sin ocultar su desconcierto.

—Yo tampoco —responde Alba que, a pesar de la lluvia, baja un poco la ventanilla del coche porque siente que le falta el aire.

—Bueno, dicen que del odio al amor y viceversa hay un paso —comenta Carmen en tono comprensivo—, y me imagino que en algún momento habéis cruzado esa línea tan fina estando allí.

—Creo que, en realidad, la cruzamos antes —dice Alba, evocando sus recuerdos—. Quizá no fui consciente del todo entonces, pero el día que nos dimos aquel beso tonto en la despedida de soltera de Nuria, fue cuando cruzamos esa línea, al menos por mi parte. Ya no pude dejar de pensar en ella, ni de querer repetir ese beso. ¡Qué estúpida, nunca debí aceptar ir a ese maldito viaje! —se lamenta sintiendo que el cansancio tanto físico como mental, la hunde en el asiento.

—¿Esto lo has hablado con Miriam? —pregunta Carmen, intentando comprender la pesadumbre de su amiga.

—¿Hablarlo? —pregunta Alba desorientada, mirándola de soslayo.

—Sí, claro. Estás aquí completamente hundida, lamentándote de algo que entiendo que no puede ser, así que imagino que ella no siente lo mismo —concluye la otra docente.

Alba se pinza el puente de la nariz y niega con la cabeza mientras nota un pellizco en el pecho al recordar esa expresión pétrea de Miriam en la salida del aeropuerto.

—Nos hemos acostado, y todo con ella ha sido tan perfecto, que dudo mucho que pueda ser real —dice sin quitarse la mano de la cara.

Carmen la mira con expresión de perplejidad, esforzándose mucho por comprender a una Alba que, para ser profesora, se está explicando cómo un libro cerrado.

—Te agradecería que fueses más clara, Alba, porque de verdad que me está costando mucho entender lo que me quieres decir —dice Carmen.

—Miriam siempre ha estado con hombres, Carmen, y ya sabes lo que pienso de las mujeres así...

Su amiga hace una mueca con los labios y asiente, comenzando a comprender.

—Eso por no hablar de que hace apenas seis meses que se divorció de su marido —sigue explicando Alba—. Es imposible que se haya olvidado de él todavía. ¿Sabes la de mujeres que echan una cana al aire y después deciden volver a la comodidad de lo conocido? Si no me gustase tanto, te juro que me arriesgaría, pero

no puedo involucrarme más con ella para que dentro de unos meses decida que ya ha tenido suficiente experiencia con una mujer y se busque a un hombre, o para que aparezca su marido pidiéndole otra oportunidad y ella se la dé porque considere que no puede echar media vida de matrimonio por la borda.

La verborrea de Alba la corta su propio llanto, el que le provoca su propia inseguridad, el sentimiento de culpa por su comportamiento con Miriam o el hecho de saber que no puede tenerla, todo eso, mezclado con el tremendo cansancio que arrastra por el viaje.

Carmen la abraza y deja que se desahogue durante unos minutos, hasta que el llanto cesa y la respiración de Alba comienza a volverse más pausada.

—Yo te apoyaré en lo que decidas, Alba, pero tomar esta decisión sin haberlo hablado con Miriam antes, me parece un poco precipitado. No sabes lo que ella piensa, y es muy posible que tengas razón en todo lo que dices porque ya te ha pasado antes, pero en mi opinión, como mínimo, os debéis una conversación. No podéis acostaros y después actuar como si no hubiera pasado, Alba, eso no puede ser sano mentalmente.

Alba la escucha con la cabeza apoyada en el hombro de su amiga. No le contesta, le da vergüenza reconocer que Miriam sí que está dispuesta a hablar y que es ella la cobarde que ha decidido por las dos, pero conoce el efecto que la editora provoca en ella, y sabe que, si Miriam le promete oro, ella se creerá que puede conseguirlo. Y Alba no puede permitirse sentir más cosas por Miriam Llanos porque no quiere acabar con el corazón hecho trizas.

—¿Me llevas a casa? —pregunta colocándose bien en el asiento, concluyendo así la conversación.

—Por supuesto —responde Carmen—, en realidad, lo que necesitas es dormir mucho. Quizá cuando tengas la mente despejada y hayas recuperado fuerzas, veas las cosas de otro modo.

Alba no contesta y gira la cabeza hacia la ventana, segura de que pensará lo mismo cuando se despierte, si es que logra conciliar un sueño reparador donde la imagen de Miriam no aparezca para perturbarla.

CAPÍTULO 16

Casi tres semanas. Ese es el tiempo que ha pasado desde que volvieron de Bali y Miriam no ha tenido noticia alguna de Alba. Cada día, revisa compulsivamente su teléfono esperando encontrar algún mensaje, pero la pantalla permanece tan vacía como su interior. Es como si la tierra se hubiera tragado a la profesora. Miriam no sabe definir exactamente cómo se siente ante su silencio, la rabia se mezcla con la decepción y la frustración, haciendo que en ocasiones simplemente actúe como un robot que ignora sus propios sentimientos y que en otras tenga ganas de destrozar cosas.

El trabajo la ayuda. Volvió a la editorial a la semana siguiente y se ha sumergido de lleno absorbiendo su trabajo, el de algún compañero que está de vacaciones e incluso lo que no le corresponde, pasando prácticamente todo el día encerrada en la oficina. Sabe que eso ha sido posible gracias a que Nuria no ha estado, porque su compañera la habría arrastrado fuera de la oficina por los pelos si fuera necesario. Eso en caso de saber lo que ha sucedido entre ella y Alba y el infierno por el que Miriam está pasando de una manera que ni ella misma se esperaba, pero Nuria desconoce lo que ha pasado, y eso lo sabe Miriam porque habla con ella a diario por temas de trabajo y si Alba se lo hubiera contado, está segura de que se lo habría mencionado.

En realidad, eso es lo que más le molesta a Miriam. Por encima del rechazo de Alba y el despecho de sentirse rechazada de un modo tan mezquino e infantil, le molesta sobremanera saber que la profesora no la considera lo suficientemente importante como para hablarle de lo que ha pasado a su mejor amiga.

Miriam deja de teclear sobre el portátil y hace girar su silla hacia la ventana que tiene justo a su espalda. Le hubiera gustado que su despacho tuviera vistas al puerto como el de Nuria y no a la ciudad, pero ahora mismo no le importa porque son demasiadas las veces que su mirada se pierde en la nada, incapaz de centrarse en algo en concreto porque sus pensamientos están siempre en los mismos recuerdos: los de Alba y ella en aquella cabaña siendo solo ellas. La risa espontánea de la profesora le sigue taladrando los tímpanos y su piel se sigue erizando cada vez que recuerda sus caricias. Las primeras dos semanas, eso solo le causaba una tristeza y nostalgia extremas, ahora lleva unos días que a todo eso se añade un sentimiento de rabia y la editora se pregunta por cuántas fases pasará o cuántos estados de ánimo diferentes será capaz de provocarle la ausencia de una mujer que para ella fue indiferente durante tantos meses y a la que ha llegado a querer en cuestión de unas semanas.

Unos murmullos en el pasillo la sacan de sus pensamientos y le ponen los nervios de punta. Las voces y las risas giran en torno a la de una sola persona, la de su compañera Nuria, que hoy regresa a la oficina después de algo más de un mes tras esa boda fallida y nefasta que le rompió el corazón y de la que derivaron unos hechos que han terminado rompiendo también el de Miriam. Su compañera volvió del sur el sábado por la noche, cansada después del viaje. A

Miriam le hubiera gustado verla ayer domingo, aunque fuese un rato por la tarde, pero era consciente de que la primera persona con la que Nuria quedaría, sería su amiga de toda la vida, Alba, por lo que decidió que podía esperar a verla hoy en la oficina.

—Vale, tranquila —se dice Miriam girándose hacia la mesa.

Se ha dicho una y mil veces que debe mantener la compostura ante Nuria, que al igual que Alba, no debe contarle nada de lo que ha pasado porque si la profesora no lo considera un tema importante como para tratarlo con su amiga de la infancia, ella debe darle el mismo valor.

Los murmullos empiezan a desvanecerse y Miriam escucha unos pasos acercarse a su despacho. El pulso se le dispara como si fuera una adolescente y de repente no está segura de poder mantener el tipo frente a Nuria.

—¿Tan rápido te olvidas de mí que no sales a recibirme como los demás? —bromea Nuria en cuanto abre la puerta del despacho.

Miriam sonríe al mismo tiempo que se levanta para ir a darle un abrazo.

—Esperaba seguir conservando ciertos privilegios y que mi compañera viniera a visitarme a mi despacho, ya sabes, algo más íntimo —Miriam le guiña un ojo con su característico desparpajo justo antes de estrecharla con fuerza mientras arquea las cejas sorprendida por una Nuria que parece haberse quitado dos años de encima.

—Te tengo mal acostumbrada —dice Nuria, besándole la mejilla cuando rompen el abrazo.

Miriam se queda quieta y la observa de arriba abajo con cierto descaro.

—Vas a tener que darme la dirección de tu padre, porque, joder, te veo genial, Nuria. Te ha sentado muy bien marcharte al sur —dice realmente impresionada.

Nuria sonríe y da una vuelta sobre sí misma.

—Eso mismo me dijo Alba, y la verdad es que me siento bien —dice y toma asiento al otro lado de la mesa mientras Miriam prepara un par de cafés de la máquina que tiene en el despacho.

Nuria quisiera poder decir lo mismo sobre Miriam y sobre Alba, pero anoche cuando cenó con Alba tuvo la sensación de estar ante el espectro de su amiga, y ahora al ver a Miriam, la percepción es muy parecida.

—Pues me alegro mucho, de verdad —dice Miriam, disimulando la tensión que le ha provocado escuchar el nombre de la profesora—. ¿Cómo lo llevas? —pregunta ofreciéndole su taza antes de dirigirse hacia su silla.

—Estoy mucho mejor —responde Nuria—. Las dos primeras semanas fueron muy duras, anoche se lo contaba a Alba —vuelve a nombrarla sin ser consciente de lo que supone para Miriam escuchar ese nombre—, pero poco a poco fui aceptando que era mucho mejor que hubiera pasado así. Imagina que llego a casarme con semejante sinvergüenza.

Miriam asiente, completamente de acuerdo.

—Además, le hice caso a mi padre y hace un par de semanas me busqué un terapeuta de aquí que hiciera sesiones online y empecé terapia.

—¿De verdad? Eso es genial, Nuria, en serio. Mucha gente todavía es muy reacia a buscar este tipo de ayuda y yo creo que en

estos tiempos que corren, debería ser obligatorio para todo el mundo al menos una vez cada quince días —dice Miriam.

—Completamente de acuerdo —añade Nuria y las dos sonríen, aunque Miriam piensa que tal vez ella también debería considerar acudir a terapia—. De verdad que en apenas un par de sesiones me ha ayudado mucho, por no hablar de que el chico es un encanto.

Miriam arquea una ceja y la sonrisa de Nuria es casi inmediata.

—No pienses mal.

—Lo siento, estoy programada para eso —dice Miriam con sorna.

La carcajada de Nuria resuena por el despacho, sorprendiendo a una Miriam maravillada al darse cuenta de que su amiga está superando la ruptura con tanta entereza.

—Quizá si algún día me lo encuentro por la calle, le acepte una cerveza, pero eso será dentro de diez años, cuando tenga ganas de salir con un hombre otra vez —bromea su compañera.

—Las tendrás muy pronto, ya verás. Solo necesitas un poco más de tiempo —asegura Miriam.

—Seguro que sí. Bueno —Nuria apura el último trago de su café y se pone en pie dispuesta a marcharse a su despacho—, ya no te entretengo más o conseguiré que Miguel nos despida a las dos. ¿Comemos juntas después? Así me cuentas los detalles del viaje a Bali, porque Alba no suelta prenda.

Nuria tira el vaso de plástico a la papelera mientras habla de manera completamente distraída, sin darse cuenta de que Miriam ha dejado de respirar.

—Sé que no os lleváis muy bien y es posible que hayáis discutido por alguna tontería, pero me lo podéis contar, yo no voy a

tomar partido por ninguna, que ya sois mayorcitas —dice y se gira hacia su compañera para decirle que sabe que Alba es más reservada con esas cosas, pero cuando ve la expresión tensa de una Miriam a la que ella considera una mujer de hierro, a Nuria le saltan todas las alarmas—. Miriam, ¿qué ha pasado? —pregunta y se acerca a la mesa.

Miriam no quiere contárselo para seguir conservando su orgullo, pero necesita hacerlo si quiere conservar su cordura. Abre la boca dispuesta a decirle cómo se siente y se da cuenta de que tiene la garganta estrangulada y eso hace que esa rabia que la consume estos días, la invada de tal modo que se pone roja y las aletas de su nariz se expanden.

—Miriam —dice Nuria, mirando de reojo hacia la puerta porque sabe que, en el fondo, ya no debería estar ahí.

—Te lo cuento en la comida —consigue decir su compañera.

Nuria asiente, preocupada, y sale del despacho preguntándose qué puede ser tan grave para que Alba no se lo haya mencionado y a Miriam le cause tanta incomodidad pensar en ello.

Cuatro horas más tarde, las dos entran en un restaurante cercano al edificio donde trabajan en el que suelen comer muchas veces. Nuria lo hace intrigada y preocupada a partes iguales, Miriam nerviosa, tratando de controlar una ansiedad que hacía muchos años que no experimentaba.

Encuentran su mesa favorita vacía y toman asiento. Han comido ahí tantas veces, que no necesitan mirar la carta, así que cuando el camarero se acerca a tomarles nota de las bebidas, hacen todo el pedido y este se retira, dejándolas en un silencio que aumenta los nervios de Miriam.

—Me acosté con Alba —suelta sin anestesia, dejando a Nuria petrificada.

Su compañera parpadea varias veces, como si necesitara asegurarse de que ha escuchado bien.

—Vale —dice al cabo de unos segundos, intentando ganar tiempo para procesar la información.

Nuria se ha imaginado muchas cosas que podían pasar allí, pero esa no, la ha cogido completamente desprevenida. Primero porque sabe que Alba sentía mucho rechazo hacia Miriam y segundo porque, aunque es consciente de que eso no es ningún impedimento, estaba segura de que a su compañera solo le interesaban los hombres.

—Sí, vale —repite Miriam apartando la mirada hacia un lado.

No siente decepción por la respuesta de su amiga, ni tampoco alivio. No sabe lo que esperar, lo que sí sabe es que necesita algo que le alivie esa presión que siente dentro del pecho, porque ahora solo tiene ganas de llorar y eso la está haciendo sentir muy incómoda.

—Alba no me ha dicho nada —dice Nuria, consciente de que a Miriam la situación le está afectando mucho.

—Claro que no, Alba lo resuelve todo cerrando la boca y haciéndose a un lado. No esperaba que lo pregonara por ahí, pero que no te lo contara a ti, no sé, me hace sentir como un trozo de mierda, ¿sabes? —dice apretando los labios, evitando mirar a Nuria porque no quiere derrumbarse.

Las bebidas llegan y Miriam coge su vaso de agua y bebe para intentar deshacer el nudo que tiene en la garganta.

—No sé ni qué decirte, Miriam, de verdad. Es que estoy muy perdida, pero estoy segura de que hay una explicación.

—Claro que sí, no soy lo bastante buena para ella.

Nuria está perpleja, sin saber por dónde comenzar a preguntar, porque si no se imaginaba que sus dos amigas se acabarían liando, se imaginaba mucho menos que si eso pasaba, pudiese afectar tanto a Miriam.

—Pero vamos a ver, Miriam, ¿a qué nivel llega esto? Quiero decir

—Nuria estira la mano por encima de la mesa y la coloca sobre la de Miriam, que parece a punto de explotar de rabia—, ¿os acostasteis sin más y no habéis hablado de ello? ¿Eso es lo que te molesta? ¿O la cosa es más seria y hay sentimientos de por medio?

—No quiero que le digas que has hablado conmigo, Nuria —dice Miriam intentando controlar su respiración—. Ella no te lo ha contado y bastante humillada me siento ya como para que...

—No lo haré, Miriam —asegura Nuria—, pero dime lo que pasa para que pueda entender todo esto.

—Me he enamorado de ella —confiesa Miriam—, y mientras estuvimos en Bali te aseguro que estaba convencida de que ella también sentía algo parecido por mí. La atracción estuvo ahí desde el principio, una relación amor-odio entre las dos que ambas sabíamos que solo se resolvería entre las sábanas. Nos acostamos y fue perfecto —Miriam sonríe, estremecida al recordarlo—, y al día siguiente la cosa seguía igual hasta que algo hizo clic en su cabeza y empezó a evitarme, como el día después de habernos besado. Sé que algo la frena, algo la hace dudar y no querer darnos una oportunidad, pero ha elegido no decirme lo que es, evitarme e ignorarme, y eso duele mucho más que si me dijera directamente

que no quiere nada conmigo. Al menos sabría a qué atenerme, o lo que he hecho mal, pero así me siento muy desorientada y rabiosa.

A petición de Nuria, Miriam le da más detalles de lo que fueron esos días en Bali junto a Alba, de los altibajos y la tensión entre ambas del principio, y también de lo mucho que disfrutaron juntas sin darse cuenta. Hasta que se acostaron y todo pareció precipitarse.

—¿No has vuelto a ver a Alba desde que volvisteis? —pregunta Nuria.

—No. Le dije que, si quería hablar en algún momento, me llamara. Todavía estoy esperando —contesta su compañera.

—Podrías llamarla tú, Miriam, tal vez...

—Ni hablar. Esto duele mucho y te aseguro que me encantaría empezar algo con ella, pero no pienso arrastrarme. No voy a perseguir a alguien que tiene tantas dudas y una facilidad tan evidente para ignorarme. Por ahí no paso, Nuria.

—¿Qué puedo hacer, Miriam? —pregunta Nuria con evidente preocupación—. Me siento muy culpable, si no hubiera insistido para que fuerais a ese viaje...

—Nada, no tienes que hacer nada, Nuria. Esto no es culpa tuya, pasó allí como podría haber pasado en otro sitio. Lo superaré, es solo que no lo he visto venir y no estaba preparada para encajar esto.

—De verdad que estoy muy sorprendida —sonríe Nuria tratando de relajar un poco la situación—. Nunca me hubiera imaginado que tú y Alba —no termina la frase, solo sigue sonriendo porque no sabe cómo explicarlo.

—Ya, yo tampoco —sonríe también Miriam—. Siempre me pareció una estirada, incluso maleducada y egoísta cuando me

hablabas de ella. Pero ya ves, un beso tonto en tu despedida de soltera y unas cuantas horas con ella bastaron para tirar por tierra todas mis conclusiones. Ahora solo pienso que es una cobarde.

CAPÍTULO 17

Alba da un respingo cuando el timbre de su casa suena. Sus ojos se desvían de inmediato hacia el reloj que tiene sobre el televisor, pensando por un momento que podría ser su amiga Nuria, pero suspira con alivio al darse cuenta de que son las dos del mediodía y a esa hora, Nuria suele estar comiendo con algún compañero de la editorial, probablemente con Miriam. Solo de pensar en su nombre hace que el estómago se le contraiga.

No es que no quiera ver a Nuria, pero desde que estuvo con ella hace un par de días cuando volvió de casa de su padre, se siente mal consigo misma por no haber sido capaz de haberle mencionado lo de Miriam. Ni siquiera ella misma comprende por qué guardó ese mutismo sobre el tema a pesar de que le quemaba la garganta, pero no encontró la manera de explicarle a una Nuria a la que encontró especialmente calmada, que ella era un mar embravecido. Que estaba enamorada de su compañera y que un montón de dudas y miedos le impedían hacer nada al respecto.

La profesora ha pasado los días en una especie de trance. Aislada en su casa, sin apenas mirar el móvil para que la tentación de llamar a Miriam no la poseyera y acabase marcando su número. Una parte de ella desea hacerlo, lo necesita porque siente que se asfixia cada día un poco más, pero la otra es una alerta constante

que le mete miedo en el cuerpo recordándole que Miriam podría hacerle mucho daño.

El timbre vuelve a sonar y Alba sale de su parálisis para correr hasta la puerta y abrirla, encontrándose a su compañera Carmen al otro lado.

—Hola —saluda sorprendida, y de inmediato desvía la mirada hacia la bolsa que Carmen lleva en una mano. El olor a comida ha golpeado a una Alba hambrienta que lleva demasiados días alimentándose de comida basura—. ¿Qué haces aquí? —pregunta y se hace a un lado dejando entrar a su amiga.

—Comprobar que sigues respirando, Alba, me tienes preocupada —dice Carmen mientras entra.

Su compañera va directamente a la cocina, en la que ya ha estado alguna vez. Deja la bolsa sobre la encimera antes de girarse hacia Alba, que la mira alicaída bajo el quicio de la puerta, con el pelo un poco revuelto y unas ojeras bastante marcadas que evidencian que no ha sido capaz de conciliar un sueño tranquilo ni una sola noche.

—No me coges el teléfono cuando te llamo y respondes a mis mensajes con monosílabos —dice Carmen como si fuera una madre enfadada—. La otra noche en el aeropuerto me dejaste muy preocupada con lo que me contaste y después coges y me das largas cada vez que intento quedar contigo para ver cómo estás. No puedes actuar así, Alba.

Alba lo sabe, lo siente como un peso en el pecho que la ahoga cada día un poco más. Es muy consciente de que lo está haciendo todo mal, empezando por Miriam y pasando por sus amigas, pero es incapaz de revertir la situación porque no sabe por dónde empezar.

—Lo siento —dice y arrastra una silla de madera que hay junto a la mesa para sentarse.

Carmen la mira con dureza. Tenía pensado gritarle unas cuantas verdades sobre su actitud, pero la ve tan hundida que concluye que Alba no necesita reproches, sino a una amiga que sepa entender cómo se siente, o al menos intentarlo.

—He traído comida —dice Carmen mientras saca un táper enorme de la bolsa, haciendo que Alba levante la vista—. Iba a hacerme pasta para comer y he pensado que te estarías alimentando a base de latas cuyo contenido no deseo conocer, así que he hecho de sobra para las dos y aquí estoy. Saca unos platos, mueve el culo —ordena su compañera y Alba se levanta de inmediato, sonriendo cuando pasa por su lado.

Esa tregua trae algo de normalidad al momento. Mientras Carmen calienta los platos en el microondas, ella saca unos refrescos y prepara la mesa para las dos, colocando los cubiertos con una precisión que delata su necesidad de tener el control sobre algo, por pequeño que sea.

—Bueno, cuéntame, ¿has hablado con Miriam? —pregunta Carmen cuando empiezan a comer.

A pesar de su malestar y de que es un tema del que no le gustaría hablar porque se siente muy mal consigo misma, Alba no pierde el apetito y se mete una buena cucharada de pasta en la boca mientras niega con la cabeza.

—¿No? —se sorprende Carmen—. ¿No la has llamado?

—No —responde Alba.

Carmen deja el cubierto al lado del plato, pasmada ante la respuesta.

—¿Me estás diciendo que ha pasado casi un mes y no has intentado hablar con ella? —interroga incrédula.

—¿Y qué le digo, Carmen? ¿Que me gusta mucho, pero que no estoy dispuesta a arriesgarme con alguien como ella?

—Pero si ya estás hecha una mierda, Alba —concluye su amiga, señalándola de manera que abarca toda su figura—, solo hay que verte.

—Eso no importa, prefiero pasarlo mal ahora que dentro de unos meses cuando ella se canse.

Carmen intenta ponerse en su piel antes de decir lo que piensa realmente. Se esfuerza por comprender ese pánico de Alba y, en parte, lo hace porque cuando ya te ha pasado antes, el temor a que la situación se repita a veces te bloquea, pero a Carmen le parece absurdo que su compañera ni siquiera lo intente.

—Y tu amiga Nuria, ¿qué opina ella de todo esto? —pregunta con la intención de averiguar si solo es ella la que piensa que Alba se equivoca.

—No se lo he contado —Alba se apoya en el respaldo de la silla y aparta la mirada cuando Carmen la enfoca, boquiabierta.

—¿Por qué no? —pregunta atónita, dejando caer las manos sobre la mesa como si le pesaran toneladas.

Alba suspira y hace botar los hombros.

—No lo sé, no me atreví. Desde que se conocieron, me he pasado todo el tiempo tratando de evitar conocer a Miriam, dándole largas a Nuria cada vez que intentaba presentarnos y sonriendo falsamente cada vez que me hablaba de ella. Nunca le dije nada, pero yo sé que ella notaba mi recelo con respecto a su nueva amiga. No actué bien entonces, fui una egoísta que lo único que veía era el

peligro de perder a su amiga, y me pareció surreal contarle que he vuelto enamorada de ella después del viaje —confiesa y suspira con pesadez.

—Pero es que es precisamente eso lo que ha pasado, Alba —sentencia Carmen—. Te has enamorado de su compañera, y Nuria es tu mejor amiga, lo lógico es que se lo cuentes. ¿Cómo crees que se sentirá si Miriam se lo cuenta?

El pulso de Alba se acelera de manera repentina y su boca se abre lentamente.

—Miriam no hará eso.

—Madre mía, Alba. ¿Tú te escuchas? ¿Por qué no va a hacerlo? Según me has contado, se mudó a la ciudad hace poco y es probable que Nuria sea la única amiga de confianza que tiene por ahora. Claro que se lo habrá contado, tendrá que desahogarse con alguien, digo yo —opina Carmen, conteniendo las ganas de abofetear a su compañera para que espabile.

—Miriam no se lo contará, es demasiado fría y orgullosa como para hacerlo.

Carmen parpadea, perpleja ante la estupidez de Alba.

—Creo que te estás precipitando al juzgarla, Alba. Puede que hayáis pasado unos días juntas, pero no me parecen suficientes como para que te atrevas a afirmar que la conoces tanto. Dices que no quieres nada con ella porque se acaba de divorciar de su marido y te parece reciente, eso lo entiendo, pero que digas que es porque quiere experimentar con mujeres, me parece un juicio de valor muy mal elaborado por tu parte, igual que lo de que no va a hablar con Nuria —dice mosqueada—. No has hablado con Miriam, no le has expuesto tus miedos ni le has dado la oportunidad de defender su

postura, por no hablar de que no te has molestado en preguntarle lo que siente ella. Es el comportamiento más cobarde que he visto en mi vida, Alba, lo siento, pero tenía que decírtelo.

Alba nota el pecho como si tuviera un tambor dentro. El corazón le late a un ritmo tan rápido como fuerte y los oídos le zumban. Las palabras de Carmen le parecen duras y le molestan, pero también son como un golpe de realidad porque sabe que en el fondo tiene toda la razón. Está sacando conclusiones sobre las intenciones de Miriam sin haber escuchado lo que la editora tiene que decir, y lo peor de todo es que la culpa de que no hayan hablado sobre el tema, no la tiene Miriam, la tiene ella.

—Debería empezar por contárselo a Nuria —dice con la voz estrangulada.

—Ese sería un buen paso —concluye Carmen—. Si después sigues empeñada en no saber nada de Miriam, a mí me parece bien, es tu decisión, pero entonces pasa página y reanuda tu vida. No puedes quedarte aquí encerrada hasta que comiencen las clases.

Cuando Carmen finalmente se marcha, Alba se queda sentada en la cocina, contemplando los restos de la comida mientras las palabras de su compañera resuenan en su cabeza, provocándole un dolor bastante agudo.

CAPÍTULO 18

Después de su conversación con Carmen hace un par de días, ese sábado por la mañana Alba se ha levantado con la determinación de hablar con Nuria. La ha llamado a primera hora y han quedado para comer en casa de la editora. Alba está nerviosa cuando sale de su casa, sin saber cómo abordar el tema y explicarle a su mejor amiga el motivo por el que no le ha hablado de lo que pasó con Miriam antes. Ha ensayado varias frases que podrían servir para sacar el tema, pero mientras camina hacia su casa, ninguna le parece lo suficientemente buena. Las palabras se enredan en su mente como una madeja de lana. ¿Cómo justifica no haber comentado algo tan importante después de un mes con todas las veces que han hablado por teléfono desde que Nuria volvió de casa de su padre?

Se mentaliza de que Nuria lo entenderá, al fin y al cabo, es su mejor amiga y la conoce casi mejor que ella misma. Poco antes de llegar a su destino, Alba detiene el paso en seco al pasar por delante de una de sus librerías favoritas. En el escaparate, ya está expuesta una de las novelas que lleva meses esperando. Está tan distraída últimamente que la fecha se le había pasado por alto. Sonríe sintiendo ilusión por algo por primera vez durante las últimas semanas, segura de que la lectura de esa novela logrará apaciguar

sus pensamientos confusos por las noches, al menos mientras dure la lectura.

Como tiene tiempo de sobra, no se lo piensa y entra en la librería para comprar el libro. Al entrar, se deja envolver por ese ambiente reconfortante que le provoca estar rodeada de libros. Le encanta pasear entre las estanterías leyendo títulos y sinopsis a la vez que toma nota mental de candidatos a ser su siguiente lectura. El tiempo se le va, absorta, mientras va de una estantería a otra.

Encuentra el libro que quiere entre las novedades, lo coge sin necesidad de leer nada y solo se asegura de que no tiene ningún golpe, rasguño o alguna página doblada, algo que no está dispuesta a aceptar bajo ningún concepto. Cuando está segura de que está en perfectas condiciones, se lo coloca bajo el brazo y sigue hacia la siguiente estantería hasta que un aroma que para ella es único e inconfundible —una mezcla de lavanda con algo que nunca ha podido identificar— la hace detener el paso en seco y levantar la vista. Su corazón deja de latir unos segundos para después hacerlo de forma desbocada cuando se encuentra con Miriam frente a ella, observándola con fijeza. La editora ha reparado en ella en cuanto Alba ha entrado en la librería y se ha debatido entre el impulso de abandonar el establecimiento sin ser vista o quedarse y dejar que Alba la viera.

No es que se haya decidido por ninguna de las dos cosas, es que sus pies se han quedado anclados al suelo mientras por su cuerpo corren un montón de sentimientos contradictorios que a Miriam le cuesta gestionar. Le molesta que su primer pensamiento haya sido que Alba está radiante a pesar de las evidentes ojeras que hay bajo sus párpados, y comprobar que ese hormigueo que

experimentaba por el estómago desde los últimos días que pasó con ella, sigue ahí, completamente intacto. Sin embargo, Miriam también siente otras cosas, como la rabia que le recorre cada centímetro del cuerpo mezclándose con una frustración que le hace apretar la mandíbula.

—Miriam —balbucea Alba sintiendo que todo su cuerpo se acaba de volver de gelatina.

La mirada glacial de la editora la atraviesa como una estaca de hielo y, aun así, Alba percibe una agradable sensación de calor dentro del cuerpo, porque nada de lo que siente por ella ha cambiado, está enamorada de Miriam y ahora se da cuenta de que sus estúpidos miedos le pueden costar muy caros.

Miriam sigue sin moverse, con esa mirada fría y dura fijada en la mujer que tiene delante y una expresión tan pétrea que a Alba le resulta imposible adivinar si lo que quiere es soltarle un fogonazo con los ojos y convertirla en polvo o decirle todas las cosas malas que sin duda piensa de ella.

—¿Te puedo invitar a un café? —se atreve a preguntar Alba, tan nerviosa que Miriam casi no la entiende.

Tampoco se esfuerza en repetir sus palabras mentalmente para descifrar lo que ha dicho, porque no le importa, se acaba de dar cuenta de que no quiere que le hable. No quiere escuchar su voz ni que la mire, no ahora ni en estas circunstancias casuales, porque Miriam sabe que, de no haberse encontrado, Alba seguiría sin querer saber nada de ella.

—Te veo bien, profesora —dice de repente, y deja el libro que había cogido en la estantería que tiene al lado y la rodea para no tener que pasar por el lado de Alba cuando se dirige hacia la puerta.

Alba la ve salir con el aliento contenido, incapaz de reaccionar ni decir nada. La quiere seguir, gritarle que se espere y que la escuche, pero si no sabe cómo justificar su silencio ante Nuria, todavía sabe mucho menos cómo conseguir que Miriam la perdone. Angustiada, fija la mirada en el libro que Miriam ha dejado y se acerca para cogerlo. Se sorprende al ver que se trata de una novela de ficción postapocalíptica, pero se sorprende mucho más cuando sigue leyendo y descubre que las protagonistas son dos chicas que parecen tener una relación romántica. Sin pensarlo, se da la vuelta y se dirige hacia la caja con su libro y el de Miriam. No sabe por qué lo compra, o sí, lo compra para ella, aunque no está muy segura de conseguir que lo acepte si es que tiene ocasión de regalárselo en algún momento.

—Tengo que contarte una cosa —dice en cuanto llega a casa de Nuria, tal y como cruza la puerta.

Nuria la mira muy seria, tratando de no delatar que intuye lo que le va a contar. Está un poco molesta por la falta de confianza de Alba, o sorprendida, no lo tiene claro, pero se alegra de que por fin se haya decidido.

—Pues tú dirás —dice Nuria, señalándole el sofá.

Alba se deja caer sobre los cojines y coge aire, sintiendo que la boca se le seca.

—Primero cuéntame cómo vas con la terapia —le pide Alba aceptando con una sonrisa el vaso de agua que le ofrece su amiga, dando un sorbo largo como si quisiera ganar tiempo.

Nuria no entiende la pregunta, a pesar de que Alba ha evitado volver a quedar con ella, hablan por mensaje casi a diario y siempre se interesa por sus avances en terapia y su estado de ánimo. Aun

así, decide contestar porque la nota muy nerviosa y no quiere que se cierre de nuevo.

—Bien, como siempre, estoy pensando en espaciar un poco las sesiones, tal vez a una cada dos semanas —hace una pausa y se acomoda mejor en el sillón—. Ayer me encontré a la hermana de Asier en el supermercado y no me sentí mal al hablar con ella. La saludé, intercambiamos un par de frases cordiales y poco más, siento que ya forman parte de mi pasado y que empiezo a estar preparada para avanzar. Obviamente, no será lo mismo si me encuentro con Asier porque a él querré estrangularlo —sonríe, haciendo reír también a Alba—, pero el terapeuta dice que estoy avanzando mucho en la dirección correcta, y yo lo siento así.

—Me alegro, de verdad —dice Alba, apretándole la rodilla.

—¿Y tú, qué? ¿Qué es eso que me tienes que contar? Estoy intrigada —dice Nuria.

Alba no sabe cómo empezar, así que empieza pidiéndole perdón por no haberse apoyado y confiado en ella desde el principio. Todo lo demás le sale solo, empezando por esa animadversión que siempre sintió por Miriam, pasando por el miedo estúpido de perderla como amiga, por el beso en su despedida que para Alba fue el desencadenante de todo, por las conversaciones y todo lo que compartieron en Bali más allá de las sábanas, por los miedos que la han paralizado y por ese encuentro casual que acaba de tener con Miriam hace apenas media hora.

Nuria la ha escuchado sin abrir la boca, para ella era importante tener las dos versiones y, ahora que sabe la de Alba, confirma que su amiga es tonta de remate.

—Para que yo me aclare —dice, tratando de resumir el problema solo con detalles de los que le ha dado Alba—. Me estás diciendo que estás loca por Miriam, pero que has pasado de ella solo por cosas que tú piensas que pueden pasar por su cabeza, pero que no te ha dicho ella. ¿Es eso?

Alba se siente cada vez más pequeña, es como si ahora que su amiga lo ha verbalizado en ese tono irónico, la realidad cobrase forma y se materializase ante ella demostrando lo cobarde que ha sido.

—Sí, justo eso —admite avergonzada.

Nuria se queda en silencio, dejando que Alba procese sus palabras.

—¿No vas a decir nada? —pregunta la profesora.

—No sé qué decirte, Alba. No eres precisamente una cría como para que te tenga que guiar. Para mí las cosas están muy claras, pero si tú no eres capaz de ver lo que tienes que hacer, no voy a ser yo la que te lo diga —dice Nuria.

Alba suspira con pesadez y se deja caer hacia atrás.

—Al verla hace un rato he confirmado que lo que siento por ella es demasiado fuerte como para dejarlo pasar. Ya sé que tengo que hablar con ella y lanzarme, pero tú conoces a Miriam, ¿de verdad piensas que no tengo razón al temer que acabe por salir corriendo? —pregunta Alba, con la esperanza de que Nuria confirme que su miedo está justificado.

—Esto no deberías preguntármelo a mí, Alba, sino a ella, pero ya que estamos en ello te diré que en mi opinión te has equivocado al juzgarla. Si hay algo que la define es la determinación y la seguridad en sí misma y lo que quiere, y si te quiere a ti, ningún

hombre o inseguridad se va a interponer ante ello, y mucho menos su exmarido. Aquí la única insegura eres tú, Alba, no ella. Me parece que eres tú la que está tan cagada que ha tratado de proyectar todos sus miedos en ella para poder justificarse.

Alba se queda atónita cuando la escucha, primero porque le parece una verdad aplastante lo que Nuria acaba de decirle y, segundo, porque al decirle que Miriam la quiere a ella, acaba de confirmarle que la editora sí le había contado la historia a Nuria. Alba no hace ningún comentario sobre eso, decide que no le importa, que Miriam estaba en su derecho de contárselo si quería y Nuria en el suyo de no decirle que lo sabía.

—Tienes razón —sonríe con amargura—. ¿Crees que será demasiado tarde para que me perdone?

Alba trata de levantarse, pero la mano de Nuria sobre su rodilla la detiene.

—No lo sé, y la verdad es que me gustaría decirte que no. Hacéis buena pareja a pesar de lo diferentes que sois, pero dale un poco de espacio. Ese encuentro en la librería la habrá puesto de un humor de perros y si tratas de acercarte ahora, solo conseguirás alejarla. Deja que pase el fin de semana y se despeje un poco. Ahora, vamos a preparar la comida, que tengo hambre —dice Nuria, consiguiendo que Alba se relaje.

CAPÍTULO 19

Nuria no deja de observar a su compañera Miriam en medio de una reunión que ya se alarga más de dos horas. Están tratando todos los temas sobre el siguiente lanzamiento de la editorial, desde canales de ventas, fechas de presentaciones que ya están cerradas, ferias de libros, promociones, entrevistas y seguimiento tanto de las ventas como de la repercusión del libro.

Ambas están hartas de hacer esto, se conocen los procedimientos de memoria y saben que ahora les esperan unas semanas duras porque ellas, que son las encargadas de este autor en concreto, deberán asistir a varias de las firmas de libros para presentarlo, la primera, en una librería local esta misma semana. El turno de la parte de Nuria ya ha pasado hace rato y ha expuesto todo lo que tenía preparado: la parte de las ferias de libros y las entrevistas en la radio y algunas revistas. Ahora es el de Miriam, enfocada en los canales de ventas y la distribución a gran escala, hablando para el resto de los presentes como si fuera un robot, recitando su parte porque se la sabe de memoria, ya que la mente la tiene en otro sitio.

Nuria no ha podido hablar con ella en todo el día. Se han reunido varias veces, pero solo han tenido tiempo de tomarse un café a solas, tan rápido que no ha podido preguntarle cómo se

siente después de haberse encontrado a Alba en la librería. Por eso la editora la observa paciente mientras espera a que termine, porque Miriam es la última ponente en esa reunión y cuando acabe el turno de preguntas, que espera que no dure mucho porque todo está bastante claro, por fin podrán tomarse un descanso después de un día extremadamente largo y estresante.

Todavía tiene que esperar casi una hora hasta que la reunión termina y todos los participantes empiezan a dispersarse. Ese lunes no han tenido tiempo para comer, así que las dos compañeras se acercan a la máquina expendedora y sacan unos sándwiches de atún y un par de cafés antes de dirigirse al despacho de Nuria.

—Esta comida debería estar prohibida —dice Miriam, mirando el envoltorio con el ceño fruncido y una mueca de asco, pero tiene tanta hambre que lo abre y da un mordisco—. Al menos el café es decente —añade mientras sostiene el vaso de plástico entre las manos como si buscara calor.

Nuria se sienta frente a ella y abre su sándwich.

—No está mal para salir del paso —concluye y también muerde un trozo—. ¿Qué tal estás? —pregunta y Miriam la mira como si le hubiera preguntado por el código de lanzamiento de un misil que puede destruir el planeta.

—Pues bien —responde sin muchas ganas de hablar, desviando la mirada hacia sus manos.

Se ha pasado todo el fin de semana con un humor muy agrio desde que se encontró con Alba, enfadada con la profesora y también con ella misma tras haber descubierto con disgusto que sus sentimientos por ella siguen intactos a pesar de que ya han pasado

cinco semanas sin saber nada de ella. Miriam tiene la sensación de que el tiempo se ha detenido desde entonces.

Nuria termina de masticar, traga y se limpia la boca con un pañuelo de papel.

—Sé que te encontraste con Alba el sábado, Miriam. Lo que no sé es por qué no me lo cuentas.

Miriam deja de comer y enfoca a su compañera sin esconder la sorpresa en sus ojos.

—¿Te lo ha dicho ella? —pregunta sorprendida.

—Había quedado conmigo cuando se encontró contigo en la librería —responde Nuria.

Miriam no puede controlar el suspiro que se le escapa, ni que su corazón se acelere o su estómago se contraiga tras un repentino hormigueo cuando piensa en Alba.

—Bueno, tampoco hay mucho que contar, Nuria. Nos vimos y ya está. Fue un momento, ella llegó cuando yo me iba —dice notando cómo todos los músculos del cuerpo se le contraen hasta dolerle.

—Dice que te invitó a un café y lo rechazaste —insiste Nuria, buscando algún tipo de reacción en su amiga, que apenas parpadea.

Miriam deja salir un bufido que acompaña con una risa cansada antes de chasquear la lengua, disgustada.

—¿Y qué querías que hiciera, Nuria? ¿Decirle que sí? —pregunta y la voz le tiembla—. Me ha ignorado de manera deliberada durante cinco semanas, sin tener la deferencia de contarte lo que pasó —escupe rabiosa—. No me invitó a un café porque le apetecía, eso te lo garantizo, lo hizo para salir del paso, porque se encontró en una situación incómoda y lo primero que se le pasó por la cabeza para quedar bien fue eso.

Nuria espera unos segundos antes de responder, por si Miriam quiere añadir algo más para desahogarse, pero la editora coge el sándwich y lo muerde con desgana, tratando de tragarse la rabia que la consume.

—No digo que tuvieras que aceptar ese café —dice Nuria—, solo quería saber cómo te sentiste al verla, Miriam, nada más.

Miriam vuelve a dejar la comida en la mesa y aparta la mirada cuando los ojos se le encharcan. Está cansada de la situación. Le gustaría poder borrarla de su mente, no haber conocido nunca a la profesora, olvidar el viaje que compartió con ella y el cosquilleo que siempre siente en los labios cuando se acuerda de sus besos, pero no puede.

—No sé cómo me sentí, Nuria —responde sin mirarla—. Tengo la sensación de que vivo estancada desde que volví de Bali. No avanzo, hay una parte de mí que necesita su respuesta, que me diga a la cara que no me quiere, y otra tan decepcionada que no quiere ni verla. Así que estoy muy confundida, y enfadada.

—Me lo contó —anuncia Nuria, sintiendo que Miriam merece saberlo—. El sábado en mi casa me explicó todo lo que ha pasado entre vosotras.

Miriam gira la cabeza con lentitud hacia ella, sin importarle que Nuria vea que no ha podido contener las lágrimas de impotencia que le desbordan los ojos. La mira sin decir nada, paralizada porque su orgullo no le permite preguntar, pero Nuria le cuenta lo que considera que necesita saber.

—No voy a defenderla, Miriam, porque pienso que se ha equivocado, ha actuado mal desde el principio y no lo puedo justificar. Eso lo va a tener que arreglar ella si es que todavía puede,

pero debes saber que Alba está loca por ti y que lo único que tiene es miedo.

—Miedo —repite Miriam masticando la palabra como si tuviera un sabor amargo—. ¿A qué?

—Eso se lo deberías preguntar a ella, Miriam.

Su compañera arquea una ceja y se recoge las lágrimas con los dedos mientras aprieta los labios con rabia y niega con vehemencia.

—Yo no le voy a preguntar una mierda —dice Miriam con firmeza.

—Lo sé —le sonríe Nuria y se levanta, acercándose a ella—. Solo quería que lo supieras, y que me tienes aquí para lo que quieras.

Miriam asiente y se estremece cuando Nuria le da un apretón en el hombro. No quiere seguir llorando, considera que Alba no se lo merece, así que no levanta la mirada y aspira todo el aire que sus pulmones son capaces de almacenar para intentar relajarse.

CAPÍTULO 20

Dos horas más tarde, después de una jornada que a Miriam le gustaría olvidar, ella y Nuria atraviesan la puerta de salida para marcharse a casa. Ella es la primera en poner un pie en la calle, y también la primera en detener el paso en seco y hacer que Nuria por poco se la lleve por delante cuando se encuentra a Alba justo delante.

Miriam necesita unos segundos para recomponerse mientras ve reflejada su silueta en los ojos verdes de la profesora, que la miran fijamente. El corazón le da un vuelco al notar cómo esos ojos la atraviesan con la misma intensidad que en Bali.

—Parece que hoy vienen a buscarte, Nuria —dice Miriam haciéndose a un lado—, nos vemos mañana.

La editora no puede dar ni un solo paso, porque la mano de Alba se cierra sobre la suya, lanzando una descarga por su cuerpo que la hace estremecerse.

—No vengo a ver a Nuria, vengo a verte a ti —dice Alba con tono suave pero decidido, y se mete la mano en el bolsillo cuando Miriam se sacude para quitársela de encima como si su tacto le quemara.

—Pues lo siento, pero ahora no tengo tiempo —responde lo primero que se le pasa por la cabeza.

Nuria da unos pasos hacia atrás, apartándose de sus amigas porque no quiere intervenir.

—Por favor, Miriam —le suplica Alba con un tono cariñoso que le encoge el pecho a la editora—. Solo cinco minutos, después te marchas.

—Yo os dejo, chicas, tengo un poco de prisa —dice Nuria, que les da un apretón en el brazo a las dos al mismo tiempo y cruza la calle alejándose a toda velocidad.

Miriam la observa caminar por la otra acera hasta que su compañera se pierde entre la multitud de gente que sale del trabajo, aprovechando esos segundos para tranquilizarse antes de volver a mirar a Alba.

—Por favor —insiste Alba, señalando una cafetería al otro lado de la calle.

Sin contestar, Miriam asiente y empieza a caminar. Cruzan la puerta en silencio y la editora se sienta en la primera mesa libre que encuentra, ansiosa por acabar cuanto antes.

—¿Te pido algo? —pregunta Alba antes de sentarse.

—Un zumo natural —responde Miriam sin mirarla.

Alba asiente y va hacia el mostrador, volviendo un par de minutos después con dos zumos de naranja recién exprimidos y un plato con pastitas.

—Te quedan tres minutos —dice Miriam con un tono cortante que hace que Alba se ponga más nerviosa de lo que ya está.

No sabe por dónde comenzar, se siente estúpida e infantil con su comportamiento, pero ya ha dado el paso. Miriam está ahí dispuesta a escucharla, y no puede perder el tiempo.

—Me gustas, pero eso ya lo sabes —empieza Alba con la voz un poco estrangulada.

Para la profesora era imposible saber que probablemente ha escogido el peor día para armarse de valor y hacer lo que debería haber hecho desde el principio, porque Miriam no solo está dolida y rabiosa, sino que, hoy precisamente, no está nada receptiva.

—Pues la verdad es que no lo sé, Alba. En su momento estaba segura de que sí, pero tu silencio me hizo darme cuenta de que todo estaba en mi cabeza —la corta atravesándola con una mirada afilada que Alba encaja como puede.

—No estaba en tu cabeza —asegura, aunque está tan nerviosa que no sabe cómo corroborar sus palabras.

—Ya —dice Miriam con cierto tono de sarcasmo—. ¿Eso es lo que tenías que decirme, profesora?

—No, joder —se angustia Alba, pasándose la mano por el pelo con desesperación—. Sé que la he cagado, pero lo quiero arreglar, Miriam, en serio. Me estoy volviendo loca. Debí haberte llamado desde el principio, ni siquiera eso, debimos hablar de lo nuestro en Bali, y sé que no lo hicimos porque yo empecé a evitarte, pero me asusté —dice por fin—. Yo misma me metí mierda en la cabeza, mierda infundada...

—¿Qué tipo de mierda? —indaga Miriam, que necesita saber el motivo para cerrar la historia de una vez por todas.

—Siempre has estado con hombres —dice Alba y la señala—, aunque te hubieras besado con aquella chica te has pasado media vida casada con uno, apenas hace unos meses que te has divorciado. ¿Quién me dice a mí que tu marido no vuelve pidiéndote

perdón y tú decides darle una oportunidad para no tirar tantos años de matrimonio a la basura?

Miriam la mira, atónita, mientras trata de contener la rabia.

—Yo, Alba. Yo te lo hubiera dicho si me hubieras preguntado — responde Miriam enfurecida—. Me he divorciado por un motivo, no para jugar a las maduritas que no saben lo que quieren. Yo sé que ya no quiero a mi exmarido, así que tomé una decisión y cerré ese capítulo de mi vida, aunque haya sido más complicado de lo que me habría gustado. Sé que vine aquí a comenzar de cero, sin expectativas, y que me enamoré de ti sin buscarlo, pero también sé que no quiero tonterías por mucho que me gustes. Yo estaba dispuesta a ir con todo contigo, a aceptar que mi vida había dado otro giro y que comenzaba una etapa diferente. Estaba expectante, feliz de poder hacerlo, de volver aquí y ver cómo seguía lo que había comenzado en Bali, pero parece que la que está llena de inseguridades eres tú. Te has escudado en mí cargándome con tus mierdas. Yo tengo muy claro lo que quiero, Alba, y no quiero a alguien que no es capaz de apostar por mí sin reservas. Gracias por el zumo.

Miriam se levanta con un movimiento brusco y se marcha sin despedirse. Alba siente que todo da vueltas a su alrededor y no puede detenerlo. Solo después de escucharla es verdaderamente consciente de cuánto la necesita, y de lo mucho que la ha cagado.

CAPÍTULO 21

—Me están matando los pies —se lamenta Nuria, situada al lado de Miriam cerca de la puerta de la librería. Se masajea discretamente un tobillo mientras se apoya contra el marco—. Estos tacones son preciosos, pero mortales.

Hace más de una hora que han presentado al escritor que representan, han estado con él en la ronda de preguntas y ahora esperan con paciencia mientras el hombre firma libros ante una larga cola de lectores que serpentea entre las estanterías que se alzan casi hasta el techo.

La librería es de tamaño medio, pero acogedora. El dueño ha aprovechado un rincón del fondo para colocar una mesa vieja de madera protegida por un mantel blanco, y varias sillas frente a ella colocadas en semicírculo que han podido ocupar todos los asistentes que han llegado pronto. Ahora, esas sillas han desaparecido y solo queda el autor frente a la multitud de personas, firmando libros que previamente el dueño de la librería va vendiendo.

Las dos amigas se han situado cerca de la entrada de la librería, junto a la puerta, con la excusa de no molestar ni entorpecer la cola. Aunque lo que en realidad buscan es un poco de aire fresco, porque dentro hay tanta gente que, a pesar del aire acondicionado, hace calor y huele a humanidad.

—¿Por qué no te marchas? —pregunta Miriam, pasándose una mano por el cuello para aliviar la tensión—. Nuestra parte ya está hecha, puedo quedarme yo sola a esperar a que esto termine.

Nuria niega con un movimiento rotundo de cabeza.

—Me quedo contigo —responde convencida.

Miriam la mira de soslayo mientras sigue ojeando las páginas de un libro que ha cogido de una estantería. Han pasado cuatro días desde que se encontró con Alba en la puerta de la editorial y, desde entonces, no deja de fustigarse. Recuerda las palabras exactas que le vomitó a Alba y, por un lado, siente que hizo lo correcto porque, aunque Alba la llamó un par de veces y ella no le cogió el teléfono, el hecho de no haber vuelto a saber nada de ella solo le confirma lo que ya sabía, que Alba es una cobarde. Sin embargo, otra parte de ella que no puede controlar no deja de darle vueltas a la posibilidad de que tal vez fue demasiado dura con la profesora y que, aunque no comparte su manera de proceder y tampoco la entiende, no tiene derecho a criticar la actuación de Alba porque, en ocasiones, el miedo nos hace reaccionar de manera completamente irracional y estúpida.

—No hace falta, Nuria, estoy bien —asegura sin mirarla.

Nuria no la cree. Sabe que Miriam solo aparenta estarlo, igual que Alba y, aunque no ha querido intervenir de ningún modo hablando en favor de la que es su amiga de la infancia, sí que le ha echado un cable. Alba se presentó en su casa hace un par de días, desesperada porque Miriam no le contestaba el teléfono y no sabía qué hacer, tampoco quería volver a presentarse en la puerta de la editorial porque su plan había salido mal, necesitaba otro escenario

y quería que su amiga le diera la dirección del apartamento de Miriam.

—Eso no voy a hacerlo, Alba, Miriam me mataría —aseguró Nuria, pero se ablandó cuando su amiga pareció encogerse, engullida por su sofá como si fuera una niña perdida—, aunque te puedo decir dónde puedes encontrarla el viernes. Estaremos en una librería para la presentación de un libro. Allí no podrá escabullirse ni gritarte porque estará lleno de gente, así que no le quedará más remedio que escuchar lo que tengas que decirle.

Los ojos de Alba se abrieron de repente como si hubiera encontrado un rayo de esperanza en medio de la oscuridad.

—¿Dónde es? —preguntó desesperada.

Nuria le dijo el nombre de la librería y la hora a la que pensaba que ellas ya estarían libres, que es justo ahora. Por eso no quiere marcharse, porque está rezando mentalmente para que Alba se arme de valor y se presente. Y espera que lo haga con un argumento convincente que logre derribar los muros de Miriam, porque está harta de ver sufrir a sus dos amigas por algo que para ella es tan simple como dejarse llevar y ver lo que les depara el futuro. Sin expectativas como las que tuvo ella con Asier, solo disfrutando del presente.

La ve de reojo, pasando por detrás del escaparate, al otro lado del cristal. Nuria coge aire y se aleja un par de pasos de Miriam mientras esta, ajena a todo y con el libro entre las manos, sigue ojeando las páginas.

Alba entra con el corazón encogido y un nudo en la garganta. Ha visto a Miriam de inmediato, desde la calle, como si la editora tuviera un faro luminoso que sirviera de guía para ella. Saluda a

Nuria dedicándole una sonrisa tímida y se coloca justo detrás de Miriam, que levanta la vista del libro porque el aroma de un perfume que le resulta muy familiar se cuela por sus fosas nasales. Su piel se eriza y se le acelera el pulso cuando presiente que la tiene justo detrás, pero Miriam no se mueve, quedándose tesa como un junco hasta que Alba coloca otro libro sobre el que ella tiene abierto entre las manos.

—Quizá prefieras este —susurra la profesora.

Miriam contiene el aliento cuando baja la mirada. Las manos le tiemblan y el corazón le late en las sienes cuando lee el título. No es que estuviera loca por leer ese libro, simplemente lo cogió porque no encontró ninguno mejor que le llamara la atención el día que se encontró a Alba en la librería, pero el hecho de que Alba se hubiera fijado y lo comprase para ella, le parece todo un detalle. Deja el otro libro y pasa las páginas de este como si fueran un abanico, absorbiendo el olor de su interior.

—Gracias —dice sin girarse.

Alba da un paso hacia delante y se coloca justo a su lado, mirando al frente como ella, pero con el cuerpo tan pegado al suyo, que sus brazos se rozan y ninguna se aparta.

—¿Qué tengo que hacer para que me perdones, Miriam? —pregunta Alba—. Dime lo que sea, cualquier cosa, y te juro que lo haré.

La angustia y el tono de súplica que se mezclan en su voz lanzan un escalofrío por la columna de Miriam, pero se mantiene firme cuando habla.

—Madurar, Alba. Demuéstrame que no soy un interrogante, que no tienes dudas y estás dispuesta a ir con todo, con eso me vale. Yo

sé muy bien lo que quiero, pero necesito saber que tú también lo tienes igual de claro.

—Yo te quiero a ti —dispara Alba, quizá un poco más alto de lo que pretendía, porque dos personas se giran para mirarlas y sus mejillas se encienden como dos antorchas.

La profesora carraspea y Miriam tiene que hacer un esfuerzo importante para mantener a raya la carcajada que quiere escapar de su garganta.

—Yo también lo tengo claro —sigue Alba en voz más baja, y busca su mano hasta que la encuentra y entrelaza los dedos con los de Miriam, que le permite hacerlo—. No he tenido nada más claro en toda mi vida —añade la profesora—, y si me dejas, te lo demostraré cada día. Sin miedos ni inseguridades.

Miriam gira la cabeza y la mira por fin, dejando que Alba se pierda en esos ojos de color avellana que tanto echaba de menos. Chocolate derretido, eso es lo que piensa cada vez que los mira.

—Está bien —dice seca, pero la sonrisa se le curva en una de las comisuras y Alba se pone de puntillas y le da un beso en los labios.

—Quizá deberías irte tú y me quedo yo —interviene Nuria que, obviamente, lo ha escuchado todo con atención, sin perderse un solo detalle de una historia que le parece digna de un libro de romance.

Miriam se ríe cuando la mira y niega lentamente con la cabeza mientras tira de la mano de Alba para pegarla más a su cuerpo.

—No es necesario. Alba y yo no tenemos prisa, haremos las cosas bien, y despacio —dice mirándola y Alba asiente, completamente de acuerdo, mientras sus dedos entrelazados se aprietan con más fuerza.

EPÍLOGO

Nueve meses después

—No me lo puedo creer —dice Miriam cuando mete la llave en la cerradura y ve que no entra.

Suelta un bufido de desesperación mientras sacude la cabeza, guarda las llaves en el bolso y llama al timbre. Es la cuarta o la quinta vez que le pasa. De hecho, sucede todos los viernes desde que ella y Alba viven juntas. Ese día en concreto, es el único en que ambas coinciden a la hora de comer porque Miriam hace jornada intensiva y no horario partido como el resto de la semana, pero Alba siempre llega antes que ella y deja la llave puesta por dentro.

—Lo siento, lo siento —escucha Miriam a Alba al otro lado mientras sus pasos apresurados se oyen acercarse.

La puerta se abre y Alba la recibe con una mueca de disculpa y esa mirada que hace imposible que Miriam se enfade con ella.

—De verdad que intento acordarme de no dejar la llave puesta —añade Alba con una sonrisa que a la editora le parece adorable.

Miriam no se queja a pesar de que siempre que Alba llega primero sucede lo mismo, porque Alba, a pesar de su historial de relaciones —más largas o cortas— resulta que jamás ha convivido con nadie. Ese dato dejó a Miriam muy sorprendida cuando se lo confesó en una de las primeras citas que tuvieron cuando

comenzaron a salir oficialmente. Al parecer, Alba siempre ha sido muy recelosa de su intimidad, y sus malas experiencias con aquellas dos mujeres hetero convertidas que después de unos meses la dejaron tirada, esa actitud aumentó, convirtiéndola en una mujer demasiado miedosa para atreverse a dar pasos más serios cuando las mujeres con las que salía le pedían algo más. Por eso, Miriam se sorprendió —y se infló como un pavo real— cuando, después de pensarlo mucho hace un par de meses, le propuso a Alba vivir juntas y esta le dijo que sí.

En otra de esas citas, Alba le confesó que nunca se había enamorado de nadie como lo había hecho de ella, no con esa intensidad al menos y, aunque Miriam sigue pensando que Alba actuó de manera cobarde cuando volvieron de Bali, consiguió comprender por qué lo había hecho.

—Al final voy a pensar que escondes a una amante debajo de la cama, profesora —dice Miriam, cerrando la puerta tras de sí mientras se pega al cuerpo de Alba y le coloca una mano en la espalda—. ¿Tengo que ir a mirar? —bromea con la mirada clavada en sus labios, que se curvan en una sonrisa traviesa.

Alba suelta una pequeña carcajada mientras coloca una mano por detrás del cuello de Miriam.

—Sabes que yo solo te quiero a ti —dice justo antes de besarla con más pasión de la que corresponde a esa hora.

Miriam deja caer el bolso con un ruido sordo y la empuja con su cuerpo hacia el sofá, pero Alba la detiene colocándole una mano en el pecho.

—Ah, ah, acabo de servir la pasta y si se enfría no vale nada, así que a la mesa —dice, mientras la mira con una sonrisa que a Miriam

le parece la de una reina malvada.

La editora da un paso atrás, deja caer la cabeza hacia abajo con gesto derrotado y se ríe, haciendo que algunos mechones de su melena desordenada le caigan sobre la cara.

—Eres cruel, profesora, pero te perdono porque tengo hambre.

—Te compensaré, lo prometo —dice Alba, cogiéndola de la mano para acompañarla hasta la mesa—. Por cierto, tengo noticias.

Miriam le clava la mirada mientras abre su lata de refresco.

—¿Y me las vas a contar o tengo que suplicar? —pregunta la editora ante la risa de Alba.

—Nos han invitado a una despedida de soltera —dice la profesora y Miriam se queda pasmada, con los ojos tan abiertos que Alba tiene que contener otra carcajada.

—No me digas que Nuria quiere casarse otra vez —pregunta asustada, dejando la lata suspendida en el aire.

La carcajada de Alba resuena por todo el salón sin que esta vez pueda detenerla, contagiando a Miriam.

—No, por Dios —responde sin dejar de reír—. Nuria ni siquiera va en serio con ese terapeuta, ya lo sabes. De hecho, con lo que le pasó con Asier, dudo mucho que se lo plantee de nuevo, aunque vuelva a enamorarse.

—¿Y tú, Alba? ¿Tú te casarías? —la pregunta sale de la boca de Miriam por pura curiosidad. Es un tema del que jamás han hablado y a la editora le gustaría saber lo que opina Alba del matrimonio.

—Contigo, sí —responde con una naturalidad que desarma a Miriam por completo.

A Miriam se le escurre la lata entre los dedos y el contenido acaba vertido sobre el mantel con dibujos de frutas que tanto le

gusta a Alba.

—Mierda —masculla Miriam.

Las dos arrastran sus sillas hacia atrás con rapidez antes de que el refresco les caiga encima. Empiezan a limpiar con servilletas de papel para absorber el líquido y después cambian el mantel por otro limpio en un silencio más intenso que incómodo.

—No quería decir que quiero casarme —aclara Alba cuando se sientan, mirando a Miriam mientras contiene las ganas de reír—. Solo digo que contigo me casaría, es diferente.

Miriam se queda mirándola con expresión pasmada, sin entender muy bien lo que le dice.

—Olvidalo, anda —sonríe Alba—. Come antes de que se enfríe—, pero Miriam no come ni se mueve.

—¿Quieres decir que, si te pido que nos casemos, me dirías que sí? —pregunta la editora.

—Sí, supongo que sí —responde Alba, metiéndose el tenedor en la boca como si la conversación no tuviera importancia.

Miriam tiene el estómago cerrado, a punto de colapsar.

—Yo no quiero casarme, Alba —dice agobiada. Alba levanta la vista y deja el tenedor, sonriendo—. ¿Por qué te ríes? —pregunta Miriam sin entender su comportamiento.

—Porque te estás agobiando por una chorrada —Alba se levanta, rodea la mesa y se sienta sobre las piernas de su chica, entrelazando las manos detrás de su cuello—. Yo tampoco me quiero casar, Miriam, solo digo que si algún día tú me dijeras que quieres hacerlo por el motivo que sea, lo haría. Contigo me casaría y también me tiraría por un puente, no sé si me explico. Te quiero, quiero estar contigo y hacer cualquier cosa que te haga feliz, aunque

eso incluya pasar por el altar y firmar unos papeles en los que no creo. A eso me refiero.

Miriam quiere sonreír, aliviada, pero está tan emocionada que las palabras no le salen de la boca, así que le coloca las manos en el cuello y le da un beso en los labios que utiliza para expresarse y dejarle claro cuánto la quiere ella.

—Al final se ha enfriado la comida —hace una mueca Alba, cuando se separa de ella en busca de un poco de aire.

Miriam le sonríe y le acaricia la mejilla, suspirando desolada cuando Alba se levanta y coge ambos platos para calentarlos en el microondas. La editora se levanta y la sigue hasta la cocina, apoyándose en el marco de la puerta mientras la mira.

—No me has dicho quién se casa —dice Miriam.

—Carmen, mi compañera de trabajo.

Miriam levanta una ceja, divertida.

—Joder, esa sí que va rápido. ¿Cuánto hace que se conocen? ¿Seis meses?

—Siete —corrige Alba y se acerca a ella mientras espera a que se caliente la comida—, pero me ha hecho ilusión que nos invite a la despedida, porque fue en una de esas donde nos conocimos y donde nos dimos nuestro primer beso.

Se abraza a su cintura y se aprieta contra ella.

—Fue un buen beso —susurra Miriam buscando sus labios—, todavía se me eriza la piel cuando recuerdo lo que sentí con el roce de tu lengua. No he querido hacer otra cosa desde entonces —añade, encajándose en su boca.